
Bianca
aventura, intriga y pasión.
Rosario amaba a Duarte pero él iba a casarse con otra mujer.
Infierno de amor
Violet Winspear
Novelas con corazón
125 pts.

Infierno de amor

Rosario ansiaba trabajar en la encantadora isla portuguesa, Voces del Mar como institutriz de la jovencita Gisela Ardo y estaba segura que podía hacer un buen trabajo.

Pero el padre de Gisela, el arrogante Don Duarte de Monqueiro Ardo, pensaba diferente: Rosario era demasiado joven e inexperta y por su capacidad, don Duarte hubiera esperado una mujer de más edad. Era de esperarse que estas dos fuertes voluntades chocaran y el hecho de qu Rosario se sintiera atraída hacia este hombre, no mejoró la situación.

Capítulo 1

EL CAMINO era empinado y desigual, y sólo lo mullido de los asientos del automóvil impedía que Rosario fuera lanzada contra su compañera de via cada vez que el conductor tomaba una curva peligrosa, o entraba en un pueblecito empedrado. La campiña por la que pasaban era muy hermosa, cas de estilo mudéjar, mientras que otras estaban situadas en el centro de exuberantes jardines, entre árboles y viñas que trepaban por los viejos muros marcados por el tiempo. Había en Voces del Mar un olor a pasado con algo d magia, lleno de encanto.

Imaginarse la isla no era lo mismo que verla, y aun la descripción exac de Lola Cortez, que vivía allí, no había preparado a Rosario para la emoción que sintió al mirar el paisaje por la ventana del automóvil, y darse cuenta de que en realidad se encontraba ahí, respirando el aire puro de esta isla portuguesa.

Lola, una amiga del gobernador, había viajado desde Lisboa con Rosari una muchacha inglesa, que había emprendido el camino para ser maestra particular de una chica de quince años, hija única del gobernador. Lola describía entusiasmada el palacete, la residencia oficial de Don Duarte de Montqueiro Ardo. Ella y su hermano, que era pintor, vivían en una villa, cerc del pequeño palacio, donde eran invitados con frecuencia por el propietario. Lola, obviamente, le admiraba.

- Nos invitan a cenar a menudo, y organizan recepciones a las que asist gentes muy importantes y estiradas, que viajan en avión particular desde Lisboa. Todo es muy divertido.

Lola hizo una pausa, jugueteando con un suave guante negro.

- Algunas veces Duarte parece un tanto distante, pero eso es de esperar

Rosario, con una mirada interrogante, se quedó mirando a la muchacha portuguesa, cuyos negros y alegres ojos estudiaban su sencillo traje gris perla y la forma tensa con que sus manos aferraban el bolso.

- Pareces más rubia aquí en la isla... casi extraña, y no mucho mayor qu Gisela.

-Tengo exactamente cinco años más que mi futura alumna -Rosario

sonrió, nerviosa. Nunca había sido descrita como extraña, pero aquí, en Voce
del mar, sería una forastera cuyo aspecto resultaría raro para los isleños. El s
haría que su pelo pareciera cenizo.

- ¡Entonces tienes veinte años! -exclamó Lola; sus ojos parecían más oscuros, en contraste con el tono de su piel-. Sé que el gobernador le dijo a Dacio, mi hermano, que esperaba poder contratar a una mujer sensata que se encargara del tutelaje de Gisela. ¡Sensata! -Lola soltó la carcajada-. A la edad de veinte años es imposible, a menos que una sea casada. ¿Tú sabes que los hombres portugueses esperan que sus esposas sean sensatas y sensibles?

-Creo que la mayoría de los hombres esperan eso -contestó Rosario-. Pe me pregunto si siempre se realizan sus sueños. ¿Qué clase de persona es su esposa? Supongo que es hermosa.

- Era hermosa -la risa de Lola desapareció de sus ojos-. ¿No sabías... no explicó en su carta que Gisela es huérfana?

Rosario se quedó sin aliento por la sorpresa. Jamás pensó que el gobernador de Voces del Mar fuera viudo. Se había imaginado una anfitriona encantadora, alguien tan dedicado a sus múltiples ocupaciones que no tendrí tiempo para educar a Gisela en los atributos de ser, al mismo tiempo, simpát y culta. En su carta sólo le comentaba que Gisela había sido mandada a estudiar a un convento, pero había extrañado tanto la isla que decidió contratar una maestra para ella... y siendo tan portugués, se dijo a sí misma Rosario, no quiso dejar a su hija en manos de un maestro.

-Toma uno tantas cosas como un hecho -murmuró Rosario-. ¡Qué triste debe ser para él y su joven hija! ¿Hace mucho tiempo que sucedió...?

- Cuando Gisela tenía nueve años.

-Comprendo por qué consintió que estudiara en la isla.

- A veces es muy considerado - Lola jugó con uno de sus pendientes de perla-, pero también puede ser todo un autócrata. ¿Te sientes nerviosa?

- Bastante más que hace unos momentos -confesó Rosario-, esperaba hablar con... ¿en el palacio no hay ninguna mujer que se encargue de todo?

-Sí, su tía Azinha es el ama de llaves, y ella se encarga de que todo marche bien, pero no tiene autoridad para escoger la maestra de Gisela. Creo que ella nunca te habría escogido a ti.

-¿Y por qué no? -Rosario se indignó-. He recibido de Courland Bell la mejor educación en música e idiomas, y fue este hecho lo que me hizo

adecuada para el puesto, de acuerdo con Don Duarte.

- ¡Tu apellido es Bell! -exclamó Lola.

- ¡ Exactamente! -contestó Rosario con una sonrisa que revelaba un hoyuelo junto a la suave curva de su boca-. Ese gran hombre es mi abuelo, y existen muy pocos cantantes que no hayan pasado por las manos de Cibby, como yo le llamo. Mencioné este hecho cuando llené mi solicitud para el puesto.

-¿Hablaste también de tu edad? -preguntó Lola en un tono un tanto malicioso.

- No... ¿Pero es importante?

- Puede ser, ya que los isleños son muy recatados, y ven con malos ojos que una extranjera tan joven viva bajo el mismo techo que el gobernador.

-¿Quieres decir...?

Lola afirmó, inclinando la cabeza cubierta de rizos negros, recogidos en la nuca con un broche de carey.

-No eres lo suficientemente joven para ser considerada una niña, ni lo suficientemente grande para ser una dama de compañía. Y además, no eres f por lo tanto se te puede considerar peligrosa.

-¿Qué clase de daño puedo causar? -se rió Rosario con sarcasmo- . No s una cazadora de hombres, y la única meta que tengo es enseñar bien a Gisela hacerla como yo. No tengo ningún proyecto sobre... el padre.

-Puede que cambies de opinión una vez que lo veas. Desde la cabeza hasta la punta de los pies es un hombre que no puede pasar desapercibido. Cuando una le dice «excelencia», la palabra tiene más de un significado.

Rosario apretó aún más el bolso que tenía sobre las piernas.

Nunca había pensado que su futuro jefe sería un hombre sin esposa, y conocía lo suficiente del mundo para saber que hasta en Inglaterra una muchacha soltera, bajo el mismo techo que un viudo atractivo, corría el peli de ser la comidilla de todos. Así era la vida, y deseaba de todo corazón no haber venido de tan lejos sólo para ser rechazada por su juventud. ¿Por qué habría mencionado en su carta que tenía veinte años? Tal vez el gobernador llegó a la conclusión de que, como su abuelo tenía ochenta años, su nieta ser una solterona.

-Mira, estamos pasando por la reja de entrada -observó Lola.

Rosario, alerta, quería estar segura de no perderse el primer vistazo de mansión en la que esperaba vivir algún tiempo. Su alegría inicial había sido sustituida por un sentimiento de aprensión, que aumentó cuando Lola le indi al conductor que la dejara en la siguiente curva de la calzada, bordeada de árboles, que conducía a los jardines del palacete.

-Por favor, ven conmigo -le suplicó Rosario. Lola se negó.

-Es mejor que observes la formalidad. Don Duarte sólo me pidió que fuera a buscarte a Lisboa, no sugirió, ni indicó, que te presentara. Rosario se mordió el labio y estudió la cara de la otra muchacha.

-Empiezo a creer que en Voces del Mar son un tanto... insensibles.

Lola sonrió, mientras abría la puerta del coche.

-Quizá tengas razón, Rosario. Puede que encuentres que nuestro encan está atravesado por un hilo de hierro. Tal vez por eso tenemos tantas cosas e común con los ingleses, ¿no?

-Tal vez -Rosario la observó mientras bajaba del coche y cogía la peque maleta que el conductor sacó del maletero-. Espero que nos volvamos a ver.

-Claro que sí -dijo Lola-. A menos que Don Duarte decida dejarse guiar por lo convencional. Todos los portugueses que he conocido siempre han tenido preferencia por las personas mayores cuando se trata de contratar nar y maestros para sus hijos. Pero, buena suerte. Pronto sabré si te acepta o no.

-¿Por quién? -preguntó Rosario-. ¿Quién te lo dirá?

-Claro está que Dacio. Trabaja en el palacio restaurando pinturas y retratos en la galería.

Lola se despidió con un ademán, y se fue por la vereda que llevaba a la villa donde vivían ella y su hermano el pintor. Rosario se acomodó una vez más en el asiento del coche, que había reanudado su marcha. Aceptar ese trabajo le había parecido una aventura, pero ahora se daba cuenta de todos l factores negativos y las complicaciones que resultaban de tener trato con latinos.

En algunas cosas podrían ser como los ingleses... ¡del tiempo de la Rei Victoria!

Abstraída en sus pensamientos, se dedicó a estudiar al conductor, que

estaba muy bien uniformado, con su gorra colocada a la perfección. Era comedido y muy cortés, y no había revelado ni por un momento emoción alguna al oír que la rubia que iba en el coche, y que aparentemente también necesitaba una nana, iba a ser la maestra de Gisela.

Cibby, su querido abuelo, encontraría la situación graciosa. Le enseñó, sólo el amor por la música, sino a ser independiente, orgullosa y estar preparada para todo lo que la vida le ofreciera. Desde niña se encargó de ell ya que sus padres habían muerto en Israel durante una gira cuando su hotel había sido bombardeado por las guerrillas. A partir de esa época, todo lo aprendió de él y, a pesar de su aspecto juvenil, tenía un corazón tierno y generoso aunado a una mente ágil.

-Sí, por supuesto, ve a Voces del Mar -había dicho Cibby-, todos deberí vivir, por lo menos una vez en su vida, en una isla tropical.

Y aquí estaba. Al concentrarse una vez más en el paisaje, se dio cuenta que el verde de los árboles era reemplazado por muros altos, sobre los cuales trepaban enredaderas con las flores más exóticas: jazmines, la estrellada flor del amor y de leyenda...

Era como si en el pasado una mujer con imaginación hubiera pedido q se plantaran, para dar la bienvenida a todos los que llegaban al palacio.

Contuvo el aliento cuando apareció la residencia del gobernador. Pare pintada en el paisaje, sus terrazas y torres surgían como esculpidas, la filigra en el hierro forjado de los balcones semejaba el más fino de los encajes: era perfecta, como si saliera de la misma tierra, y por el jardín se paseaban pavo reales blancos.

Había esperado una fachada de azulejos tan apreciados por los portugueses, y en vez de eso encontró elegancia y un encanto increíble. Al detenerse el coche en la entrada, vio en el dintel de la enorme puerta el escu de armas de la familia, esculpido en la roca. Descendió rápidamente del automóvil tomando nota de todo lo que la rodeaba, la fuente barroca, la escalinata curva que conducía al pórtico con columnas, y así sucesivamente, cada detalle de la mansión.

Escapó de sus labios un suspiro de admiración. Era una casa maravillos y sin lugar a dudas ella sería rechazada, devuelta a Inglaterra como alguien que no tenía cabida en un lugar así.

Mientras esperaba al pie de la escalinata, titubeante e incrédula, se abr la puerta principal y apareció un hombre uniformado, bajó los escalones, recogió sus maletas y la escoltó hasta la entrada. Respirando profundamente siguió, mientras en el jardín se escuchaba el trinar de los pájaros, el cantar d

las aguas cristalinas de las fuentes, y los pavos reales paseaban su majestuosa belleza haciendo resaltar el verde esmeralda de los prados.

Al entrar Rosario en el vestíbulo, el reluciente suelo de mármol la invit a patinar. Pilares altos y lisos sostenían la galería, adornada con figuras de mármol y grandes macetones con flores. El techo estaba cubierto de pintura mitológica, representando a dioses y ninfas jugueteando entre lámparas que parecían joyas.

La frescura que proporcionaban los ventiladores era muy agradable después del calor del coche. El mayordomo guardó un respetuoso silencio mientras ella estudiaba todo. Al volverse a mirarle sólo encontró una expresi respetuosa, pero nada más, y sabía perfectamente que la estaba estudiando.

- Le enseñaré el camino a su cuarto, señorita, por favor pase por aquí.

Había tres galerías a las que se tenía acceso por una escalera de hierro, que formaba un delicado trío de puentes sobre el vestíbulo. Rosario fue conducida a la tercera galería, a través de un corredor alumbrado por el sol que entraba por un enorme ventanal, cuyas múltiples facetas brillaban como diamantes. El mayordomo se detuvo frente a una puerta y la abrió, Rosario entró en una habitación con una suave alfombra color verde esmeralda, que contrastaba con la madera dorada de los muebles y el oro pálido de las cortir satinadas del balcón.

Había visto habitaciones así en revistas de decoración, pero nunca hab entrado en una, y mucho menos la había tenido; a través de un arco contemp lo que adivinaba sería un cuarto de estar.

Rosario se quedó inmóvil, sintiéndose tan irreal como una persona en u sueño. El mismo sirviente puso las maletas frente a la enorme cama, adornad con una colcha de seda verde que caía en pliegues hasta la alfombra, y en la parte superior un mosquitero color crema.

Se estremeció de placer de los pies a la cabeza. Realmente le estaba pasando esto, y todo porque Cibby había insistido en que aprendiera varios idiomas y seleccionó el italiano y el portugués. Cuando el sirviente se dirigía ella, le entendía perfectamente.

- El señor de Ardo desea hablar con usted -le dijo-. Le será enviado un recado dentro de un momento, cuando el señor se desocupe y pueda verla.

-Gracias -Rosario le sonrió, pero él, sin cambiar de expresión, se retiró con cuidado cerró la puerta dejándola en un silencio que sólo era interrumpi

por el zumbido del ventilador. Las cortinas de seda no se movían, y las flores colocadas en diversos lugares del dormitorio despedían un perfume sensual.

Rosario se preguntó si Gisela estaría esperando su llegada, y se quedó mirando la puerta con la esperanza de que la jovencita irrumpiera en la habitación, lista para ser su amiga. A pesar de que Lola había tratado de ser amable durante el viaje, al final no demostró interés alguno en continuar una amistad. Rosario se mordió el labio inferior, tenía la impresión de que el seño de Ardo iba a ser presuntuoso y no aceptaría a una joven con ideas modernas como maestra de Gisela.

Impaciente, se dirigió a la ventana y salió al balcón apoyándose en la barandilla. El sol de la tarde era brillante, y en el jardín se respiraba un aire tropical que la aturdió como un delicioso vino. Un sentimiento de emoción recorrió todo su cuerpo.

El balcón era como una cesta colgante sobre un patio cercado por un se bajo, cubierto de hierba, en el centro del cual se encontraba un estanque llen de lirios acuáticos. Al fondo se veían unos sauces llorones y entre éstos una figura vestida de blanco. Estaba segura de que, fuera quien fuera, estaría observándola; un minuto después la figura desapareció.

Oyó una ligera tos a sus espaldas y Rosario se volvió para encontrarse con una sirvienta uniformada que la contemplaba y, por primera vez desde q fue recibida en el palacio, alguien le sonrió.

-¿Me esperan? -preguntó sonriendo.

La muchacha inclinó la cabeza mientras sus ojos se llenaban de asombr al ver a Rosario.

- Por favor, acompáñeme, señorita, la dueña de la casa desea verla.

Rosario se arregló la chaqueta del traje y volvió a mirarse de reojo en e espejo de la cómoda para asegurarse de que el pelo lo tenía ordenado y que l nariz no le brillaba. Vio una figura tensa, la barbilla levantada preparada par el combate, se dio cuenta de que el traje gris perla le sentaba bien, y se alegraba de que Cibby se lo hubiera comprado. Sus zapatos de ante rosa eran bonitos y nunca usaba mucho maquillaje; discreta y elegante y, si se comportaba con toda seriedad, estaba segura de poder convencer a la señora de Ardo de que era competente.

Bajaron la escalera, después cruzaron un pasillo adornado con retratos óleo. Los ojos de los retratos parecían seguirla, y pensó en lo que le había

dicho Lola de su apariencia tan extraña. De repente, se sintió fuera de lugar, como una margarita en un florero rodeada de geranios y jazmines.

Sonrió, nerviosa ante la incoherencia de sus pensamientos, pero volvió la seriedad cuando la sirvienta se detuvo frente a una puerta y tocó discretamente antes de abrirla, dejando a Rosario frente al ama de la casa.

- Buenas tardes, señorita Bell -la mujer se encontraba de pie frente a un ventana que se abría a una terraza. Tenía un aire de fría cortesía, no había n más ligero rasgo de amabilidad. Sus ojos estudiaron a Rosario de un solo vistazo, y la invitó a tomar asiento en una silla de respaldo alto y tapizada en seda.

-Buenas tardes, señora -Rosario se sentó segura de sí misma. No iba a permitir que esa mujer destruyera la confianza que tenía en sus conocimient Si se le permitía, les demostraría a todos que no habían perdido ni su tiempo el de ella al venir aquí-. Es maravilloso ver tantas flores -dijo.

-¿Le gustan las flores? -preguntó la señora de Ardo, mientras se inclinal sobre una mesa donde se encontraban colocadas unas hermosas tazas de té, una tetera de plata y un plato lleno de deliciosos pastelillos.

- Sí, soy una amante de las plantas -contestó Rosario con una sonrisa tímida-. Fue una de las razones que me indujeron a venir a Voces del Mar. M habían dicho que era una isla llena de flores.

La sonrisa de Rosario no recibió contestación alguna.

-¿Le gustaría tomar té y pastelillos, señorita Bell?

-Me encantaría una taza de té, gracias -Rosario trató de controlar un ligero escalofrío que recorrió su cuerpo. El té, por lo menos, haría que entrar en calor.

-¿Con azúcar y crema?

-Las dos cosas por favor.

Mientras la señora servía el té, Rosario la observó con discreción. Su cabellera de joven debió haber sido negra como el ala del cuervo, igual que s ojos, pero ahora era plateada y la llevaba en un severo moño. Sus pendientes eran de perlas negras, y su vestido de corte severo de seda púrpura, adornad con un collar de cuentas negras; sus manos llevaban anillos de piedras impresionantes, uno de ellos era una sortija de oro. El rostro denotaba

disciplina y dignidad y Rosario presintió que era viuda. Una de esas mujeres portuguesas de abolengo, entrenadas desde niñas para cuidar de su casa y su esposo, dejando el romance y los sueños en un plano secundario.

Sirvió el té a Rosario colocando un plato cubierto con una servilleta de papel, y junto a él un tenedor de plata.

- Por favor, sírvase usted un pastelillo, señorita Bell.

-Gracias, señora, parecen deliciosos.

La señora afirmó con la cabeza y se sentó, como si con ello quisiera indicar que en el palacio todo era perfecto. Sus ojos observaron a Rosario mientras endulzaba el té.

-Tenía entendido que la maestra de Gisela sería una persona de grande conocimientos. ¡Usted es tan... joven!

- Sí señora, pero le aseguro que estoy muy preparada en todo lo que el padre de Gisela quiere que reúna su maestro. Mi edad, en realidad, no tiene importancia.

-Cuando se trata de una muchacha de la edad de Gisela y con su temperamento, la disciplina se tiene que mantener a toda costa. ¿Cree usted poder hacerlo siendo tan joven?

-No puedo presumir de autoritaria -admitió Rosario con una pequeña sonrisa-. Creo que se puede lograr más con bondad que con severidad.

-¿Ha tenido otros alumnos, señorita Bell?

- Alumnos particulares no, señora. Como expliqué en mi carta a Don Duarte, he trabajado como profesora durante un año en la escuela de música de Courland Bell en Surrey. Deseaba viajar, y cuando a mi abuelo le dijeron por medio de un asociado que el gobernador de Voces del Mar estaba buscan una maestra de música para su hija, decidí presentar mi solicitud para el puesto. Mi abuelo me enseñó todo lo que sé. Habrá usted oído hablar de Iren Marcos, la muy famosa cantante portuguesa de ópera. Fue alumna suya, y cr que no puedo tener mejor recomendación que el hecho de que todo lo apren de él, y que ahora puedo impartirle mis conocimientos a Gisela.

-Parece usted muy segura de sí misma, señorita Bell -sus ojos relampaguearon sobre Rosario, como si estuviera valorando sus modales y su traje-. Cuando mi sobrino decidió permitir que Gisela continuara con sus estudios en la isla en vez de en un convento, tenía en mente contratar una maestra que permaneciera varios años en Voces del Mar. Le repito que es ust

muy joven y atractiva, puede que desee dejar todo esto después de algún tiempo para… casarse.

-Pero no tengo plan alguno -argumentó Rosario-. No hay nadie con qui quiera casarme.

-¿De verdad? -la señora de Ardo levantó una ceja finamente arqueada-. ¿Son las muchachas inglesas tan distintas de las nuestras? La meta más importante para nuestras muchachas es contraer matrimonio lo antes posible

-¿No se casan con hombres escogidos por sus padres? -respondió Rosario-. Si los padres ordenan, las hijas obedecen, pero en mi país con frecuencia escogemos una profesión en lugar de una vida doméstica, y mi abuelo ni en sueños pretendería escoger a mi futuro marido. Me ha enseñado pensar y actuar por mí misma.

-Eso puede ser perfecto para una muchacha inglesa -dijo la señora de Ardo desdeñosamente-. Pero espero que no tratará de inculcar ideas tan rebeldes en la mente de Gisela. Su padre es un auténtico noble, y claro está q tiene planes para su hija.

Rosario no lo dudaba, pero no tenía la intención de incitar a la muchac a la más mínima rebelión contra la estabilidad matrimonial que los nativos d la isla desde antaño procuraban para sus hijos.

-Sólo me interesa ser una buena maestra -contestó, y miró a los ojos de señora, dándole a entender que no se dejaría intimidar-. Jamás pretendería implantar en Gisela mi propia manera de pensar, de la misma forma que no permitiré que me sean impuestas otras ideas.

-Es usted muy franca, señorita Bell.

-Sí -asintió Rosario, no pensaba pedir disculpas por ser así. Había sido contratada para ser maestra, no sirvienta de segunda clase-. Trabajo para ganarme la vida, señora, y esto no implica que sea menos. Si el gobernador necesitaba alguien así, entonces debió haber buscado en otro país que no fue Inglaterra. ¡Muy pocas de mis compatriotas tolerarían ser tratadas como en l época victoriana! Por desgracia, no soy Jane Eyre.

-¿No? -por un segundo los ojos de la señora reflejaron una mirada divertida que desapareció al volverse hacia la terraza iluminada de sol-. ¿Qu le parece el palacete? Es un pequeño palacio, pero imponente, ¿verdad?

- Sobrecogedor a primera vista, -observó Rosario con un poco de diversión en sus ojos. Entendía perfectamente lo que la señora quería decir. Una muchacha como ella jamás podría haber vivido ni trabajado en un

ambiente como éste.

-Es un lugar antiguo y bello, señorita Bell, y los Montqueiro desde hace mucho tiempo se encargan de gobernar la isla y de su gente. Si mi sobrino no fuera tan obstinado y democrático, utilizaría el título que le fue conferido a nuestra familia desde hace años.

Una vez más, los ojos de la señora de Ardo buscaron los de Rosario, co si quisiera grabarle el honor que significaba trabajar para su sobrino.

-Es el Duque de Montqueiro, pero insiste en usar el título de Don Duart

Rosario estaba impresionada... no por el título de duque, sino porque e hombre que iba a conocer había descartado un título por el cual otros hubier dado todo. Ese hombre era realmente una incógnita.

-Espero que Don Duarte no considere mi juventud como un factor para descalificarme de una tarea para la cual estoy preparada -dijo, limpiándose l crema de la boca con una servilleta-, estoy segura de que me encantará trabajar en un lugar tan maravilloso y, no siendo una chica de ciudad, no extrañaré las diversiones mundanas. ¿Se le permite a Gisela nadar?

La señora titubeó.

- La niña, señorita Bell, no es una chica robusta, a los nueve años sufri una grave enfermedad...

- ¿Fue cuando su madre murió? -murmuró Rosario.

- Exactamente. Fue un terrible golpe para la criatura, y al no tener hermanos para aliviar la pena, le afectó mucho y se escapó...

-¿Se escapó? -preguntó Rosario.

- Sí, en medio de una tormenta. Todo fue muy angustioso, y cuando al se le encontró tuvo fiebre reumática. Durante varias semanas pensamos que perdíamos -extendió las manos de forma expresiva-. Ahora comprenderá por qué mi sobrino protege a la niña con tanto cuidado, y le aseguro que no esta muy complacido al saber lo joven que es usted. Sin lugar a dudas, pensará q no sabrá cuidar bien de la salud de Gisela.

- ¡Caramba! -se molestó Rosario-. Si está delicada y se le tiene que cuid lo haré con esmero, no soy una inconsciente, soy una persona de confianza. el padre de Gisela ha establecido reglas concernientes a su hija, no seré yo quien las rompa.

-Tal vez no -dijo la señora-, pero es evidente que tiene usted un carácte
fuerte, y sería aconsejable que alguien más dulce se hiciera cargo de Gisela. I
fin, la elección la hará él, yo sólo me encargo de la casa. En la entrevista le h
servido té y proporcionado algunos consejos.

La señora de Ardo se levantó, y Rosario siguió su ejemplo.

-Gracias por el té y los pastelillos tan deliciosos -dijo Rosario-. ¿Cuándo
me verá Don Duarte?

-Cuando pueda hacerlo -esa contestación le indicó que la conversación
había terminado.

-¿Mientras tanto… podría conocer a Gisela?

- No sería correcto, señorita Bell, como le expliqué, puede que no sea aceptada y sería mejor que ni sus esperanzas, ni las de Gisela fueran alimentadas.

-¿Usted cree entonces que le caería bien a Gisela? -se aventuró a decir Rosario.

La esbelta mujer se encogió de hombros, y acompañó a Rosario a la puerta de la sala.

-Como usted es joven, Gisela enseguida pensaría que usted no sería estricta con ella, y que cada día sería una fiesta.

Abrió la puerta y Rosario salió al corredor. Se sentía como una colegial
que acababa de ser reprendida. Lola tenía razón cuando le advirtió de la presencia de la dueña de la casa. No quería una maestra con carácter en el palacio, sino una mujer madura y complaciente a la que pudiera mandar. No
deseaba cambios de ningún tipo, y Rosario sonrió al ver el inmenso pasillo donde todo brillaba y se encontraba en el lugar exacto.

Vio que había una puerta entreabierta que conducía a uno de los patios
sin pensarlo salió a la luz del sol.

Caminó alrededor del patio hasta una de las paredes cubiertas de granadas, sus frutos parecían de oro viejo, nunca había visto cómo crecía est
fruta. Escuchó unos pasos detrás de ella y se volvió esperando ver a Gisela y, tal vez, una cara amiga. Sin embargo, se vio frente a un joven esbelto con camisa azul oscuro y pantalones color marrón. Su cabello era negro y desaliñado. Sonrió, y en su cara aparecieron líneas atractivas, sus ojos admiraban la delgadez del cuerpo y el rubio cenizo del pelo de Rosario.

-No me lo digas -dijo él-, ¡eres Perséfone de las granadas!

Sonrió, deseando que fuera el gobernador, pero intuía que era demasia humano para ser parte de la familia de los Montqueiro.

-A decir verdad, soy una institutriz -declaró.

-¿De verdad? -la recorrió con la mirada y se fijó en el pelo, que el sol convertía en oro blanco-. En mi época las institutrices no eran tan atractivas, usaban gafas y peinaban canas. En realidad, eres muy bienvenida en el palac

-Es usted amable al decir eso, señor, pero se me ha advertido...

-Espero que no respecto a mí -se acercó adonde estaba y con una mano acariciándola, le colocó el pelo.

Era atractivo, pero no de una manera impresionante y, al estar tan cerc de ella, notó que olía a aguarrás, por lo que al presentarse como Dacio Corte no le causó sorpresa alguna.

-¿Disfrutaste del viaje con mi hermana? -preguntó, cortando una granada-. A Lola le gustan los viajes a Lisboa, y estoy seguro de que te enseñ algunos de los edificios más importantes e históricos.

- Visitamos dos tiendas muy lujosas y un restaurante muy elegante - contestó Rosario.

Él rió, y sus dientes blancos brillaron en contraste con lo moreno de su piel.

-¿Verdad que es bonita? Le fascinaría vivir todo el tiempo en Lisboa, pe yo soy su guardián, y tiene que vivir donde yo escoja... hasta que se case, cla está.

-Claro está -repitió Rosario-. Aquí los hombres se empeñan en creer que una mujer joven está completamente indefensa sin un hombro masculino en que apoyarse. ¿No le permitirías buscar un trabajo a Lola?

-Ya tiene uno -su voz adquirió un tono arrogante-, se encarga de la vill de que mi comida esté a tiempo. Aparte de eso, no tiene que preocuparse má que de ser hermosa. Dime, ¿a qué otra cosa tan agradable puede dedicarse u muchacha?

- Entonces debes pensar mal de cualquier mujer que, como yo trabaja - Rosario le miró, sintiéndose aún más como alguien que ha cruzado el umbral de la época victoriana. Si así pensaba este joven, ¿cómo sería el dueño de la

casa?

-Sería muy poco galante por mi parte pensar mal de ti - e hizo una reverencia para dar mayor énfasis a sus palabras-. Sólo me apena que tengas que salir a enfrentarte sola al mundo...

-Pero así lo quise -le interrumpió-, deseaba más que nada viajar y conocer personas. Me ahogaría si tuviera que quedarme encerrada cuidando un hombre.

Sus palabras sonaron con tono desafiante. Algo la hizo volverse y fijar mirada en el otro extremo del patio, donde estaba un hombre impecablemen vestido de blanco con corbata negra. Su porte denotaba autoridad. Sin que nadie se lo dijera, Rosario sabía que era Don Duarte de Montqueiro Ardo.

Capítulo 2

LA HABITACIÓN en la que Don Duarte entrevistó a Rosario, tenía entrepaños de madera cubiertos por estantes llenos de libros y grabados. Las sillas eran de piel, grandes y cómodas, había un escritorio forrado de piel mu usado, y patas que semejaban garras de león. En un sillón giratorio se encontraba sentado un hombre que emanaba poder, y se encontraba a solas con él.

La escudriñaba desde su sillón, la mano izquierda jugaba con un pisapapel de bronce, y ella no pudo evitar mirar esas manos, que en siglos anteriores estarían cubiertas de anillos. Ahora se encontraban desnudas, y denotaban fuerza y gracia de movimiento. Su cabello era muy negro y abundante, la nariz patricia y en la estructura de la cara se veía la sangre nol que corría por sus venas. Se había dado cuenta, cuando se paró junto a Dacio de que era mucho más alto que la mayoría de los latinos, y su mirada era penetrante bajo las arqueadas cejas.

Era un hombre que llamaba la atención... un hombre que exigía obediencia... pero aun así, Rosario no se iba a dejar vencer.

-¿Así que usted es la señorita Rosario Bell? -su voz era profunda y hablaba inglés, era la primera persona que se dirigía a ella en su idioma nata -. Supongo que ya habló con la señora de Ardo.

-Sí, excelencia.

- No hay necesidad de que sea usted tan formal, señorita Bell, - sus ojos parecían amenazantes, como si se hubiera dado cuenta del desafío en la voz Rosario-. Le aseguro que cualquiera que haya sido la impresión que le causó mi tía, no influirá en mí. La debe haber encontrado más joven que la persona que esperábamos contratar.

- Sí señor, pero creo que sería mejor para Gisela tener una institutriz qu no esté tan lejos de sus ideas y sueños. Su tía me dijo que era una muchacha solitaria...

-¿También usted está sola, señorita Bell? -preguntó, con un tono que la ponía nerviosa.

- Sé lo que es ser hija única - replicó -, sé cómo duele no volver a ver la

cara de la madre de uno. Creo que los niños huérfanos de madre son más solitarios que otros niños. Se les ha privado de la seguridad materna, que no puede ser compensada con bienes materiales.

-Eso es muy cierto -convino él-, pero Gisela no necesita de una madre, sólo de una persona competente que estimule su interés por la música y haga de ella una mujer interesante y culta.

Rosario se sonrojó: parecía implicar que ella se encontraba aquí para conquistarle. Deseaba decirle que no sabía hasta hacía un rato que era viudo además, no era el tipo de hombre del cual se podía enamorar. Era arrogante, a las claras se veía que no era necesario que usara su título nobiliario, porqu toda su actitud era fría y altanera.

- Por carta usted me consideró cualificada para el puesto -dijo con voz seca-, sería injusto que me despidiera sin siquiera haber probado si soy o no competente.

-Estoy de acuerdo -contestó él-. A pesar de su juventud, le permitiré qu permanezca a prueba.

- ¡A prueba! -exclamó furiosa-. Como una lavadora, no gracias.

Se levantó, y sus ojos parecían lanzar chispas. No sólo era nieta de Courland Bell, sino también una de sus mejores alumnas, y no permitiría que este duque portugués le hablara así, como si estuviera contratando una doncella.

-Creo señor, que sería mejor que buscara una persona más seria y, en s opinión, más adecuada para ocupar el puesto...

- ¡Siéntese inmediatamente! -le ordenó.

Clavó sus ojos en él, y una vez más se sonrojó. La hacía sentirse como una niña.

- Usted no se puede comparar con una lavadora -contestó-, se parece m a un gato nervioso en una casa extraña. Siéntese, y deje de ¡mirarme tan enfadada.

Titubeó, odiándose por sentir un poco de miedo. Se sentó, ofendida, en silla de respaldo alto. Era como si estuviera en el banquillo de los acusados: s ojos la miraban fijamente y la estudiaban en detalle... ésta era la única habitación que no tenía ni una flor.

-¿Ha sido institutriz antes, señorita?

-No -tuvo que admitir-, he sido maestra en una escuela, pero si llegara a trabajar aquí, sería la primera vez.

- Supongo que ha visto algo del palacete. ¿Cree usted que le gustaría trabajar aquí?

-Sin lugar a dudas, señor. Me doy cuenta de lo histórico del lugar, invit a los sueños. Como le expliqué a su tía, me atraía mucho el hecho de viajar.

-¿Su abuelo no puso objeciones?

-Por el contrario, fue de la opinión de que ampliaría mis horizontes y n apreciación musical conocer gente de una cultura tan distinta a la nuestra. A enseñarle a Gisela, también estaría estudiando su música popular.

-¿No tiene ambición por ser una gran concertista?

Meditó sobre sus palabras, y por primera vez sonrió ante él.

- Sería maravilloso seguir los pasos de mis padres, que formaban un dú Mi madre era la acompañante de mi padre, él era un estupendo violinista. Es una pena, pero no puedo recordarle tan claramente como a mi madre ya que siempre estaba practicando, y el mundo de los niños no tenía cabida en el de él, pero tengo discos y sé lo maravillosamente que tocaba. Creo que mi madr podía haber sido solista, pero sacrificó su triunfo por amor.

Don Duarte observó a Rosario con aire pensativo, después se acercó a una mesa donde había una caja de puros y un encendedor, la abrió, sacó uno pequeño y le cortó uno de los extremos, lo encendió y con un movimiento lento se llevó el puro a los labios. Rosario no le quitó los ojos de encima, y se dio cuenta de que su boca era el rasgo más sensual de su rostro. La inquietó, pensó en las razones por las cuales no se había vuelto a casar. ¿Habría amad tanto a su esposa que no deseaba volver a casarse?

-¿Así es que desea viajar? -dijo él-. ¿No es usted el tipo de mujer que quiere estar atada a la casa?

Sabía que él había oído sus palabras cuando charlaba con Dacio, y a través del humo del cigarro advirtió diversión en su expresión, como si la considerara una joven impetuosa.

-¿Qué tiene de malo desear tener una carrera, señor? Las mujeres de su país también empiezan ya a pedir más libertad, y en realidad no las culpo.

-Estoy seguro de que no. Sin embargo, la mayoría de las mujeres encuentran más a tono con su temperamento, y quizá más emocionante,

dejarse amar y después casarse.

-Los hombres encuentran más conveniente -respondió ella-, tener algui que les sirva, les halague y a quien culpar si algo sale mal.

Don Duarte guardó silencio y, cuando Rosario dejó de hablar, se la que mirando, el humo de su puro escapando de entre los labios. Sus ojos le decía que era una necia y que no sabía de la emoción que llevaba a las mujeres a l brazos de un hombre.

-Desde el punto de vista moral será perfecta para Gisela, no hay duda c que ha pasado la mayor parte de su tiempo estudiando, pero aun así, estará a prueba durante seis semanas. Mi tía debió decirle que deseaba contratar a ur institutriz para varios años, pero tengo que cerciorarme de que se encuentra manos de la mejor maestra posible. Como padre, no creo ser intransigente y, acepta mis condiciones, señorita Bell, o deja Voces del Mar mañana.

-La decisión parece ser suya, señor. O acepto sus condiciones o regreso casa, como si me hubieran expulsado del colegio.

-¿Entonces está de acuerdo en permanecer a prueba? -su labio tembló ligeramente al hablar.

-No tengo más alternativa, señor. La isla me fascina y soy muy obstinac quiero demostrar que puedo.

- Seis semanas son tiempo suficiente para demostrar de lo que es capaz señorita. Como maestra de Gisela comerá en mi mesa, y cuando el tiempo es templado se dedicarán a las caminatas, a montar a caballo y a jugar. Cuando sol esté en su apogeo Gisela deberá echarse la siesta. No es muy robusta, aunque el doctor me ha asegurado que el ejercicio, con moderación, no le causará daño alguno. En ocasiones le pediré que me deleite a mí y a mis invitados con sus dotes de pianista, para ello hay un piano de cola muy fino el cuarto de música. He comprado uno más pequeño para el uso de Gisela. ¿Tiene alguna pregunta?

-¿Podré hacer amigos por mi propia cuenta, señor?

-Claro que sí, siempre y cuando estas amistades se limiten a personas q yo conozca. Mientras permanezca aquí, usted está bajo mi responsabilidad, y aun en una isla portuguesa se ha sabido de más de una muchacha que ha errado el camino.

-¿Quiere decir en compañía de un hombre?

-Exactamente.

- Pero soy una persona responsable, no soy coqueta, Don Duarte.

-Como portugués conozco a mis compatriotas, señorita, y para serle franco deseaba una mujer más austera, una mujer más madura para el cuidad de Gisela. No es usted ninguna de las dos cosas y, por lo tanto, de interés par los jóvenes de Voces del Mar. ¿Me podrá negar que Dacio Cortez ya la ha adulado?

Por un instante, Rosario tuvo deseos de decirle a ese hombre dominant que en su tiempo libre haría lo que deseara, escogería a sus amigos, y sería adulada si así lo deseaba, pero al mirarle a los ojos decidió que la discreción era el mejor camino. No dudaría en mandarla de regreso si rompía una sola las reglas de conducta que él había impuesto. No sólo era portugués, sino qu pertenecía a aquellos que no soltarían muy fácilmente las cadenas que sujetaban a las mujeres que estaban bajo su cuidado. Era una actitud protectora, pero así se establecía que el hombre era el amo.

-¿Iba usted a decir? -levantó una ceja con falsa cortesía.

-Que debo ser cuidadosa con mis afectos, ¿verdad, señor?

-Eso aconsejaría yo.

- Pero como usted le pidió a la señorita Cortez que me recogiera en Lisboa, no pondrá usted objeción a que se entable una amistad entre los hermanos Cortez y yo.

-Viven muy cerca del palacete, por lo tanto, no podrá evitar tener contactos con ellos. Sólo le pido que no sea vista a solas con un extraño.

- Yo soy una extraña, señor, soy inglesa, y mi modo de ser no se parece nada al de sus mujeres.

- Naturalmente, y por eso le pido que modere su forma de ser para así tan discreta como se espera que sean las muchachas portuguesas. Ésta es una isla portuguesa en la cual, por su aspecto, será considerada bastante rara par aquellos que nunca han salido de aquí-¿Me comprende?

-Debo ser recatada, obedecer las reglas y estar disponible para cuando tenga visitas y desee que toque el piano.

Un silencio peligroso siguió a sus palabras, y casi llegó a sentir esos dedos de hierro echándola de Voces del Mar. Momentos des' pues, se encogió de hombros como haciendo a un lado algo que pronto dominaría.

- Entonces se queda. Escribiré a su abuelo para decirle bajo que

condiciones, y para asegurarle que estará bien protegida.

-Muy bien, señor -reprimió una sonrisa al pensar en la expresión de la cara de Cibby cuando supiera para qué clase de hombre iba a trabajar, el tip con el cual su espíritu de independencia chocaría como pedernal contra hier Sabría que Don Duarte de Montqueir¿> Ardo había admitido a una persona con bríos y que podía suceder toda clase de cosas en las siguientes semanas.

Se levantó, intuyendo que la entrevista había llegado a su fin. Le siguió la puerta, que abrió cortésmente; por un momento, mientras estaba junto a é se dio cuenta de su estatura, su autoridad y un cierto encanto en la sonrisa q asomó a sus labios.

-Estoy seguro de que nos llegaremos a entender pronto, señorita Bell. Mientras tanto, están a su disposición el salón de música, la biblioteca y los jardines. Encontrará a Gisela en uno de esos lugares, y estoy seguro de que s harán amigas. Si en algún momento desea discutir algo conmigo sólo tiene q buscarme, no siempre soy el tirano severo que usted conoce.

Aceptó este comentario en silencio, y se preguntó si se espérate que hiciera una reverencia antes de retirarse de su presencia. Mientras estos pensamientos cruzaban su mente, él pareció adivinarlos.

- Me doy cuenta de que se ha formado una opinión sobre mi, señorita Bell. Ha decidido que todavía tengo ideas del siglo pasado y que domino a m hija, mi casa y la isla con mano de hierro. Por Dios, ustedes los ingleses tiene una arrogancia que sería muy difícil de igualar. Van por el mundo pensando que todo debería ser como ustedes quieren. Señorita, mi hija es una muchach portuguesa, y no se le ha contratado a usted para llenar su cabeza de ideas absurdas... especialmente las concernientes a los hombres y a las mujeres. Si pensando que las mujeres son regidas por sus emociones y, si las dejáramos gobernar, el mundo pronto se convertiría en una especie de Disneylandia.

-¿Y qué tiene de malo eso, señor? -preguntó Rosario-. ¡Seguramente es mejor que la guerra

-¿Cree usted que las mujeres no hacen la guerra? -su voz se tornó amenazante.

- ¡Claro que no! ¡Las mujeres aborrecen la guerra!

- Realmente es usted demasiado joven - sonrió burlonamente -. Las mujeres hacen un campo de batalla cada vez que se encuentran con un hombre. Se preparan para ella con sedas y perfumes, y usan la más mortal de las armas... la seducción.

Diciendo esto, hizo una pequeña reverencia y entró en su estudio cerrando la puerta. Estaba sola en el amplio pasillo de mármol, donde los ventiladores traían hasta ella la esencia de las flores. «Vaya a la biblioteca o cuarto de música», le había dicho, pero no le había indicado dónde estaban, no vio a nadie para preguntar. Miró su reloj y se dio cuenta de que la tarde estaba cayendo. Iría a su cuarto para colocar sus cosas y echaría un vistazo a los cuartos que ocuparía en las próximas semanas.

Mientras subía la escalinata con barandal de hierro, trató de recordar e sitio exacto de su habitación. Aunque se le llamaba un pequeño palacio, a ell le parecía inmenso, con columnas que soportaban tres galerías llenas de aposentos y corredores, con pequeñas escaleras que conducían a las terrazas.

Subió a la tercera galería, buscando el ventanal de múltiples facetas. Al estaba, y la puerta de su habitación a la izquierda. Le dio vuelta al picaporte bronce, entró y se puso a colgar sus vestidos, faldas y sus dos vestidos largos Recordó cómo había titubeado antes de guardarlos y se sintió contenta de haberlo hecho, especialmente después de que Don Duarte le había dicho que de vez en cuando le pediría que tocara para sus invitados.

Su ropa interior la guardó en la cómoda, y sonrió tristemente al evocar imagen que se había formado del gobernador durante su viaje. Los hombres portugueses le parecían más bien fornidos que altos, y bien parecidos, con su pelo oscuro y su piel morena. Había imaginado que tendría una esposa muy devota, que sería benévolo y no muy interesado en los problemas de su hija.

¡Qué diferente era en realidad Don Duarte!

Abrió la puerta contigua a su sala de estar y se llevó una grata sorpresa Era un baño con azulejos, unos con grecas y olios representando sirenas, caballitos de mar, barcos y caracoles. Era maravilloso, con una bañera roman con su ducha y todos los muebles en azul pálido, irresistible para alguien que estaba tan cansada como Rosario, que añoraba un baño burbujeante y aromático.

Llenó la bañera y agregó sus propias sales perfumadas, colocó su ropa interior limpia sobre un taburete, y se preguntó como se vestiría la familia pa cenar. Trató de ver a Don Duarte con ropa deportiva, pero su imaginación no llegó a tanto, era alguien que sólo se inclinaba cuando hacía una reverencia, no podía ser otra cosa que impecable y distante en su vestimenta. No se lo podía imaginar despeinado... ni haciendo el amor apasionadamente. No pudo evitar pensar si Gisela sería el producto de un matrimonio arreglado.

Al fin, se decidió por un vestido sencillo de *shantung,* con mangas

transparentes, y el cinturón bordado con rosas plateadas. Quizá no tan serio como su señoría deseara, pero era de falda larga.

Colocó el vestido al pie de la cama y se fue a bañar. El agua estaba tibi y deliciosa, se deslizó en una nube de burbujas y dormitó con la cabeza apoyada en la almohadilla de hule. ¡Ni en sueños hubiera imaginado que alg día sería maestra en un palacio! Sin embargo, aquí estaba, gozando de un ba reconfortante, arrullada por el suave canto de las cigarras al caer la tarde.

Había belleza en esta isla llamada Voces del Mar. El nombre era como música... sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando la puerta del bañ se abrió repentinamente.

Ella y la invasora de su intimidad se contemplaron.

- ¡Tú eres Gisela! -exclamó, al mismo tiempo que la muchacha decía:

- ¡Usted es la señorita Bell!

Se rieron juntas, pero después el rostro de Gisela se tornó serio. Era un cara delgada, con pómulos prominentes, mentón ovalado y cejas muy oscura Podría haber sido común, si no fuera por lo almendrado de los ojos con sus tupidas pestañas. «Cuando esta niña crezca», pensó Rosario, «y adquiera grac y madurez, sus ojos harán de ella una verdadera hechicera».

- Deseaba que nos conociéramos -sonrió Rosario-, pero no así.

- Fue Dacio el que sugirió que me presentara. Dijo que me sorprendería

-Ya sé, como tu padre, esperabas una solterona con un libro de reglas e la mano y un moño en la cabeza. En vez de eso, me encuentras completamen desnuda.

-Más vale que me vaya a la otra habitación mientras se viste.

-No te vayas a marchar -dijo Rosario-. Espérame y charlaremos un rato

- Sí, señorita -Gisela salió y cerró la puerta con espejo. Rosario dejó correr el agua de la bañera y se levantó para enjuagarse con agua fría de la ducha. En los espejos se podía ver, delgada y de piel pálida, con piernas larg y bien torneadas. Aunque se había dedicado por completo a sus estudios los últimos años, varios jóvenes habían deseado conocerla mejor, en especial Eri Stornheim, un compositor austríaco de más edad que la mayoría de los alumnos y amigos de Cibby, que le había hecho obsequios muy caros.

Al envolver su cuerpo en una suave toalla recordó la última vez que le

vio en la sala de Cibby. La mirada de fuego en sus ojos azules, mientras la contemplaba al volver de clase con sus libros bajo el brazo, el pelo rubio flotando, y una falda muy corta. Sin pedir su consentimiento le había acariciado el pelo, y su mano había resbalado a la suave línea del suéter.

«Cada día te vuelves más hermosa, querida», había dicho, «parece que fue ayer cuando te vi con trenzas».

Dejó de contemplar su imagen en el espejo para vestirse, y se preguntó sobre los hombres y sus pasiones. Esta faceta le era totalmente desconocida, a veces la asustaba. Al ponerse las pequeñas prendas de seda sintió la suavid de su piel, la firmeza y la delicadeza de su cuerpo, y supo que tendría que es locamente enamorada para entregarse a alguien.

No es que fuera anticuada, pero le producían tristeza las muchachas qu creían divertido jugar con ese lado secreto de la vida... que sólo podría ofrec lo máximo con el hombre amado.

Se puso la bata y entró en la habitación, donde Gisela la esperaba de p junto a las puertas del balcón, contemplando la puesta del sol. La chica se volvió al oír a Rosario, y sonrió con timidez.

-¿Va a permitir mi padre que se quede?

-¿Tú no deseas que permanezca aquí? -preguntó Rosario a su vez, quitándose los pasadores del pelo para cepillarlo. Parecía joven, y se sentía más insegura de lo que le gustaría admitir. Era esencial que Gisela y ella se llevaran bien. De una cosa estaba segura, la señora Ardo no iba a ser tan fác de convencer, y Rosario no imaginaba que el señor de Ardo fuera a ser amigable con ella. Ese hombre era inconmovible. Sin lugar a dudas sería encantador para aquellos que gozaran de su aprobación. Rosario se le había enfrentado, defendiendo su derecho de tener convicciones propias.

-Los únicos deseos que importan son los de mi padre -respondió Gisela.

-Pero permitió que volvieras del convento y que tuvieras una maestra particular. ¿Te he desilusionado, Gisela?

-Es muy pronto para saberlo -la muchacha se quedó mirando fijamente pelo de Rosario, que le parecía irreal en contraste con sus ojos. Rosario siem había pensado que eran color marrón, hasta que Erick dijo que sus ojos eran color coñac y así era.

-¿Tú pelo es de ese color? -preguntó Gisela-. Una de nuestras maestras, en el convento, se pintaba el pelo de negro.

-Te puedo asegurar que el mío es natural.

Rosario salió al balcón, y respiró profundamente, el aire parecía más cargado ahora que la noche cubría la isla y las estrellas brillaban en la oscuridad.

-Jazmín -murmuró-, el perfume de *Las mil y una noches:* Con razón no pudiste alejarte de la isla, Gisela.

-Nací aquí, al igual que mi madre y mi abuela. Soy de corazón isleño, señorita Bell. En la familia de mi madre hay sangre árabe, en una época la is fue ocupada por ellos. Algunas de las muchachas fueron llevadas a harenes, y más tarde rescatadas por los portugueses una vez que la isla fue reconquistad -Gisela estaba emocionada-. Creo que todo debió ser muy emocionante en es tiempo. Había caballeros con armaduras, piratas, príncipes árabes y muchach cubiertas con velos desde los ojos hasta los pies.

Rosario sonrió.

-Cuando empecemos nuestras clases leeremos todos los ballets, y ópera juntas, estoy segura de que te encantarán.

-¿Entonces mi padre te ha pedido que te quedes?

-Me ha concedido una prueba de seis semanas. Debo demostrar en ese tiempo que soy una buena maestra y, si no lleno los requisitos, seré despedid

Gisela guardó silencio un momento, tocando las flores que se asomaban entre los barrotes del balcón. Era casi como un mirador desde donde las mujeres de antaño contemplaron aterrorizadas cómo se aproximaban los galeones. Rosario entrecerró los ojos, mientras una brisa cálida jugueteaba c su cabellera y las mangas amplias de su bata. Fácilmente podría uno imaginarse que la isla no había sido tocada por el mundo moderno, gobernad por un aristócrata feudal que, aunque usara trajes blancos, daba la impresión de llevar una armadura.

-¿Te puso nerviosa mi padre? -preguntó Gisela, como si adivinara.

- ¡Claro que no! -exclamó Rosario demasiado deprisa-. Hablamos de tus lecciones, los pasatiempos que podemos disfrutar juntas y la hora de tu siesta Estoy segura de que, si congeniamos, no habrá motivo para que tu padre me desapruebe. La raíz de todo conocimiento es que el alumno y el maestro sean compatibles. Los padres no deben intervenir, aunque la maestra no sea de su total agrado.

-¿No le cayó bien mi padre, señorita Bell?

- El sentimiento fue mutuo -se mordió el labio, no era el comentario adecuado, y menos a su hija-. Gisela ¿no te gustaría llamarme por mi nombr Sería como romper el hielo, y así no me sentiría como una institutriz de la época victoriana.

- No me lo han dicho...

-Me llamo Rosario.

- ¡Como las cuentas para rezar! -exclamó Gisela, sorprendida. -Y adem me sugiere un rosal.

-Qué romántico tener un nombre tan poco corriente.

- Yo creo que Gisela es nombre de cuento. ¡Existe un ballet llamado Gisela, y qué podría ser más romántico que eso!

Gisela se encogió de hombros y regresó a la habitación, donde se qued junto a la cama, y acarició la falda del vestido de Rosario.

-Mi tía Azinha esperará que seas aburrida y tímida, no le gustará si vas deslumbrante. Creerá que estás tratando de pescar a papá.

- ¡Qué idea! -Rosario se quedó mirando su vestido, y pensó que sería mejor si escogiera uno menos llamativo.

- No es que mi tía pusiera objeciones a que te casaras con él, -continuó Gisela-, pero espera que se case con una muchacha portuguesa de su propia clase social.

Rosario sonrió.

- Aunque fuera una duquesa, querida, yo no sería el tipo de tu padre, n él del mío. No fui educada para tratar a ningún hombre como si fuera un Dio pero me doy cuenta de que la actitud de los nativos de esta isla hacia el matrimonio es muy distinta de la nuestra. Aquí el hombre es el amo, en mi p somos iguales, y la mujer dice lo que piensa.

Levantó el vestido azul con tristeza y lo guardó en el armario. En su lugar, descolgó uno muy sencillo color beige con cuello de encaje. Sabía que iba a tener muchos altercados con Don Duarte, pero quería caerle bien a la señora de Ardo. En cualquier hogar las cosas son más sencillas si el ama de casa es amiga, y no enemiga.

-¿Crees que este vestido es más apropiado? -preguntó a Gisela con una ligera sonrisa-. Es la primera vez que trabajo en una casa portuguesa, y no

quiero equivocarme.

-Ese vestido te sentará mucho mejor, más discreto -le aseguró Gisela-. ¿
sientes extraña aquí... Rosario?

- Rara, pero con mucha curiosidad, estoy ansiosa por explorar la isla co tu ayuda. Estoy segura de que debe ser maravillosa, quiero tomar el sol, y conocer toda su historia, sus leyendas, y la música folklórica. Quiero conocer isla y su gente, y llegar a sentirme como una de vosotros.

Rosario se quedó pensativa, contemplando el vestido que la haría pare una verdadera institutriz a los ojos de su amo y de la tía.

-Creo que quiero sentirme aceptada.

- Lo que quieres decir es que tendrás que doblegarte - la cara de Gisela adquirió una expresión maliciosa-. Aquí rigen muchas reglas que deben ser obedecidas por las muchachas jóvenes.

-¿Como cuáles? -se sentó Rosario en una silla de bambú y se preparó a escuchar.

- La regla más importante en lo que se refiere a nosotras es que los amigos del sexo opuesto nos están prohibidos, sólo se le permite visitarnos al joven que haya sido escogido para ser nuestro futuro esposo, llevarnos a pase en coche, o al teatro, y aun cuando la pareja esté sola, da su palabra de hono de comportarse discretamente. La mayoría de las veces los dos son acompañados por una tía o prima, especialmente si están muy enamorados. Después -prosiguió Gisela-, cuando se casan, el hombre es el que manda, y la esposa con frecuencia tiene que irse a vivir a la casa de su suegra.

- ¡Qué divertido! -exclamó Rosario-. Los hombres de tu isla pueden ser muy guapos, Gisela, pero trataré de no enamorarme nunca de uno de ellos.

-Pero al amor no se le manda, viene cuando menos se le espera -dijo Gisela, con sabiduría más allá de sus años.

-Enamorarse debe ser muy difícil para las parejas de Voces del Mar, cuando los padres son los que arreglan el matrimonio -comentó Rosario-. ¿Cómo solucionáis ese pequeño problema?

-La mayoría de las jóvenes se enamoran de los muchachos escogidos pa ellas.

- Son muy razonables, entonces. Si se tienen que casar, más vale enamorarse.

- Más que todo, somos prácticas -contestó Gisela-. Los idealistas son los hombres. Existe un dicho que dice: «La ilusión es una hechicera... atrae y seduce.»

-La ilusión es la madre del romance -murmuró Rosario, con expresión pensativa mirando a la chica, apoyada en uno de los postes de la cama, tan joven de cuerpo y con conocimientos más allá de su tierna edad-. Exactamen ¿cuántos años tienes, Gisela?

-Casi quince. Aquí en la isla, las muchachas como yo ya están casadas.

Rosario se quedó muy sorprendida. Realmente las jóvenes aquí florecía más rápido, por muy pocos años seguían bellas, para después dedicarse a ten hijos y marchitarse más rápidamente. Para una muchacha inglesa esto era m triste, pero en este lugar era una costumbre, una forma de vida y, sin duda, muy práctica para esta gente tan apasionada.

-No creo que tu padre tenga intenciones de casarte tan pronto, Gisela. ¡Más vale que me vista para la cena! ¿Cenas con nosotros, verdad?

-Sí, y se me permite quedarme media hora en la sala antes de irme a dormir -Gisela sonrió-. Ya me tratan como un adulto, mi padre es un hombre de mundo.

-Me harás compañía -Rosario había vislumbrado una velada aburrida c Don Duarte y la tía-. ¡No sabes el gusto que me da!

Gisela la miró y se sonrojó.

-Eres tan distinta a Lola, a ella le gusta estar a solas con mi padre.

A Rosario no le sorprendía, había intuido que Lola estaba enamorada d gobernador de la isla, y había advertido en su voz el deseo de que no fuera aceptada para el puesto... Dacio ya le habría contado que la muchacha ingles se quedaba.

Capítulo 3

ERA LA segunda semana que estaba Rosario en el palacio, y cada maña se maravillaba al ver el sol entrar por su ventana. El desayuno le era servido por una joven doncella y, deseando tomar el sol lo disfrutaba en el balcón. Ansiaba tanto broncearse... se sentía muy mal cuando iba de paseo con Gisel porque la gente se quedaba mirando su palidez, en tan abierto contraste con moreno de ellos.

Le fascinaba que su balcón diera a la parte vieja del jardín, donde podí contemplar las flores de loto, y oír por la noche el croar de las ranas. En la distancia se vislumbraban las montañas de países más fríos, pero en Voces de Mar el clima era una eterna primavera, y sabía, con cada día que pasaba, que siempre deseó encontrar un lugar cuya belleza no estuviera arruinada por el humo, el tráfico, los edificios altos y personas que siempre tenían prisa.

Aquí la vida tenía un ritmo más lento, un ambiente cálido y sensual. Cuando la isla se volvía toda quietud en las horas de la tarde, cerraban las persianas y los habitantes dormían la siesta.

Vestida con una falda marrón y blusa blanca, Rosario comía unos panecillos con mermelada y se tomaba su segunda taza de té. A la señora Azinha le gustaba el té, y era una verdadera bendición para ella. Rosario llevaba el pelo recogido en la base del cuello, y en la muñeca un brazalete de plata. Era durante la siesta, cuando descansaba Gisela, que se soltaba el cabe y olvidaba su timidez en la playa privada del palacete. Allí nadaba y explora las pequeñas cuevas y entradas del mar. Era en ese lugar donde se dedicaba a dibujar y a correr descalza.

Si el gobernador tenía conocimiento de que pasaba así la hora de la siesta, nunca había hecho comentario alguno. Si no lo aprobaba, qué lástima Gisela necesitaba un cambio en su rutina diaria y, después de una mañana llena de lecciones, quería descansar en el fresco de su cuarto.

Terminado el desayuno, Rosario salió de sus habitaciones y bajó la escalera. Al final del corredor se había instalado un salón para clases; había e él un piano entre dos ventanas, un banco con cojines y una mesa cubierta de partituras de música. La madre de Gisela había sido amiga de Irena Marcos, l

cantante de ópera, y siempre tenían música a su disposición. En ocasiones aú visitaba la isla, y era tan hermosa como su voz. Rosario la recordaba vagamente de cuando tomaba clases con Cibby. Se le figuraba una diosa de pelo negro que sonreía distante a la niña con uniforme de gimnasia; si ahora encontraran, las dos se observarían como mujeres, midiendo la atracción que cada una podría tener para el sexo opuesto.

Rosario abrió la puerta del estudio. Gisela aún no había llegado, y sería muy agradable dar un paseo por los jardines mientras la esperaba.

Vagó sin rumbo por los senderos, donde expertos jardineros ya estaban trabajando, y los pájaros volaban a su alrededor. Al dar vuelta a una esquina del palacio, le llegó el olor a lavanda de una planta que se encontraba al pie una ventana. Se detuvo al ver una figura vestida con un traje gris claro descender por la escalera de entrada. Don Duarte se quedó quieto, después, girando, la miró de frente.

- Buenos días, señorita Bell. Veo que ha madrugado, como de costumbr Le sobra energía, pero debería tener más cuidado, por lo menos hasta que es aclimatada.

Sabía que se refería al hecho de que no dormía la siesta, y como siemp que se encontraba con este hombre, deseó desafiarle.

- Estoy tan interesada en todo, que no necesito descansar, señor.

-Excelente, me alegra muchísimo saber que no la aburrimos. Rosario sintió cómo sus ojos recorrían su cuerpo, y durante un momento pensó sobresaltada si la habría visto en traje de baño en la Playa, con el pelo enmarañado cayéndole sobre los hombros. Él era tan impecable, que cualqui mujer desarreglada sería de su total desaprobación.

- Espero que mi hija sea una buena alumna -dijo-. Estos días no parece estar tan seria, mi tía me cuenta que frecuentemente las escucha reírse junta

-Sí señor, pero no perdemos el tiempo, estamos leyendo las obras de Moliere, y tendrá usted que reconocer...

-Claro que sí -levantó una mano y una mirada alegre cruzó sus ojos -. Moliere es muy divertido y mundano, debo acostumbrarme a la idea de que adquirido una institutriz excepcionalmente inteligente.

-Muchas gracias, señor -contestó fríamente, notando un poco de mofa e su voz. Era latino, y de ellos se decía que no admiraban la inteligencia en las mujeres-. No es que esté tratando de imponer mis gustos a Gisela, pero dese aclarar que de verdad le gustan las obras. Está muy crecida para sus años...

- Ya me he dado cuenta, señorita Bell. Llegó mi coche y debo despedirm

Bajó la escalera con soltura y rapidez y subió a su Porsche, que complementaba su elegancia. Nunca le había visto montar, pero estaba segur de que le gustaría... puramente interés artístico, se dijo.

Arrancó y Rosario regresó al palacio, la brisa fresca que producían |os ventiladores le hizo notar que tenía las mejillas ardientes. Se quedó con las manos sobre la cara, sin darse cuenta de que una figura masculina estaba reclinada sobre el barandal de la escalera, admirándola interesado.

- Parece menos serena que de costumbre, señorita ¿nuestro gobernador ha regañado, o le ha hecho un cumplido? -preguntó Dacio.

Rosario se sobresaltó, ya que se encontraba absorta pensando en el hombre que acababa de dejar. Sus ojos daban la impresión de ser flores de terciopelo al mirar a Dacio.

- Don Duarte tiene una cualidad imprevisible, sin mover un solo múscu parece que va a saltar sobre uno.

-¿Para besar o para golpear?

- No, a la primera parte de la pregunta - replicó con prontitud- · Tampo me gustaría tener al duque por enemigo, aun como amigo podría resultar po accesible.

-¿O incómodo?

- Sí, he notado que es encantador de una manera muy especial, pero no envidio a las mujeres que le... amen.

-¿Aterrador, verdad?

- Fastidioso, diría yo. Dacio, ¿conociste a la madre de Gisela?

El artista movió su cabellera, que era algo larga y muy atractiva aunqu se encontraba en desorden, dio tres pasos, se plantó junto a ella y, tomándola del brazo, le dijo:

- Ven conmigo y te enseñaré su retrato.

Ella titubeó, pero Dacio, cogiéndola de la mano, fue escalera arriba.

- Sólo llevará un minuto, y la curiosidad no te dejará en paz hasta que esté satisfecha.

- ¿Era muy hermosa? -preguntó Rosario al ir subiendo la escalera, sintiendo más emoción con cada peldaño que ascendía. Estaba segura de que retrato le daría una pequeña pista del hombre que era Don Duarte-. Tú, como artista, debes saberlo.

-Existen diferentes tipos, señorita, muchas líneas y curvas y momentos que duran sólo un segundo, creando belleza. No siempre se puede reproducir esa mirada especial, la manera de inclinar la cabeza, la sonrisa fugaz. Sólo el sol es el artista perfecto, y aun así el sol es cruel al enseñar todos los defectos que el atardecer convertirá en hermosura.

- Hablas como un verdadero poeta, Dacio. -Un poco de poesía ayuda a pintor.

Le sonrió, y ella respondió con otra sonrisa. Cuando llegaron a la segun galería esperó a que la guiara hacia donde estaba el retrato de la que había sido ama y señora de esta casa... alguien que fue educada para esa posición, para un hombre como Don Duarte.

Dacio la llamó para que cruzara por un arco, por fin vería la galería de pinturas. Ante sus ojos se abrió un panorama de pequeños y enormes cuadro creados por artistas cuyo talento variaba, la mayoría montados en marcos elaborados, y cubiertos con hojas de oro. Podía ver paisajes, una casa primorosa entre dos árboles, una iglesia barroca entre pequeñas cabañas. Per aquí y allá la pared mostraba espacios vacios; sobre una enorme mesa en el centro de la galería había, amontonadas, pinturas que estaban siendo restauradas.

- ¡Llevaría horas, días, poder contemplar tanta obra de arte' -Rosario no daba crédito a sus ojos-. ¿.Cuántos años para tener una colección así?

Su vista se fijó en el techo de vidrio color turquesa, una bóveda que reflejaba una especie de luz con tonalidades azules por toda la galería.

-Algunas pinturas no son muy buenas -comentó Dacio-, pero hay otras gran valor. Don Duarte tiene un verdadero ojo clínico para reconocerlas, así que me empleó para restaurar parte de la colección, y el resto será guardado bóvedas especiales. Cree que se podrán apreciar mejor las pinturas cuando la que valen la pena estén mejor distribuidas y colocadas en lugares estratégico para que toda su belleza y distinción puedan ser admiradas.

-Tiene razón, pero desaparecerá la emoción de la búsqueda. Ahora por favor, enséñame la que fue su amada esposa.

Dacio arqueó una ceja al contemplarla, el azul mar de la bóveda le dab un brillo especial a su cabello, convertía su mirada en misteriosa, suavizaba l almidonado de su blusa y le daba un tinte azulado a su cuello.

-Suena muy romántico. ¿Crees que un hombre y una mujer sólo f se casan por amor?

-Como inglesa que soy, me gusta creer que sí -fijó su mirada en una pintura de flores que tenía el encanto de épocas pasadas-. Por I supuesto, sé que aquí arreglan los matrimonios y que ello es parte de vuestra vida. ¿Acaso quieres decir que el matrimonio de Don Duarte fue por conveniencia y no po amor?

-Ven y juzga por ti misma -la llevó a la mesa de trabajo, hizo un lugar libre y levantó uno de los lienzos que se encontraban sobre una silla, colocándolo sobre la superficie despejada. La luz mostró el pincelado, la textura roja del vestido de terciopelo con una falda amplia que dejaba entrev unas zapatillas del mismo material, borda- j das en rosa color perla. Lentamente, Rosario levantó la mirada hasta llegar a las manos regordetas llenas de anillos, siguió su curso aseen- § dente por el cuello largo y fino que surgía del escote, y finalmente se-clavó en el rostro lleno de vida, con los mismos ojos almendrados de Gisela y una cascada de pelo oscuro enmarcándolo.

-Isabel de Montqueiro Ardo -Dacio pronunció el nombre con una espec de admiración irónica-. Era muy hermosa, pero demasiado exótica para mi gusto.

- Soberbia -murmuró Rosario, pero tenía la clara impresión de que, aunque Isabel era imponente, debió haber sido como una orquídea a la que n se le podía tocar.

-Mira el collar de rubíes -le sugirió Dacio-, sabía que ese color le sentab muy bien a la textura de su piel. Es extraño que los hombres piensen que era sensual, a mí me da la impresión de que era fría como el mármol.

-Entonces... se deben haber llevado de maravilla -replicó Rosario.

-¿Te da esa impresión? Es muy controlado, pero aún un volcán puede estar coronado de nieve.

-Tú le conoces mejor que yo -sonrió con picardía, y volvió a contempla la belleza del rostro de Isabel. Ese matrimonio no había sido el de una tímida paloma con un duque arrogante... cada uno quería algo del otro. En los ojos la mujer se veía un deseo por las joyas, por la ropa. De parte del hombre, el deseo de un hijo varón, quizá, pero en lugar de él estaba Gisela, y después de

ella no había más hijos.

-¿Cómo murió? -Rosario no pudo dejar de pensar que era muy cruel qu una mujer tan bella hubiera muerto tan joven.

- Su muerte fue muy dramática -Dacio miró hacia la entrada de la galer y bajó la voz, como si no quisiera que nadie escuchara-, tal vez Gisela sepa todos los detalles... uno nunca sabe, porque es muy adulta para sus años, y muy reservada. Fue un accidente, a Don Duarte le gusta montar y algunas veces su esposa le acompañaba, ataviada con uno de esos vestidos que hacen necesario que una mujer monte de lado. Habían salido muy contentos pero a regresar, Isabel estaba hecha una furia, dándole fustazos al caballo con tal fuerza que la Pobre bestia relinchaba y se movía de un lado a otro tratando c escapar al castigo. Era un corcel negro, un pura sangre, y no estaba acostumbrado a ser tratado así. Al entrar en los establos, exactamente donde está el arco, la bestia se encabritó e Isabel se golpeó la cabeza. Perdió el conocimiento y fue arrastrada y pisoteada por el caballo. Don Duarte hizo lo posible por controlar el animal, y cuando por fin lo consiguió... su esposa, en su traje púrpura, estaba cubierta de sangre, había sido pateada en la sien, y l mitad de su mejilla estaba destrozada. Sólo duró diez minutos, y cuando lleg el doctor estaba muerta.

En el silencio que siguió, Rosario podía escuchar su propia respiración. ¡Qué espantoso! Seguramente Don Duarte se culpaba del suceso. ¿Qué clase c discusión debió ser para que llenara de tanta rabia a Isabel?

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Dacio, con su talento, había logrado u descripción demasiado real de los hechos.

-Espero que Gisela no conozca todos los detalles -observó en voz baja-. señora de Ardo dijo que había escapado de la casa después de la muerte de s madre, y que enfermó poco después de que la encontraran.

-Probablemente sabe todos los detalles del accidente -comentó Dacio en el mismo tono de voz-, lo que no ha de saber es que sus padres se disgustaron y que Isabel estaba furiosa poco antes de caerse del caballo.

Rosario contempló el retrato y pensó que debía obsesionar a Don Duar ya que él había sido la primera persona en auxiliar a Isabel, el primero en ve su hermosura destruida por la horrible caída en las piedras de la cuadra, don había sido pisoteada hasta morir.

-¿Está restaurando el cuadro? -le preguntó a Dacio.

- Sí, antes estaba en la sala principal, pero después de la tragedia Don Duarte lo hizo colgar al final de la galería, no sé si para olvidarse de la bellez

arruinada de su mujer, o para que su hija no recordara constantemente que s
madre ya no vivía. El año pasado, cuando parecía estar más recuperada, la mandó a estudiar a un convento, pero anhelaba tanto regresar al palacio que decidió que tal vez fuera lo más conveniente -Dacio le dirigió una mirada atrevida-. Y a mí me encanta, porque esa decisión te trajo a la isla, y parece que tu cabellera rubia ha traído luz a todos estos viejos cuartos llenos de muebles antiguos.

- El palacete es un lugar precioso -objetó Rosario-, con tu ojo de artista debes apreciar eso.

- Mi ojo artístico, señorita, prefiere lo que está vivo, lleno de sentimientos y deseos. Para mí no hay nada tan hermoso como una mujer be -sonrió apenas, quitándose un mechón de la frente-. Jamás imaginé que una institutriz pudiera ser tan amable... ¿o eres una mujer tan moderna que te opones a ser llamada amable?

-Soy muy moderna, pero hasta cierto punto nada más. No estoy en con de que me llames amable. Sabes, mi abuelo me educó y era muy estricto en muchas cosas.

-¿Por ejemplo? -sus ojos se quedaron fijos en sus labios, en la suave cur de su boca, ligeramente retocada con pintura rosa-. ¿No te permitía tener amigos del sexo opuesto?

-Me los permitía... pero sólo como amigos -contestó con timidez, pero s dejar lugar a dudas.

-¿Estás diciendo que guarde las distancias? -movió la mano sobre la cubierta de la mesa al hablar, hasta que la punta de los dedos encontró los d ella-. Me halagas, odiaría ser considerado inofensivo por cualquier mujer.

- Vosotros, los hombres latinos, no tenéis un ápice de modestia, -movió mano y se acomodó el cinturón de la falda-. A decir verdad, poseéis una cantidad desmedida de amor propio.

-Tal vez sea porque nosotros, los latinos, sabemos que somos muy hombres.

-Ni por un momento dudo que seas muy hombre, Dacio.

Con este comentario se dirigió a la entrada de la galería. Sus labios sonreían, era imposible negar que era simpático, tenía uno que ser indiferent o arrogante para pensai lo contrario, y Rosario no era ninguna de estas dos cosas.

Dacio la siguió con una mirada provocativa y una pregunta en sus ojos

~¿Acaso eres un témpano de hielo? He oído que así son las mujeres inglesas, y si es así tengo que advertirte que nuestro sol ropical pronto comenzará a deshelarte, eso sin incluir nuestra música Y nuestro vino. ¿Me permites invitarte a una fiesta? Tengo unos amigos que pronto se van a casar habrá una celebración con música, baile, buena comiday excelente vino. ¿Vendrás si te lo pido? o

-Yo vivo en la casa de don Darte, y me ha dicho que es mi guardían, as es que tendrás que preguntarle a él.

- ¿Entonces, aceptas? -preguntó Dacio entusiasmado, quitándose el mechón de pelo que le estorbaba-. Tendrá que acceder, no soy ningún extrañ para él, y Lola también estará en la boda.

- Será divertido-contestó Rosario.

Llegaron por fin al arco que conducía a la galería, y Rosario se detuvo momento antes de despedirse de Dacio. ;

- Iré a la fiesta si tú quieres. ¿Cuándo se llevará a cabo?

- La semana próxima, el sábado. Seré la envidia de todos los hombres.

Soltó una carcajada de alegría que se escuchó a lo largo del pasillo, se abrió una puerta y apareció una mujer vestida de negro, levantó las gafas qu colgaban de una cadena de plata que llevaba alrededor del cuello, y se qued mirando a Rosario y al joven pintor.

- Será mejor que vuelva al estudio. Rosario se alejó de Dacio, y murmu

- Buenos días, señora -al pasar junto a la tía de Don Duarte. -Espere un momento, señorita.

Rosario se detuvo con una mirada interrogante. La mujer la estudió minuciosamente: su peinado, la ropa y el color de sus labios.

- Aquí, señorita Bell, no les está permitido a los empleados soltar carcajadas, ni tampoco que usen maquillaje. En el futuro, dejará que el seño Cortez se dedique a su trabajo, y usted irá a quitarse la pintura inmediatamente.

Rosario no daba crédito a sus oídos.

-¿Cómo dice, señora?

-Se irá a quitar la pintura, señorita Bell. Ni mi sobrino ni yo deseamos que Gisela adquiera malos hábitos de una extranjera. Si yo mandara...

-Me doy perfecta cuenta de lo que usted haría, señora -Rosario estaba furiosa-. No sé si se considera de buena educación insultar a las personas en una casa portuguesa, pero usted acaba de hacerlo. Desde hace una semana trata a toda costa de encontrar faltas en lo que hago, y estoy segura de que n perderá la oportunidad de decirle al gobernador que me he comportado com una mujerzuela con el señor Cortez. Desea que Gisela sea puesta en manos d un verdadero sargento, alguien poco inteligente, con tan poco criterio y aleg como usted, que le castigará por reír cuando no debe, y que le implantará la idea de que las mujeres fueron hechas para cuidar de su casa y que deben se serviles con el hombre que haya aceptado cuidar de su dote, de su persona y su libertad.

Rosario por fin guardó silencio. Sabía que con este discurso acababa de perder su puesto, pero no estaba arrepentida. Había tratado de ser amable co esta mujer, pero su antagonismo saldría a relucir tarde o temprano.

- Sí, señorita, puede estar segura de que le hablaré a mi sobrino de su comportamiento. No debió quedarse, le dije desde un principio que usted no era competente y que sería muy rebelde.

-Señora de Ardo -su mirada era de incredulidad-. No soy una niña indisciplinada que debe ser regañada y castigada, soy una mujer con una vid privada cuando no estoy dedicada a la instrucción de Gisela. El señor Cortez me estaba enseñando las pinturas, no estaba tratando de seducirme.

- ¡Silencio! -levantó una mano como para protegerse de las palabras de Rosario-. ¿Cómo se atreve a hablarme así? Es usted, no sólo insolente... no es una dama.

- Soy una maestra y, aunque lo diga yo, muy buena, pero obviamente r ideas son demasiado adelantadas para esta casa.

Con estas palabras Rosario bajó la escalera. Continuaría con sus obligaciones hasta que su excelencia la llamara, y aprovecharía la ocasión pa decirle que, si quería que su hija fuera una réplica de su tía, entonces debía permitir que su mente fuera envenenada por ella. Si, le diría todo lo que pensaba antes de marcharse de Voces del Mar.

Suspiró, sería una lástima perderse la boda, le hubiera gustado mucho ver una boda tradicional, porque estaba segura de que no todas las mujeres portuguesas eran como la señora con la que acababa de tener una discusión.

Creía que el estudio estaba vacío, pero Gisela apareció de entre las

cortinas de la ventana. Parecía pálida, y sus ojos estaban demasiado brillante
Rosario comprendió que había escuchado la conversación,

y que sabía que su padre no permitiría que ella permaneciera después a
disgusto con su tía.

~Mas vale que empecemos a trabajar. Ayer te dije que empezaríamos a
estudiar los compositores románticos, comenzando con Chopin hasta llegar a
Chaminade...

-¿Para qué? -interrumpió Gisela-, mi padre te va a despedir, y la person
que te sustituya sólo me enseñará cosas aburridas y nunca se reirá como tú lo
haces.

-Traté de mantener la paz entre la señora y yo, pero ella... bueno, tú oí
lo que me dijo, Gisela, y no soy una coqueta cualquiera, como insinuó. Tuve
que defenderme.

-¿Estabas coqueteando con Dacio? -preguntó Gisela, con una mirada de
celos asomándose a sus ojos-. Es muy guapo y simpático, y yo estaba segura
que un día te descubriría y trataría de conquistarte.

-Estaba enseñándome el trabajo que está realizando en la galería, y
realmente me pareció muy interesante. No puedo ignorarle sólo por complac
a tu tía.

-¿Te enseñó el retrato de mi madre? -preguntó Gisela.

- Sí, era muy hermosa -Rosario habló suavemente-, siempre debes
recordarla así, como una aparición con su magnífico vestido rojo.»

-Yo la amaba -murmuró Gisela-, pero ella nunca me quiso.

- ¡Querida...!

-Nunca dejó que le diera un beso. Decía que los niños eran una molesti
cuando eran pequeños y que cuando crecían hacían que una mujer se sintier
vieja. Ahora... nunca envejecerá. Mi padre y yo la recordaremos como una
mujer orgullosa y muy bella.

-Sí -convino Rosario, pero estaba recordando lo que Dacio le había dich
Don Duarte se había arrodillado junto al cuerpo de la moribunda, la había
abrazado y había visto su rostro desfigurado. Esa sería la imagen que tendría
de ella para el resto de su vida. -Vamos Gisela, prosigamos con nuestros
estudios, tal vez tu padre considere que tuve razón para defenderme.

- Sí, especialmente si hablas con él antes que mi tía Azinha. Si le dices cómo sucedió y que hubo un intercambio acalorado de palabras.

Rosario lo consideró.

-No creo que acepte mis palabras. Sigo siendo una verdadera extraña, y creo que piensa que mi manera de pensar es aún más rara.

Debes recordar que estoy a prueba como tu maestra, y he llamado a tu tía mujer sin alegría y de mente cerrada.

-De todas maneras -dijo Gisela animadamente- se puede arreglar que tú le veas antes que mi tía Azinha tenga oportunidad de describirte como una mujerzuela. Hoy va al juzgado, y estará allí toda la mañana, comerá con el ju Lorenzo y después irá a dar un paseo por la Bahía de las Rocas...

-¿Bahía de las Rocas? ¿Por qué?

-Le gusta ir allí.

-¿Quieres decir que la bahía es una especie de refugio para él?

-Sí, así se le puede llamar -sonrió Gisela-, es como toda la gente, hay veces que necesita estar solo. ¿Te sorprende?

-Creo que sí. Tu padre es el gobernador de la isla, y está tan seguro de mismo que no puedo imaginármelo caminando solo a lo largo de una playa.

-Puede que no esté solo, algunas veces Lola le acompaña. Creo que le gusta y que la considera muy atractiva, pero...

-Anda, cuéntamelo todo -Rosario la animó a continuar.

-Si mi padre se volviera a casar tendría que ser con una mujer de posición y cuna noble. Así debe ser con un hombre que es tan próspero como mi padre, y si muere sin heredero, entonces un primo de Portugal será declarado heredero legal, tanto del título como de todas las propiedades que mi padre posee en el sur de Portugal. Sabes, tiene un castillo allí y grandes viñedos, pero es una tradición familiar gobernar Voces del Mar algunos años antes que el duque pueda regresar a casa.

~Ya veo -dijo Rosario-, así es que tú crees que a tu padre le gustaría qu Lola fuera... pero no debo hablar de tu padre, no es ético, para mañana a esta hora ya estaré de regreso en casa, despedida por mi mal comportamiento.

Aunque Rosario sonreía, se sentía molesta, era tan absurdo que la seño la hubiera regañado por su amistad con Dacio, cuando Don Duarto por lo qu

le había contado Gisela, era algo más que amable con la hermana de éste. Claro, Lola era portuguesa, y la señora era el tipo de las que veían con bueno ojos que los hombres tuvieran sus pequeñas acciones, siempre y cuando fuera discretos y no hicieran peligrar la tradición familiar. Rosario no podía evitar preguntarse cómo reaccionaría la señora si Don Duarte decidiera hacer a un lado la tradición y se casara con Lola. Gisela había dicho que tenía que tener un hijo varón, y Lola no parecía ser fría ni sin emociones, como la hermosa mujer del retrato.

-No quiero que te vayas -Gisela se inclinó sobre las teclas del piano y, tocándolas, hizo que se escuchara un acorde-. Tú me comprendes mejor que maestras del convento... dijeron que era taciturna, pero contigo nunca estoy triste. ¿Verdad?

-Es porque te trato como a un adulto, o casi como a un adulto. ¿Pero q puedo hacer, Gisela? Si voy en busca de tu padre puede que la señorita Corte esté con él, y dudo mucho que le agrade que aparezca por allí... sería desastroso, peor que ser regañada por tu tía Azinha. Tú estás acostumbrada a tu padre, por lo tanto, no tienes idea del impacto que le causa a un extraño.

-No te pegaría -dijo Gisela asombrada-. ¿Crees que sí lo haría?

-No... lo que quiero decir es que no es... que no es como Dacio, por ejemplo. Hay personas que uno acepta de la manera más natural, y hay»otras que parece que están rodeadas de convencionalismos, y por lo tanto es todo peligro acercarse a ellas.

-¿Le tienes miedo?

- Miedo exactamente no, ni tampoco me impresiona su título, sólo creo que existe una enorme barrera entre nosotros, y sería muy doloroso... tener c suplicarle.

- Porque tu orgullo estaría luchando con el de él, pero si de verdad quieres permanecer aquí no tendrías miedo -afirmó Gisela.

- ¡No tengo miedo! -insistió Rosario-. Nunca en mi vida le he tenido miedo a nadie, y el duque es sólo un hombre.

- Ahí lo tienes, es sólo un hombre. Te reto a que te enfrentes a él antes que llegue a casa y que mi tía le diga su versión de las cosas.

-Gisela, tu tía tiene sus reglas de honor, ideas muy arraigadas,)' yo soy una extranjera para ella y para otras de las mujeres de la isla. El otro día, cuando caminaba por una de las calles, una anciana se persignó cuando pasé frente a su casa, no llevaba nada cubriéndome 'a cabeza y se me quedó

mirando como si yo fuera... Eva.

Se miraron y se echaron a reír.

-Gisela, yo creo que lo mejor sería que tuvieras una maestra portugues alguien que estuviera más familiarizado con tus costumbres y prejuicios...

- ¡No! -exclamó Gisela, y sus ojos se llenaron de lágrimas-. No quiero conocer sólo las costumbres portuguesas, no tengo que ser como mi madre... ¡quiero ser yo!

-Claro que sí -Rosario abrazó a la chica y le acarició el cabello- . Y así será, hablaré con Don Duarte.

-Tienes que hacerlo lejos de aquí, Rosario, así mi tía Azinha no se enterará. Si llega a saberlo, entonces encontrará alguna otra forma de que te despidan.

Rosario se quedó preocupada, nunca pensó que tendría esa clase de problemas. Cuando había aceptado el puesto sólo había pensado que sería m divertido trabajar en la isla... ¿Divertido? Estaba disgustada por haber sido t superficial, debió haberle hecho caso a Cibby y tomado un curso de relacion humanas si pensaba dedicarse a la enseñanza, así hubiera estado preparada para los problemas de chicos y grandes.

Rosario pensó que en realidad había creído que este puesto sería como una especie de vacaciones, y ahora la tensión y la tristeza de Gisela, la hacía darse cuenta de la soledad en que vivía la muchacha, su necesidad de una amistad, que le estaba pidiendo que fuera más que una maestra... y que tend que ser poco menos que una madre.

Levantó el rostro ovalado y la miró fijamente a los ojos.

-Gisela, te prometo que no me alejaré de esta isla, no si las palabras me ayudan a convencer a tu padre. ¿Cómo encontraré la Bahía de las Rocas?

El lanchero Amadeu la llevaría si le pagaba, él no podía ir con los dem pescadores porque sólo tenía un brazo, pero vivía de las ostras que cogía en l arrecifes, así como de alquilar su barco a las parejas jóvenes. En la isla era considerado una persona de confianza.

Gisela no podía acompañarla, porque estaría violando las reglas de su padre de dormir la siesta durante las horas de calor intenso, así es

H e, después de la comida, Rosario se encaminó hacia la casa de Amad Le encontró descansando, y pensó que parecía más un pirata que un patriarc mientras discutían sobre el precio para llevarla a Bahía de las Rocas durante hora de su siesta.

- Está bien, aquí tiene el dinero -sacó unos billetes doblados del bolsill de su pantalón. No quería reconocer que se sentía incómoda, pero pensó que hombre no podría hacer mucho con su brazo, y menos cuando tuviera que remar. El barco estaba un poco despintado, pero era tan sólido como su dueñ Rosario tomó asiento y quedó frente a él, alegrándose de haber llevado pantalones y de no tener que aguantar la mirada maliciosa de este viejo sobr sus piernas... nunca se había dado cuenta de su atractivo físico hasta que Stornheim se lo había dicho. Los estudiantes de su misma edad jamás la inquietaron. Diariamente se encontraba con muchachos y nunca tuvo miedo. y, un día, Erick le había acariciado el pelo y se quedó mirando sus piernas... de repente, se dio cuenta de que hombres y mujeres vivían en un mundo de atracciones físicas muy distinto, y que una muchacha era objeto de deseo, le gustara o no.

- Así es que la señorita desea que la lleve a Bahía de las Rocas. Es un lugar muy solitario que rara vez visitan los isleños. Hace muchos años era un bahía de naufragios, los gritos de los pájaros se asemejan a los de las persona ¿Por qué quiere ir usted allí?

-Por curiosidad -respondió secamente-. Me parece que debe ser un luga muy interesante y, como puede usted ver, tengo mi cuaderno de dibujo. Me gustaría dibujarle, Amadeu, si me lo permite.

El hombre se sintió halagado y, sin saberlo, Rosario había descubierto una manera de callarlo. Su lápiz se deslizaba rápidamente sobre la superficie del papel, y ella se entretenía captando los rasgos de una persona. Era un do que no la animaba a convertirse en pintor como Dacio, pues conocía sus limitaciones. A ella le interesaba la música, y esperaba poder componer algú día algo bello.

-¿Por qué vino una mujer tan educada a nuestra isla? -preguntó Amade

- No mueva la cabeza -ordenó ella, debió haber sido el mismo diablo d joven, pensó Rosario, con su pelo desaliñado y sus ojos negros. Probablemen perdió el brazo en una riña por una mujer. Era todo un personaje y, sin lugar dudas, un libertino.

- Soy la institutriz de la hija del gobernador -le explicó Rosario.

-Todos lo sabemos -contestó-, y nos gustaría saber por qué escogió a alguien con el cabello de oro -agregó, contemplando su rubia cabellera.

-Le aseguro que el gobernador no me conocía. Solicité el puesto, pero n se me pidió una fotografía. Él no tenía la menor idea de mi aspecto físico.

Amadeu se rió.

-La señorita es rápida para contestar, y a los hombres les gusta eso, es mejor una garza salvaje que un ganso doméstico.

Rosario tuvo que reír ante este comentario.

-¿Le gustaría que le regalara el bosquejo cuando lo termine?

-Eso deseaba, señorita -maniobraba la lancha hacia una playa donde el agua chocaba contra las rocas-. ¿La señorita se va a encontrar con el gobernador? -preguntó Amadeu con voz maliciosa.

-No... -trató de que su voz sonara calmada; debió haber adivinado que este viejo sabría de las idas y venidas de todo el mundo en la isla-. Quiero explorar el lugar, aunque me imagino que Don Duarte puede andar por allí, asegurándose de que todo esté bien en la isla.

Amadeu la observó con una mirada irónica, pero no hizo ningún comentario y concentró toda su atención en timonear la pequeña embarcació hacia la costa. Al ir acercándose a la playa, las olas les empujaban más cerca rodearon, con destreza, la barrera de rocas. El lugar era una evocación del pasado salvaje, el grito de los pájaros parecía extrañamente humano.

El bote llegó a la playa, y Rosario recorrió con la mirada la playa solitaria que ascendía hasta convertirse en una selva tropical.

-Me gustaría que me esperara -le dijo a Amadeu, levantándose para baj a la playa-. Puede usted dormir su siesta mientras regreso.

- Sería lo más discreto, ¿verdad? -la miró con malicia. Ella le dio el bosquejo, y se fue caminando hacia las rocas mientras él estudiaba el dibujo. Parecía que no había una sola alma, y esperaba que el viejo no decidiera seguirla. Apresuró el paso, ansiosa de ver qué había más aHa de la barrera de los árboles tropicales y de la enramada. El aire era caluroso y pesado.

¿Qué traería a Don Duarte aquí? Una cita clandestina con Lola Cortez... ese deseo de soledad que existía en el alma de todo hombre. Esa búsqueda de

algo que fuera más que el vivir de todos los días... o el amar de siempre.

Rosario tenía miedo de encontrarle con Lola, de verle solo. Como fuera sería una intrusa, se molestaría y no tenía muchos deseos de molestarle, siempre la hacía sentirse como si tuviera mucho que aprender de la vida.

Se quedó quieta al escuchar el grito de un pájaro que le puso los nervio de punta. Tal vez sería mejor regresar y no buscarle, pero eso sería una cobardía, y ella le había prometido a Gisela que haría todo lo posible por encontrarle e insistir en que era un ser humano al que no se le podía estar amenazando constantemente con ser despedida sólo porque hablaba a Dacio, porque se reía con Gisela tratando de hacer que las horas de estudio fueran l más amenas posible.

Por todos lados podía ver orquídeas colgando de las copas de los árbol que formaban esta pequeña selva, oyendo el chillido de las cigarras. Todo era tan exuberante y verde... de repente vio un claro, y se quedó contemplando una vieja torre, con escalones rotos en forma de espiral, rodeando la reliquia mohosa del pasado. Levantó la vista y, al advertir un ligero movimiento en la parte superior dé la torre, abierta a los elementos y que daba la impresión de ser muy poco segura desde donde se encontraba, el pulso se le aceleró.

Al fin había encontrado el escondite del gobernador, aquí venía a disfrutar de la soledad.. o de la atractiva Lola. Rosario hizo sombra en ¡os ojo con una mano pero no vio ninguna falda y, obedeciendo a un impulso, empe a subir por la escalinata. No tenía tanto miedo de la torre como del hombre que estaba en su cima, pero tenía que hablarle de lo que había ocurrido en e palacio, y tendría que escucharla.

Al ir subiendo perdió el equilibrio, y aferrándose al pasamanos lanzó u pequeño grito y apareció Don Duarte con su cara rígida, sin expresión.

-¿Qué trata de hacer, romperse el cuello?

- ¡Qué sorpresa, señor, jamás pensé encontrarle aquí!

Capítulo 4

QUÉ SORPRESA! -exclamó disgustado, y enseguida se sintió asida por l muñecas y se encontró de pie junto a él. Sólo los pájaros les observaban, los ojos de Rosario se quedaron fijos sobre el rostro varonil, en la mente esa eter pregunta hecha por una muchacha que se encuentra a solas con un hombre q sabe que es más sutil que los demás.

Este hombre era diferente, no podía conquistarse fácilmente, tampoco podía ser halagado... sus facciones eran las de un autócrata, su toque, frío como el acero.

Como de costumbre, hacía que Rosario se sintiera poco segura de sí misma, y que se diera cuenta de que sabía más de música que de hombres. E romance no había entrado en su vida, aunque sabía de su existencia, y creía que el amor debía ser como la música, intenso y emocionante.

Pero al ver el retrato de Isabel, Rosario comprendió que el amor entre ellos no había sido así. El saber la historia de su esposa muerta trágicamente hacía el momento más difícil, porque este hombre odiaría al extraño que supiera que él venía a este lugar tan solitario para hacer penitencia por su esposa desaparecida.

Rosario sintió la fuerza de sus manos.

-¿Qué está haciendo aquí? -exigió, mirándola fijamente-. ¿Encontró est lugar por casualidad, o sabía que yo estaría aquí?

- Yo... yo sabía que usted iba a estar aquí -confesó-. Tengo una razón m poderosa para desear hablar a solas con usted.

- Ya veo -estudió su rostro y siguió reteniéndola por las muñecas-. ¿Cón llegó aquí, señorita Bell? La Bahía de las Rocas está rnuy retirada del palacet Supongo que alguien la trajo por carretera.

¿o vino en bote?

-Vine en la lancha de Amadeu.

- ¿Sin compañía?

- Claro que sí, señor, no soy una niña.

- Por eso exactamente. No es usted una niña, es usted una mujer muy atractiva, con una hermosa cabellera que, cubierta con una mantilla, parecer oro a través del encaje negro; creo que cometió un error al venir aquí.

-¿A la torre?

Por un buen rato la contempló con aire burlón y, por primera vez, aqu donde la luz era natural, Rosario pudo ver chispas doradas en sus ojos, pequeñas luces de fuego, que podían encenderse de furia... o de pasión.

-Quise decir a la isla, señorita Bell. ¿Por qué vino en mi busca?

Se sonrojó, pues parecía creer que había venido a coquetear. El sólo pensar en ser acariciada o besada por él la hacía estremecerse de pánico, y trató de liberarse de sus manos. Esto hizo que se acercara a la orilla de la plataforma y, para evitar que cayera, él tiró de ella hacia la pared de la torre

-Es usted demasiado impetuosa. No me agradaría tener que escribirle a abuelo contándole que se rompió el cuello al caer de una torre. Ahora, por favor, quédese quieta y dígame por qué vino a buscarme.

-Tenía que hablar a solas con usted, Don Duarte... antes de que lo haga su tía.

-Eso me parece una súplica. ¿Qué ha hecho para molestar a la señora?

-¿No se le ocurre que tal vez ella ha hecho algo para incomodarme? - Rosario le miró fijamente y no se dejó intimidar por la fuerza, ni por el hech de que era el gobernador de la isla. Por la mañana había tenido que escuchar la súplica de los inocentes en el juzgado... ahora tendría que escucharla a ell

-¿Qué ha hecho, señorita Bell? Estoy seguro de que ha ofendido el estricto sentido de la moral que tiene mi tía. Por ejemplo -la burla apareció u vez más en sus ojos, mientras estudiaba sus pantalones blancos-: ¿Ha usado pantalones en el palacio?

- Si sólo fuera eso, pero me ha acusado de tener principios morales mu bajos, y de ser inmoral porque uso un poco de maquillaje v porque no soy to modestia en presencia de un hombre.

-¿Qué hombre? -preguntó cortante.

-Dacio Cortez. Como los dos trabajamos en el palacio, es natural que n

hablemos. Esta mañana su tía pensó que me estaba comportando como una mujerzuela, me ordenó que me lavara la cara y me dijo que sería despedida.

-¿Y qué le dijo, señorita? Estoy seguro de que no se fue sin decir nada.

-Bueno..., le dije que tenía un criterio muy limitado y que era demasiad severa.

-No fue nada diplomático de su parte.

-Estaba muy enfadada, señor. Uso menos maquillaje que muchas de las muchachas portuguesas, las he visto durante los paseos de la tarde...

-A los ojos de mi tía son muchachas de pueblo, y no tienen nada que ve con la etiqueta del palacio. Sólo quiere que usted sea discreta, señorita Bell, que Gisela pueda seguir su ejemplo.

-Me doy cuenta de eso. ¿De verdad cree que uso mucho lápiz labial? H visto a Lola...

-No estamos hablando de la señorita Cortez -su voz se volvió cortante-. Usted fue contratada como institutriz, y mi tía espera que se comporte como tal.

-¿Quiere decir que espera que lleve el pelo recogido, y que clave mi mirada en el suelo cada vez que me encuentre con Dacio?

-¿Qué estaba usted haciendo que le hizo pensar a mi tía que se estaba comportando sin recato? ¿La estaba abrazando? ¿La estaba besando?

Rosario le miró de frente, sus ojos eran desdeñosos, y una vez más sali relucir su temperamento y, a pesar de Gisela, sintió deseos de decirle a este hombre que se quedara con su trabajo y que se lo diera a una mujer que obedeciera todas sus reglas como un autómata.

~Si quisiera que me besaran escogería un lugar más privado que la galería de pinturas. ¡El señor Cortez no me estaba besando! Estábamos hablando de su trabajo en la galería, y su tía solamente necesitó a excusa pa molestarme. Quiere que Gisela tenga una carcelera y no una amiga, y es por eso que he venido a verle. Le prometí a su hija que vendría a presentarle mi caso antes que su tía tenga la oportunidad de cambiar todo.

-¿Y se imagina que tomaría una decisión sin preguntarles a Cortez y a usted qué fue lo que pasó? - la pregunta tenía la frialdad del hielo, pero los ojos estaban llenos de fuego-. Comprendo que su personalidad es demasiado vivaz para el gusto de mi tía, así es que yo soy quien decidirá si es usted

adecuada para seguir en el puesto como institutriz de Gisela. Dígame, ¿tiene Gisela verdadero talento para el piano? Su madre tocaba muy bien.

Desconcertada al escuchar ese comentario de su esposa, Rosario tardó e contestar.

-Gisela toca muy bien el piano, y puedo ayudarla a mejorar su técnica, pero no tiene talento para ser concertista. ¿Deseaba usted eso, señor?

-La verdad, no. He hecho planes para el futuro de Gisela, y no deseo qu sea una muchacha de carrera. Es suficiente que su talento la haga más atractiva socialmente. Los portugueses todavía disfrutamos de Chopin, o de u lamento latino.

-También yo disfruto de esas cosas, señor -una sonrisa asomó a sus labios-. Estoy muy lejos de ser una fanática de la música pop, y le aseguro qu también en mi país hay personas que gozan de la verdadera música. No todo estamos locos.

- Me alivia saber eso -parecía divertido, y sus facciones se suavizaron. Rosario sintió entonces su atracción, algo en ella respondía a sus varoniles atractivos. Había nacido para mandar, y era demasiado femenina para no sentirlo.

-Así que llegó a la Bahía de las Rocas en el barco de Amadeu. No se amedrenta fácilmente, ¿verdad, señorita Bell? Me pregunto, ¿aqué le teme? ¿Qué piensa de mi torre?

-Es solitaria, peligrosa, y evoca tiempos lejanos. Un lugar al que se vien a meditar y a pensar en el pasado. Debería disculparme, señor, por venir a molestarle. Espero que haya comprendido mi* motivos. No quiero ser despedida porque a su tía no le caigo bien, es mucho más importante que yo agrade a Gisela.

-¿Cree usted ser una buena influencia para mi hija, señorita Bell.

-Sí, he despertado su interés por varias cosas desde que llegué a Voces del Mar. Después de todo, usted me dio a entender que no ría un vegetal por hija, quiere alguien que brille en la sociedad portuguesa, y en estos tiempos r es suficiente que una muchacha sea bonita.

- Cree usted que Gisela es bonita? -se quedo pensativo, de la misma manera que se había quedado absorto en la blusa de seda azul de Rosario y e su cabellera, que reflejaba los rayos del sol. Estudiaba más que miraba, sus oj castaños.

-Promete ser una belleza, señor, y debe tener una personalidad que vay con sus atractivos físicos.

-¿El barril debe contener vino y no refresco?

-Exactamente, porque cuando el barril se gasta, ¿qué queda?

-Ésa es una filosofía muy especial para alguien tan joven. A su edad sól se debe pensar en el romance.

-Pero, señor -dijo humildemente-, como maestra de su hija no se me permite ser romántica.

-Pero, señorita -contestó él burlón-, usted me aseguró que sólo hablaba de trabajo con el apuesto Dacio.

-Sí, en horas de trabajo -estuvo de acuerdo-. Pero, como su empleada, ¿ me permitiría pensar en mi tiempo libre en el romance?

- No veo ningún daño en pensar en el romance pero, como le dije con anterioridad, sería aconsejable que, mientras esté aquí, en la isla, se comport como una muchacha latina, y no como una ciudadana británica.

-Me doy cuenta de que hace usted una clara distinción entre unas y otr ¿Considera usted que las mujeres latinas son más sensatas que las inglesas

-Digamos que, en loque se refiere a usted, son, sin lugar a dudas, meno impulsivas. Jamás había visto a una de nuestras muchachas subir esta empinada y peligrosa escalera sola.

~¿Ni siquiera Lola? -lo había dicho sin querer, pero era demasiado tar Había venido aquí para tratar de ganar su aprobación y, sin embargo, parecí que siempre estaba tratando de fastidiarle. Era poco inteligente hacerlo, estaban solos y parecía el tipo de hombre que no titubearía en castigar al qu ofendiera su dignidad.

- Por segunda vez, señorita Bell, parece usted querer insinuar que arreg citas clandestinas con la señorita Cortez. ¿Se debe a curiosidad innata, o está tratando de introducirse en terrenos que no son de su incumbencia?

-Le aseguro, Don Duarte, que ni por un momento pensé que sus asunto tuvieran algo que ver conmigo.

Se ruborizó intensamente, y se sentía como una niña malcriada bajo su penetrante mirada.

- Sólo quería saber si a Lola le hubiera gustado contemplar la vista des aquí. Supongo que se ve casi toda la isla.

- Del otro lado se puede ver toda la campiña. Venga, le enseñaré, pero tenga cuidado, en muchos lugares la barandilla ya está oxidada.

Podía sentir las manos de acero afianzando su muñeca izquierda mient daban la vuelta a la torre. La estaba tratando como a su hija.

Juntos contemplaron la tierra ondulante que se veía a lo lejos, el vuelo de los pájaros entre los arrozales, los brazos de los molinos de viento. Tambi podían observar a los trabajadores, las mujeres con la cara cubierta, como en oriente. Había grupos de pequeñas casas, con sus diminutas chimeneas, que la distancia semejaban castillos y minaretes. Las palmeras, la vegetación tropical, el sol y el resplandor del agua, formaban un cuadro del que fácilmente podía enamorarse.

-Voces del Mar es un lugar hermoso -murmuró Rosario-. No quisiera dejarlo, todavía no. Fue por esta razón por lo que hice mi orgullo a un lado, señor, y vine a su encuentro. No soy la coqueta que su tía me acusa de ser. S una buena maestra y, si se me da la oportunidad, se lo demostraré.

- ¿Piensa poder suavizar mi corazón de piedra?

- Si tuviera un corazón así, señor Duarte, no le importaría si su hija estudia música o no. Puede que tenga un corazón duro, pero eso es muy diferente.

-¿Cuan diferente, señorita Bell? -preguntó interesado, apoyándose sobr el barandal, aun cuando había advertido a Rosario que no lo hiciera por resultar peligroso.

-La piedra no puede ser suavizada, sólo se le puede romper, o romper a su vez.

-Pero usted cree que un corazón duro puede ser ablandado, ¿no es verdad?

-Me gustaría creer que sí -se fijó en el horizonte, y trató de no pensar e la fuerza de su mirada, sabiendo que estaba observando la curva de su homb que había quedado al descubierto. Era una sensación muy extraña saber que hombre tan frío podía hacerla sentir tan consciente de sí misma.

-Es usted optimista e impulsiva, señorita Bell. ¿Qué sucedería si le dijer

que ni por un momento creo que las intenciones de Cortez sean completamen
inocentes en lo que se refiere a usted? ¿Qué pensaría si decido enviarla de regreso a casa antes que el joven se vuelva demasiado simpático?

-¿Creé usted que he tenido tan poco contacto con muchachos que me enamoré de él? Toda mi vida estudié junto a varones en la escuela de mi abuelo, y aprendí a mantener la calma y la serenidad y a no creer todo lo qu
decían para adularme.

-Cortez es portugués, y el lenguaje de los jóvenes latinos es suave y variado.

-Y al envejecer, ¿se vuelve menos sutil el hombre latino? -preguntó con
malicia.

-El latino se vuelve más diestro, pues ya tiene más práctica, señorita Be
como un músico, si desde un principio tiene la habilidad para tocar.

-¿Está tratando de asustarme, señor? -se rió, porque Don Duarte no deb
saber que era él y no Dacio quien la hacía sentirse insegura. El poder y el encanto eran innatos en él, y si a eso se agregaba la fatalidad de su matrimonio, ello hacía de él un hombre Que ninguna mujer podía ignorar, n
tomar a la ligera. Tenía una personalidad tan fuerte, que cualquier chica pod
sentirse atraída hacia esa peligrosa y fascinante personalidad.

~La vida puede ser trágica, señorita Bell. Los hombres pueden ser crueles... se puede herir a las mujeres. Nada de esto le ha sucedido aun y por
tanto es vulnerable. ; Qué haría usted si la besara en este instante?

~Pero no lo haría -se volvió, asombrada, hacia él-. Iría en contra de su
principios. Como el hombre que gobierna esta isla, le corresponde dar ejemplo...

-Pero estamos solos, señorita Bell, ¿y no fue usted quien dijo que le gustaría ser besada a solas?

- Sí, lo dije, pero no quise decir que me sometería a cualquier hombre,
soy una muchacha ligera aunque usted así lo crea -observó, desviando la vist
hacia el mar.

-Tenga cuidado, señorita Bell -la hizo volverse de nuevo hacia él, sosteniéndola de la cintura -. Tal vez esté hablando con un hombre que hace
las lágrimas de las mujeres su vino.

-No me amenace -se quedó sin aliento-. ¿Por qué está haciendo esto? ¿Para probar mi código moral? ¿Para ver si soy el tipo de muchacha que pien

la cabeza por el gobernador de Voces del Mar o por cualquier hombre... com
sugiere su tía?

-Es natural que tenga curiosidad. Una mujer como usted, con su rubia y hermosa cabellera y ojos castaños, decide venir a trabajar a una isla lejana. ¿Ha venido porque quiere escapar de un hombre?

Rosario hubiera querido decir toda la verdad: que no había ningún am en su vida, pero la cercanía de este hombre la perturbaba; pensó en Erick y e la última vez que le había visto, y dijo:

>.-No estoy huyendo de un hombre, los dos creímos que lo mejor serí separarnos por un tiempo, para que él pudiera concentrarse en su carrera musical. Creo que usted comprenderá que, cuando un hombre está dedicand todas sus energías para llegar a ser un gran director de orquesta, no debe ten distracciones de ninguna índole.

-¿Y Voces del Mar está a muchos kilómetros de Londres? El joven no podrá ser tentado por sus grandes ojos castaños.

-Así es, señor -respondió Rosario.

Se sentía como una gran mentirosa, pero estaba segura de que él nunca conocería a Erick. Ahora podía pretender que estaba comprometida y, siendo un portugués estricto, respetaría la barrera invisible-Ella tenía que levantar u barrera, pues cuando se acercaba demasiado se convertía en un hombre peligrosamente atractivo. Ahora su rostro era como una máscara de cobre, la burla había desaparecido. No se atrevía a pensar en cómo serían sus besos.

-Pronto llegará la tarde a su fin, y debemos regresar al palacio_sus man dejaron de rodearle la cintura y sintió frío-. Vendrá conmigo, naturalmente, puedo permitir que regrese sola con Arnadeu ahora que se acerca la noche, e un viejo zorro y no le tengo confianza.

Rosario no quiso decir que a ella tampoco le había inspirado confianza Don Duarte, hacía unos minutos.

-Señor, su tía nos verá regresar juntos y sabrá que vine a buscarle para defenderme antes de que ella pudiera condenarme.

-Entonces, podrá bajar del coche en una de las entradas laterales. Podemos ser discretos.

-Preferiría que así fuera, hasta que ella me acepte.

- Sea igual de discreta con el joven artista, señorita Bell - un tono

amenazador apareció en el timbre de su voz-. Y ahora dejemos a nuestros amigos los pájaros y regresemos al coche.

-¿Qué pasará con Amadeu? Le pedí que me esperara.

-Le aseguro que no esperará toda la noche. Tenga cuidado, señorita Bel al bajar la escalera, aunque ya veo que trae sandalias, y no esos tacones altos con los que las mujeres parecen estar caminando sobre cáscaras de huevo.

-Siempre he sabido, señor, que los hombres prefieren que las mujeres estén incómodas y desvalidas.

-Los hombres están dejando de ser tan bárbaros en sus gustos.

Se preguntó sobre este último comentario al bajar los escalones. Don Duarte tenía una manera silenciosa de caminar, como si fuera un tigre. Sintió su mirada sobre ella, y adivinó que los ojos del gobernador la recorrían. Hoy había enterado de cómo había sido la muerte de su esposa... también había descubierto que debía mentir para alejarle de ella.

Al alcanzar el último peldaño, sintió el deseo de escapar. ¡Estaba loca! Nunca había estado en peligro... de ser seducida. Era como si el jure la hubie intoxicado como si fuese vino, y ahora las piernas le amblaban. Él era el culpable de que se sintiera débil y vulnerable.

-A usted no le gusta ver a las mujeres en pantalones, ¿verdad, don Duarte? Es un símbolo de la emancipación de la mujer.

~O de disipación -gruñó-. Una mujer desaliñada y en pantalones hace pensar en una mujerzuela.

Rosario sintió que la ira se apoderaba de ella.

-Su crueldad es muy refinada, señor Duarte -afirmó, sabiendo antes de hablar lo que iba a decir-. ¡Me pregunto si alguna vez podrá perdonarse las palabras que mataron a su esposa!

-No. No lo haré, pero tampoco perdonaré su osadía al remover las ceni de un recuerdo doloroso.

Al hablar, pudo ver el dolor que sus ojos encerraban. Rosario debió pe perdón... decir que lo lamentaba muchísimo, pero él se había adelantado, caminando en silencio entre los árboles; ella le siguió a unos cuantos pasos, s atreverse a romper el silencio, sabiendo que la despediría porque, ¿cómo podría permanecer si no era perdonada?

Llegó a la carretera, donde estaba aparcado el Porsche, iluminado por l
últimos rayos de sol, antes que ella.

Don Duarte le abrió la puerta y Rosario subió sin mirarle. No se comprendía a sí misma, y no habló en todo el camino, permaneciendo con la vista fija en la carretera que atravesaba la isla de punta a punta. Rosario volv sus ojos doloridos hacia el refulgente mar, que parecía estar manchado con l sangre hirviente del sol.

Cuánto tiempo avanzaron en silencio, nunca lo supo, pero el atardecer pintaba el palacio con sus sombras cuando Don Duarte se detuvo frente a una de las entradas laterales del edificio, y le dijo en tono cortante que se bajara, iba a cerrar la puerta cuando le dijo:

-Lo que discutimos esta tarde es mejor que quede en el olvido, y le pido que no comente con Gisela cómo murió su madre.

-No, señor, no soñaría en hacer eso -apretó tan fuerte la puerta del coch que se le rompió una uña-. Haré mis maletas... Supongo que desea que deje e palacio por la mañana.

-No sea tan niña. No sería tan cruel de privarla de una oportunidad de mantenerse, simplemente porque tiene una opinión que no me es favorable. Puede seguir trabajando con Gisela, y le diré a la señora que tiene que ser m comprensiva con sus costumbres, tan distintas a las nuestras. Hasta la vista, señorita Bell.

Fue tan fría, tan indiferente la despedida, que Rosario se sintió como u niña reprendida. Entró por la reja y se dirigió al palacio- viendo cómo el Porsche se dirigía hacia la entrada principal, donde daría la vuelta para qued aparcado frente a la escalera.

Se quedó sin aliento cuando oyó el rechinar de frenos, vidrios que se hacían pedazos, y el crujir de metal al romperse. En un instante corrió hacia coche y, al verlo, dio un grito involuntario de horror. El Porsche se había volcado, era un montón de metal, vidrios y llantas al aire, y alarmada vio cón la gasolina escapaba del coche, y que en cualquier momento el tanque iba a explotar. Desesperadamente, alcanzó el hombro que salía por la puerta abier por el impacto. Tiró con todas sus fuerzas, al tiempo que se percató de que alguien venía corriendo por la escalera. Don Duarte se movía. Después, otras manos la ayudaban y, finalmente, le sacaron arrastrándole cuando las primer llamas empezaban a devorar al coche, antes de que se convirtiera en una hoguera.

Don Duarte gimió, se movió ligeramente una vez más en el lugar donde lo habían dejado, mientras la sangre corría por su rostro. En ese momento, Rosario pensó que la historia se repetía... sus ojos se abrieron y se clavaron e ella.

-Estás bien -decía Dacio-, no frenaste a tiempo...

-Me duele la cabeza.

Se quedó mirando a Rosario fijamente, y luego se desmayó.

Cuando el doctor llegó al palacete, se supo que Don Duarte tenía una contusión, varias costillas rotas y un tobillo torcido. Milagrosamente, las heridas no eran más graves, y todo el mundo dio un suspiro de alivio cuando doctor Rivas dijo que Don Duarte descansaba tranquilo en su cuarto. Gisela lloró, y cuando la señora le dijo que se controlara, la muchacha le respondió que tenía un corazón de piedra y Que en lo único que pensaba era en lo que era o no correcto, sin dar cabida nunca a un sentimiento humano.

Al salir las palabras hirientes de la boca de Gisela, aparecieron en las mejidas de la señora dos manchas rojas, y sus ojos se clavaron en Rosario con dos cuchillos. Era increíble, la estaba culpando del despliegue natural de emociones de Gisela y, antes que pudiera decir una palabra más, se la llevó a su cuarto.

~ ¡Déjame verle! -le suplicaba-. ¿Estás segura de que está bien?

Rosario titubeó y decidió que no podía dañar en nada a Don Duarte, él estaba dormido y Gisela podría descansar. Juntas recorrieron el camino hasta sus habitaciones, y con mucho cuidado abrieron la puerta; su mayordomo estaba sentado junto a la puerta, y se levantó dirigiéndose hacia donde estab las dos muchachas.

-¿Podemos verle, Manuel? -Gisela cogió el brazo del mayordomo-. No haremos ningún ruido y no le molestaremos, te lo prometo.

Rosario no habló, sentía que el corazón latía con una fuerza desacostumbrada. Temía y deseaba ver al hombre a quien había ayudado a salir del vehículo. Le parecía como un presagio el que hubiera sufrido un accidente... conduciendo de malhumor.

Cuando Manuel las llevó a la puerta de la alcoba, Rosario se quedó uno pasos atrás. Gisela tiró de ella y tuvo que entrar. Don Duarte estaba dormido su cabellera negra despeinada y húmeda, con un vendaje sobre una de las cejas. Parecía que estuviera esculpido en piedra, y tan distante como una hermosa máscara.

Se sentía tan rara junto a la cama, tan irreal. Cuando sus labios se movieron, Rosario comprendió que él iba a estar muy disgustado de que le hubiera visto tan vulnerable, cuando había sido ella la que le recordó la mue trágica de su esposa.

Se retiró en silencio, sin duda él estaba pensando en Isabel cuando se l olvidó frenar. Salió rápidamente, sabiéndose culpable del accidente que pud haberle causado la muerte.

Capítulo 5

DURANTE varios días la atmósfera del palacio estuvo silenciosa y llena de ansiedad. No había forma de que Gisela se concentrara en sus estudios, así que Rosario se dio por vencida. La muchacha no podía olvidar la muerte de su madre, y se pasaba el tiempo rondando las habitaciones de su padre. Dacio tampoco lograba distraerla.

Lo único bueno que había surgido del accidente era que la tía Azinha había dejado de reñir con Rosario, y parecía haberse vuelto más humana. Quería a su sobrino y se dedicaba a cuidarle, llevaba las bandejas con alimentos a su cuarto, ponía compresas frías sobre su frente, y cuidaba de que nadie le importunara.

Tan pronto como pudo, Don Duarte reanudó su vida normal, pero el tobillo le dolía, y usaba un bastón para ayudarse a caminar. Las cartas se amontonaban, y el teléfono no dejaba de sonar para preguntar por su salud. El doctor Rivas había aconsejado que se quedara en casa por lo menos una semana, y durante ese tiempo Lola vino con frecuencia para acompañarle.

Después de haberles visto juntos varias veces paseándose por el jardín y sentados en las sillas de bambú, Rosario estaba convencida de que Lola estaba enamorada, pero era imposible saber cuáles eran los sentimientos de él.

Cuando estaba con Lola, parecía fascinado y contento, una sonrisa jugaba en sus labios, se vestía informalmente y el bastón le daba un atractivo especial. Su cojera le daba una excusa al para ponerle un taburete bajo el pie cada vez que se sentaba, y era Lola evidente que la chica gozaba sirviéndole.

Por las noches, Lola y su hermano eran invitados a cenar, y de sobremesa el señor le pedía a Rosario que tocara el piano;, inmediatamente Rosario rogaba a Gisela que la acompañara, no sin notar la ironía en los ojos de él, pues sabía que tenía miedo de tocar sola ante él. Los otros no importaban, no eran tan exigentes.

Pero una noche le pidió que tocara sola.

-Estoy seguro de que conoce los *Estudios* de Chopin -comentó, reclinándose cómodamente en una silla, con una copa de coñac en una mano y una mirada diabólica-. Son muy complicados para Gisela, y siento deseos de

escuchar el *Estudio en Mi mayor.* ¿Lo conoce, señorita Bell, puede usted tocar

Rosario había rechazado el coñac y estaba tomando una taza de delicio café portugués. Fijó su mirada en el diseño de la taza mientras respondía que conocía la pieza, pero que no estaba segura de hacerle justicia.

-No se preocupe si se equivoca, sé muy bien que los *Estudios* son muy difíciles, pero la noche lo exige, con las lámparas brillando y el aire perfuma del jardín. Señorita, por favor, déle gusto a un inválido.

Le miró, pensando si sus palabras no tendrían un doble significado. Le debía más que un capricho, pues los dos sabían que ella era en parte responsable del accidente. Le sonrió, y advirtió el reto en su mirada.

- Sí, toca para nosotros -pidió Lola con la alegría de la joven que está segura de no poder hacer nada malo a los ojos de Don Duarte. Llevaba el cabello recogido, y parecía una *madonna* bajo la tenue luz de la lámpara.

- Sí -intervino Dacio-. Nunca te he escuchado tocar algo en serio, sólo cuando le enseñas a Gisela las escalas. ¿Eres tan tímida? -preguntó con malic

-No -pero se sentía nerviosa ante la presencia de Don Duarte, especialmente porque cuando éste decidía hablarle lo hacía con un tono burlón, que sólo ella advertía, mientras para los demás era la imagen de la cortesía. El amo de la casa, halagándola, pidiéndole que tocara su música favorita. Rosario sintió los ojos de todos sobre ella-Las manos de la señora dejaron de tejer y Gisela dejó de acariciar al gatito que le había regalado el jardinero.

Todos parecían estatuas, y entonces Don Duarte le pidió a Dac'° que abriera el piano para la señorita Bell. Ella, resignada, se levanta de su silla y cruzó el salón. Llegó hasta el gran piano estilo imperio- todo de marfil y oro, con figuras reclinadas que sostenían dos candelabros; la cubierta estaba levantada y las luces habían sido encendidas por Dacio, que le acercó el banc acojinado para que se sentara.

-No te pongas nerviosa -le murmuró-. No te va a comer.

Le miró de reojo y sonrió. Tenía razón, Don Duarte era humano despué de todo, y había tocado para Erick, que era un director de orquesta, y él la había felicitado.

Dacio desapareció entre las sombras y quedó sola, frente al soberbio piano, con las luces iluminando su cabellera. Se ordenó a sí misma olvidar al hombre que estaba allí en el mismo instante en que sus manos tocaban las teclas...

El *Estudio* que le había solicitado lo ejecutaba con gran maestría y sentimiento, y en ese momento el ruiseñor despertó y empezó a cantar en el jardín. Se emocionó a tal grado, que se olvidó de su auditorio, y tocó y tocó... un nocturno, un vals. Lo que la hizo volver a este mundo fue darse cuenta de que la melodía que tocaba era una de sus composiciones. Se interrumpió inmediatamente, y como por arte de magia el ruiseñor dejó de cantar, y alguien se rió. Gisela corrió hacia el piano y abrazó a Rosario.

-Fue maravilloso. Por favor, sigue tocando.

-No -repentinamente era toda nervios, el corazón parecía salírsele del pecho, no podía tocar ni una nota más-. He hecho mi parte esta noche.

Se levantó de un salto y miró a los demás con desafío.

-Espero que no haya hecho el ridículo.

-¿El ridículo? -exclamó Dacio saliendo de entre las sombras-. ¡Fue tan hermoso!

-Fue maravilloso -agregó Lola, pero aun cuando sonreía, había en su mirada cierto rencor, como si secretamente hubiera deseado que 'a muchacha inglesa no tocara tan bien.

"* ¡Fue mágico! -volvió a decir Dacio.

- Muchas gracias, señorita Bell -dijo el hombre que la había retado a tocar-. Por desgracia, no reconocí la última pieza que terminó usted tan abruptamente. ¿Quién es el compositor?

~Se me olvidó el nombre, señor -no podía decirle que era algo Propio, salido de su inspiración en esos últimos días-. Probablemente es una balada romántica que se me grabó de una película o de la radio. Música sin importancia que se queda en la cabeza.

-Tal vez -murmuró-. Tome asiento y refrésquese, señorita Bell. Hemos disfrutado de su música y debe ser premiada. ¿Le gustaría un vaso de vino?

-No, gracias -sacudió la cabeza-. Preferiría salir a la terraza, si no le molesta, quisiera tomar un poco de aire -recogió su falda larga y, pasando junto a él, salió a la frescura de la noche. ¿Era posible que se sintiera un poco triste porque no había sido él el que la había halagado, no le había dicho que tocaba muy bien..., que había estado maravillosa? Se apoyó en el barandal de piedra, hasta ella llegaba el olor a rosas. El aroma le recordaba su casa, lejos de esta isla portuguesa, cuyas costumbres eran tan distintas a las de su país.

Los hombres no reían abiertamente como los ingleses, sonreían con un toque de encanto misterioso: siempre se percibía una corriente oculta de pasión, cuando un hombre y una mujer se encontraban.

De pie, en la terraza que salía de uno de los laterales del palacio, la oscuridad sólo era rota por el brillo suave de las estrellas. El aire que respiraba era dulce como el vino, no hacía frío, todo era delicadamente cálido, y sus pensamientos volaron al mar y deseó nadar a la luz de las estrellas. Su respiración se hizo agitada, y el deseo de nadaren ese instante aumentó.

¿Por qué no? Si se retiraba en silencio, nadie se daría cuenta de su ausencia, el señor y sus invitados charlaban aún animadamente en el salón, nadie le preguntaría nada, ni le dirían si era correcto o no. Pero antes tenía que ir por su traje de baño y su bata, y para hacerlo tenía que pasar frente a la ventana y entrar en la casa por las puerta-ventanas de la sala principal. Se volvió, y de pronto se topó con la figura de un hombre, su smoking blanco destacaba claramente en la oscuridad.

-¿Qué quieres, Dacio? -estaba impaciente, quería irse enseguida a nadar al mar.

-¿No te agrada verme? Quería volver a decirte cuánto había disfrutado de la música, fuiste toda una revelación.

-¿Una revelación de qué? -preguntó ella-. Después de todo, 'a nieta de un famoso músico debería poder tocar algunas cuantas piezas en el piano.

-No te menosprecies -se acercó a ella-. La modestia puede ser exagerada, y aunque a su excelencia le convenga tenerte ante el piano, como parte de una competente institutriz, realmente no va con tu personalidad, ni complace mi sentido de la belleza y el arte. Debes saber, Rosario, que tienes una cualidad inquietante, tu nombre sugiere lugares secretos donde crecen las rosas, y donde puede oírse el suave repicar de las campanas.

-Eres muy amable al decir eso, Dacio, pero si me vieras en Inglaterra te darías cuenta de que soy bastante corriente. Estoy fuera de lo ordinario aquí en la isla porque todas las señoritas tienen el pelo negro azabache.

-Rara sería la palabra más adecuada -estiró un brazo y aprisionó a Rosario en un rincón de la terraza, entre las rosas y el olor de la noche, más sensual que el de todas las flores. No era sólo la hermosura de la rosa la que inspiraba a los hombres a seguir a la mujer deseada,

los pétalos de terciopelo tenían el poder mágico de despertar los sentidos, y Rosario se dio cuenta de esto al ver los ojos llenos de admiración de Dacio.

-Iba a mi habitación -dijo, sintiendo pánico al darse cuenta de que se acercaba más-. Dacio, no podemos estar solos. La señora no lo aprueba, y ya me ha advertido que seré despedida si me ve coqueteando...

-¿Estamos coqueteando? -murmuró, y sus ojos negros brillaron en su apuesta cara.

-Dacio, ¿quieres que pierda mi empleo? -trató de quitarle el brazo, pero era como de piedra, era el brazo del pintor acostumbrado a sostener una paleta y un pincel durante horas. Tenía además la Paciencia diabólica del artista, y se sabía atrapada. Sólo había una manera de que los dos se retiraran y se alejaran de la terraza, antes de que los vieran y fueran acusados de ser amantes una vez más.

~A decir verdad, iba por mis cosas, la noche es tan cálida que quería ir a nadar.

~¿Me estás invitando a ir contigo? -preguntó emocionado, parecía tan complacido, que bien podía pensar que jamás había a nadar con una chica a la luz de la luna, no con una muchacha portuguesa; había demasiadas restricciones familiares para eso. También la idea de desafiar a Don Duarte atraía a Rosario... siempre v cuando él no se enterara.

-Debemos ser discretos, Dacio, tengo que volver a la casa para traer mis cosas, y tú debes ir por las tuyas. Sugiero que nos encontremos dentro de quince minutos en el camino que va a la playa del palacete.

- ¡Te estaré esperando! -le besó la mano. Por un momento, se preguntó si era prudente ir a solas con él a la playa.

-¿Te comportarás como un caballero, Dacio? Quiero nadar, no dedicarme a coquetear.

-¿Tienes miedo de que te haga el amor? -preguntó él, medio sonriendo.

-No tengo miedo, pero me molestaría, arruinaría nuestra amistad. Dacio, jamás te volvería a hablar.

-Creo que los ingleses son más escrupulosos que los portugueses.

-También tenemos nuestras normas. Una amistad y un romance son dos cosas muy distintas.

-» -¿Y tú sólo quieres mi amistad?

-Sí, necesito un amigo. Te veré dentro de un rato, amigo.

-Hasta la vista, amiga.

Quería creer que sólo era una amiga para él, y sonriendo se apresuró a recoger sus cosas.

Logró salir del palacio sin ser vista, y se encontraron en el camino, que en la oscuridad parecía más estrecho y empinado. Cogidos de la mano, y sofocando su risa, lograron llegar a la playa donde había una cabaña, con dos habitaciones pequeñas para cambiarse de ropa, una mesa de bambú y unas sillas; también había un armario con botellas, vasos, zumos de naranja y de limón para calmar la sed después de nadar.

Dació debió haber traído su bañador bajo el pantalón, ya que cuando ella salió él estaba esperando.

- ¡Qué noche! -exclamó, y echó la cabeza hacia atrás como si estuviera celebrando un ritual pagano a las estrellas. Había un grupo de palmeras en la playa, el aire estaba impregnado de fragancia del follaje que había sido bañado todo el día por el sol.

- ¡A ver quién gana! -retó Rosario a Dacio, y corrió hacia el mar, quedándose sin aliento al sentir el agua fría sobre su piel. Se rió cuando él la alcanzó, gritándole que se le había olvidado ponerse su gorro de baño.

-Nunca lo uso -tener el pelo empapado le daba una agradable sensación de libertad.

-Eres una sirena -estaba junto a ella, y nadaron al unísono en el mar azul zafiro-. ¿Te agrada estar conmigo?

-Sí... es hermoso nadar de noche, es más hermoso que hacerlo durante el día.

-¿Le has dicho algo así a otro hombre? -preguntó Dacio.

Rosario podía ver la blancura de sus dientes, y se dio cuenta de la

soledad en que se encontraban. Eran dos partículas en el océano y, al mismo tiempo, eran más. Eran un muchacho y una muchacha, y aún no sabía lo que en realidad significaba todo eso. Sintió curiosidad y se preguntó sobre el deseo. Hasta la fecha, todos esos sentimientos la habían eludido.

Cansados al fin, regresaron a la playa. Rosario sintió las olas del mar jugueteando con sus pies, el agua le escurría por el pelo, y sintió la suavidad de la arena bajo los pies. Se sentaron apoyados en el tronco de las palmeras. Sabía que Dacio la estaba mirando mientras se secaba el pelo. Sabía que el menor movimiento-que ella hiciera era de interés para Dacio, porque sólo había conocido chicas portuguesas, y ellas no se comportaban con tanta falta de modestia y de pudor. Siempre estaban muy bien arregladas, calmadas, y su conversación era de adulación y no de provocación.

En algunas muchachas quedaban vestigios de su vida de sumisión en el harén y, en los hombres, de su herencia mora.

- ¿Crees que tu hermana sabrá que estamos juntos? Casi siempre la llevas a casa después de la cena.

,. ~Su excelencia hará los honores, y estoy seguro de que lo .rutará. Debes haber notado que, cuando está con Lola, se asemeja a una paloma que a un halcón.

-Tu hermana es muy hermosa, ¿alguna vez la has pintado? Está tan llena de vida que me hace sentir como una acuarela.

-¿Tú? -se rió, y colocó los dedos junto a los de ella-. Si supieras algo de pintura sabrías que los colores brillantes cansan la vista, mientras que los fríos no. ¿Sabías que, bajo las estrellas, con el reflejo del mar, tu piel parece tan misteriosa como el capullo de un lirio acuático? Me gustaría pintarte con una túnica de seda blanca.

-¿Cómo una esclava? -replicó Rosario.

Se daba cuenta de que, si Lola adivinaba que estaban juntos, se lo diría a Don Duarte. Sintió una mezcla de preocupación y desafío. El carácter de estos latinos hacía que la más inocente de las acciones se convirtiera en otra cosa, como si hubiera planeado la escapada nocturna con Dacio.

Como si Dacio leyera sus pensamientos, preguntó:

-¿Qué opinas del hombre que gobierna Voces del Mar? ¿Crees que es un tirano al que le gusta que las mujeres sean recatadas y obedientes?

-Creo que se enfurece porque no tengo la costumbre de doblegarme a ningún hombre, ni siquiera a un duque con una estirpe de nobleza y poder como el suyo. No tiemblo ante su ira, y no me sonrojo por sus sonrisas. Yo -jugando con la arena había formado una pequeña pirámide-, creo que no le caigo bien, pero sabe que a Gisela sí, y eso es lo importante.

-¿Cómo puedes estar tan segura de que no le gustas? -Dacio estudiaba sus facciones, limpias y lavadas por el mar, y ojos tan candidos que no podían mentir ni guardar secretos.

- Las muchachas siempre intuimos esas cosas.

-Entonces, tus sentidos deben haberte dicho que a mí me gustas -tiró la pequeña pirámide de arena-. Sin embargo, yo no sé si te gusto o no. La muchacha inglesa es muy franca en ciertas cosas, pero muy reservada en sus sentimientos; es una ironía que nuestras muchachas, que son siempre custodiadas, no tengan tanto miedo como tú de dejar que sus ojos digan lo que sienten.

- Los ojos latinos son muy expresivos, tú mismo has dicho que los ojos de halcón de Don Duarte se vuelven como de paloma cuando miran a Lola.

-¿Sientes envidia porque el señor la favorece tanto? -preguntó Dacio, molestándola.

-No soy envidiosa, gracias a Dios. Mi abuelo me enseñó a agradecer los dones recibidos, y eso puede sonar anticuado, pero creo sinceramente en ello. Un cuerpo y una mente sana son tesoros más preciosos que una cara bonita.

-Muy puritano por tu parte, pero en este momento pareces una sirena -la mirada de Dacio recorrió su cuerpo-. ¿Tienes frío? ¿Te traigo tu bata?

-No... creo que ya es hora devolver a casa. Debe ser muy tarde.

-Quédate un rato más, hasta que el señor lleve a Lola a la villa.

-¿No se queda a tomar una copa?

-No... un hombre no puede hacer eso si el guardián de la muchacha

está ausente, y aún no es su novio oficial. Nuestras reglas para cortejar a una muchacha son muy estrictas, y la reputación de una chica puede arruinarse si le permite a un hombre romperlas.

-Entonces, tú y yo hemos roto más de una docena en la última hora -se rió Rosario-. ¡Menos mal que no soy una muchacha de aquí, si nos vieran, mi reputación ya no valdría nada! Te imaginas... ¡solos y en traje de baño!

- Podías estar tan comprometida que quizá me tendría que casar contigo.

- ¡Qué horrible para ti, Dacio! -sus ojos bailaban a la luz de las estrellas.

-*Deus,* realmente sería emocionante si Don Duarte nos obligara a casamos por edicto. ¿Dejamos que nos descubran?

- ¡No! -de un salto, Rosario se levantó como si algo la hubiera Picado, y con ojos asustados corrió hacia la pequeña cabaña.

Adivinó, más que oyó, que la estaba persiguiendo, se metió en la casita y le cerró la puerta en las narices. Eso era todo lo que necesitaba, verse forzada a casarse... forzada por una costumbre feudal que todavía se observaba en esta isla. Cogió su bata y se la puso rápidamente, acto seguido sus sandalias, colocó su vestido y ropa interior bajo el brazo. Salió por la puerta trasera, y corrió todo el camino. Sin Aliento y con un dolor en el costado atravesó los jardines del palacio, donde las estatuas semejaban figuras fantasmales.

Cuando por fin llegó a la entrada lateral que conducía al corredor a través de un arco, tuvo que pararse para recobrar el aliento. La noche cubría el palacio; desde donde estaba no se veían luces, y suspiró de alivio, podía irse a su habitación sin que nadie la viera y entrar en dos o tres minutos. Silenciosamente, se deslizó a lo largo del corredor hasta llegar a la puerta... el corazón le dio un vuelco al notar que la puerta no cedía ante su insistencia.

Debió haber imaginado que el palacio a esta hora estaría cerrado. Frustrada, se mordió el labio, si tocaba a la puerta y se hacía oír, el incidente sería conocido por todos hasta llegar a oídos de la señora, a quien le gustaba saber todo lo que pasaba en la casa del gobernador. Querría saber por qué Rosario se encontraba fuera a esa hora de la noche, habría una discusión, y ella se negaría a ser tratada como una

adolescente.

Antes que enfrentarse al interrogatorio, Rosario decidió volver a la cabaña. Diría que había ido a nadar de madrugada... así ya no tendría que explicar nada.

Una vez que regresó a la casita, después de caerse una vez por el estrecho sendero, encontró el lugar desierto; se apresuró a entrar, cerrando y atrancando la puerta. Encendió la luz y aseguró la puerta trasera. Ya se sentía más tranquila, también tenía hambre, y encontró unos panecillos en la alacena donde estaban guardados los vasos y las bebidas. Había varios cojines y una alfombra. Después de vestirse, se sintió con menos frío, y trató de no pensar en la playa desierta, pero al apagar la luz lo único que podía escuchar era el suave vaivén de las olas y el murmullo de las hojas de las palmeras mecidas por la brisa.

Se acurrucó en la alfombra, y tuvo que sonreír ante sus locuras. Si hubiera vuelto a su cuarto después de dejar el salón, y si no hubiera sido tan impulsiva al invitar a Dacio a nadar con ella, en este momento estaría cómodamente dormida en su cama, segura y protegida, sin los ruidos raros que escuchaba a través de las ventanas y puertas.

Le dolía el brazo por la caída, pero poco a poco se fue quedando dormida. Algo en el aire de la isla la hacía cometer locuras. Nunca había tocado como esta noche.

Al -fin, se quedó profundamente dormida.

Capítulo 6

EL MAR y el sol inundaban la playa cuando salió Rosario de la cabaña se estiró después de una noche inquieta. Respiró hondo el aire fresco de la mañana. No sabía qué hora era, su reloj se había quedado en su habitación.

Deberían ser, más o menos, las seis de la mañana, lo que le daba tiemp suficiente para regresar al palacio con toda calma, muerta de hambre despué de la caminata. El día empezaba muy temprano en la residencia, con la llega de la secretaria de Don Duarte a las ocho en punto, y la supervisión de la limpieza y de la cocina por la señora. Cada día había un menú diferente, y to tenía que marchar sobre ruedas para que Don Duarte pudiera ver a todas las personas citadas.

Rosario tomó el camino que serpenteaba entre los árboles, y advirtió q tenía el brazo muy morado por el golpe... una noche que no tendría importancia alguna si la hubiera pasado en Sussex.

Rodeó un árbol cubierto con flores, una de ellas la salpicó con su rocío Se detuvo para limpiarse la mejilla y se dio cuenta de que alguien con pantalones blancos y camisa negra estaba de pie frente a ella, observándola s moverse, apoyándose ligeramente en un bastón.

Se quedó sin aliento, era a él al que menos hubiera querido encontrar, ya estaba escudriñándola con la mirada. Su corazón latió mas de prisa, y las rodillas se le doblaron. Tenía que hablar y parecer lo más natural posible.

-Buenos días, señor. El agua es un deleite esta mañana, debería Probarl

-¿Quiere decir que ha estado nadando, señorita Bell?

~~Sí -replicó, aunque oía una pequeña campana de alarma en su ·nterior. La recorrió con ojos acusadores, desde las sandalias hasta su

vestido arrugado y el pelo recogido. En un segundo, el corazón de Rosario latía locamente, sus nervios estaban de punta. Su cabello no estaba mojado, ni siquiera húmedo: estaba enredado y despeinado, y comprendía qu no le creería si le decía que había usado un gorro de baño. Él sabía que no había nadado esa mañana.

-¿Por qué se molesta en mentir? -preguntó fríamente. Al hablar se acer

a ella, y cojeando un poco deshojó con violencia una flor con el bastón. Hubo una llovizna de pétalos y rocío. Rosario se estremeció como si la hubiera golpeado. Los ojos del gobernador brillaron al seguir la trayectoria de la mano de Rosario a la boca, tratando de reprimir un grito. Al mirarle, se daba cuenta de que la furia hacía presa en él, tanta ira le daba miedo, porque comprendía que él sabía todo lo de la noche anterior.

Quería huir, estar con otras personas, para que se viera obligado a controlar sus alteradas emociones. Podía escapar si se movía rápidamente. .. pero al tratar de hacerlo le cogió el brazo y la empujó contra un árbol.

-Anoche Gisela tuvo pesadillas, la oí gritar y fui a su habitación. Estaba indispuesta y quería su compañía, así que fui en busca de usted. No estaba al señorita Bell. Su cama estaba arreglada y nadie había dormido en ella. Inmediatamente la busqué y, cuando me di cuenta de que no estaba en el palacete, llamé a la señorita Cortez para ver si estaba en la villa, me dijo que no, pero creía que estaba usted con su hermano.

Al nombrar a Dacio y la manera como miraba su pelo desarreglado, su vestido arrugado, sin mencionar el moretón en el brazo, se sonrojó y sus ojos brillaron.

- ¡Estuvo fuera toda la noche!

-¿Y qué se imagina que he hecho, Don Duarte? No soy una cualquiera - las palabras no podían ser controladas, y su indignación era tal que ya no le importaba lo que decía. ¿Cómo se atrevía a juzgarla y acusarla sin justificación? Le odiaba por mirarla como si su presencia le ofendiera.

-Le ordeno que me diga qué ha estado haciendo -la tenía asida del hombro, y sus dedos la herían.

- ¡Me está haciendo daño! -le espetó, pero al tratar de zafarse el dolor aumentaba. La miraba como un inquisidor a quien no le importaba qué medi usar, con tal de obtener la verdad.

-Ha estado con Cortez, ¿verdad?

-Y qué si he estado -dijo desafiante-. ¿Qué va a hacer, señor? Echarme su preciosa isla como si fuera un criminal, porque tengo el deseo perfectamen normal de un poco de libertad cuando no estoy dando clases a Gisela. ¿Es un crimen bajo la ley portuguesa, que una muchacha quiera nadar de noche?

-¿Así que anoche se fue a nadar?

- ¡Qué inteligente por su parte haberlo adivinado, Don Duarte!

-¡Es usted una mujer impertinente y torpe que merece ser castigada! -podía sentir su furia, y sus dedos le comunicaban la violencia que había en é el gobernador de la isla, que debía tener siempre bajo control sus pasiones y emociones-. Le exijo que me diga cómo pasó el resto de la noche...

- Sus exigencias son ridículas -contestó ella-. Debo ser discreta, recatad deferente en todo momento. Soy inglesa y libre, pero debo pretender ser una muchacha anticuada, atada a una autoridad masculina. Tengo más de veinte años, pero se me trata como a una niña irresponsable.

-Y supongo que el señor Cortez la trata como a una mujer de mundo.

-¿Tiene usted curiosidad, señor, o simplemente está tratando de reunir más pruebas de mi mala conducta?

-Le advierto, señorita, que si sigue contestando a mis preguntas con insolencia la trataré como parece que quiere ser tratada.

~¿Y cómo es eso, señor?

-Si usted cree que puede desafiarme sin ningún problema, señorita Bell está muy equivocada. Si desea una muestra de lo que puede provocar, entonc persista en este comportamiento cinco minutos más.

-Es usted-gritó ella- el que desea pensar que me pasé la noche en los brazos de Dacio.

Sólo porque usted me induce a pensarlo. Lo que más me Preocupó fue imaginar que tal vez estuviera herida.

~¿De verdad quiere usted que le crea? -se rió, pero volvió a gritar de dolor cuando él de nuevo la sujetó de un brazo y descubrió el moretón que tenía.

-No tenía usted este moretón ayer, cuando tocó el piano, así que debió haberlo adquirido cuando dejó el salón, desapareciendo durante horas.

- Si piensa que fue Dacio quien me lo hizo, está equivocado. Me caí en camino que hay a la playa y me pegué contra un árbol. Estaba muy oscuro...

-¿Estaba escapando de él?

- No me di cuenta de que no podía entrar en el palacete, así que regres la playa a pasar la noche en la cabaña. Pasé la noche sola, DonDuarte.

- Ya lo sé -afirmó fríamente.

-¿Qué? Me hace todas estas preguntas y me dice que sabe que pasé la noche sola. ¿Lo sabía todo el tiempo?

-Naturalmente, pero hay ocasiones en que las mujeres testarudas como usted deben tomar un poco de su propia medicina para así ayudarlas a ser menos impulsivas. Salió anoche furiosa porque no se le había admirado lo suficiente, ni aplaudido todo lo que usted consideraba merecer. Toca muy bi señorita Bell, pero aun cuando toca, sus emociones la dominan. Nunca será dominada ni por la música... ni por un hombre, ¿verdad, señorita Bell?

Tenía mucha razón en lo que se refería a la música, y aún más cuando decía que ella no se sometería a ningún hombre sin importarle el precio. Levantó la cabeza.

-¿Cómo supo que estaba sola en la cabaña?

-Mandé a dos sirvientes a buscarla, y una vez más llamé a la villa. Esta vez el señor Cortez contestó el teléfono, y Alfredo encontró la casita cerrada las huellas de sus sandalias en la entrada. Cuando me lo contó, le ordené que dejaran dormir.

-¿Y cuando llegó la mañana vino en mi busca para increparme?

-¿No cree que necesitaba ser reprendida? La contraté para ser tutora y compañera de Gisela, pero cuando la necesitó ayer por la noche no estaba usted disponible. No es justo ganarse el corazón de una persona y que ésta dependa de uno, señorita Bell...

-No soy así -interrumpió-. ¿Cómo iba yo a saber que Gisela ha a tener pesadillas? Ni siquiera estaba enterada de que sufría de ellas.

-Ha sido así desde la muerte de su madre -guardo silencio y la soltó, su ojos se apartaron de ella para contemplar el reflejo del mar. El aroma de las flores llegaba hasta ellos, y el rocío de los pétalos se evaporaba con los rayos del sol.

-Creo que su pesadilla de anoche tuvo que ver con mi accidente. Gisela no es tan independiente como usted. Necesita sentir la seguridad y el afecto aquellos que la rodean. La próxima vez, más vale que esté disponible si desea conservar el puesto en esta casa.

-¿No me va a despedir por mi mala conducta?

-No se puede evitar que usted responda a los impulsos de su sangre británica y a su deseo de aventuras. Yo también he escuchado la llamada del mar en una noche estrellada... pero tengo curiosidad por saber cómo logró q

Cortez regresara a la villa... como un buen muchacho.

Era tal su alivio que se apoyó en el árbol y se relajó y, al recordar cómo había cerrado la puerta en las narices de Dacio, sonrió.

-Dijo que si nos encontraban solos usted podía insistir en que me casara con él. Y, sabiendo cómo son de estrictos en lo referente a las reglas entre los sexos, decidí que no deseaba casarme en contra de mi voluntad.

-Tal procedimiento no le convendría al joven que la espera en Inglaterra. Quien quiera que sea ese joven, no fue muy sabio al dejarla apartarse de él. Claro está que no podía saber que Voces del Mar afecta a las personas como un vaso de vino, que se va a la cabeza como el champán.

- Sí... todo es mágico. Como si el tiempo no hubiera pasado ~hablaba con timidez, era la primera vez que realmente hablaban sin estar disgustados y era perturbador que él leyera sus pensamientos.

Se produjo un breve silencio y Rosario añadió:

~Es tan difícil creer que más allá del mar hay todo un mundo en el ˆe las personas luchan, y pisotean los ideales de los santos y los reformadores. Si fuera portuguesa, nunca dejaría esta isla.

~Pero no es portuguesa -sus ojos se posaron en la cabellera que volaba alrededor de su cara triangular que, sin ser hermosa, tenía un encanto muy propio-. Es usted una chica sincera, señorita Bell, dice lo que piensa, y es una cualidad que nosotros encontramos desconcertante.

- Ustedes prefieren enredar todo... -se atrevió a comentar Rosario.

-Eso es debido a nuestra sangre árabe -declaró, y a sus ojos asomaba una sonrisa.

- Y el árabe en usted gusta de las mujeres sumisas.

- La vida es más llevadera así, señorita.

-Pero el ser tan dócil todo el tiempo debe ser muy aburrido -replicó-. Y, francamente, no me convence que de vez en cuando no disfrute de una discusión con una mujer.

-Lo llamamos duelo de palabras -se burló.

Ella sólo era uno o dos años más joven que Lola y, sin embargo, él tomaba muy en serio los sentimientos y los comentarios de la muchacha latina. Tal vez estaba pensando en hacer a Lola Cortez su segunda esposa, ningún

hombre con su vitalidad podía seguir soltero por mucho tiempo. Rosario se mordió los labios, de verdad estaba arrepentida de haberle dicho que no debería perdonarse jamás por las palabras que habían ayudado a matar a su esposa.

La vida era tan complicada... jamás había sabido hasta qué punto hasta que vino a vivir entre personas que estaban la mayor parte de su existencia dominadas por sus emociones.

-Debo regresar al palacio -dijo-, Gisela puede necesitarme.

- Le preguntará dónde pasó la noche. Claro está que debe decirle la verdad.

- Sí señor, pero, ¿la señora? Ella pensará...

-Se le dirá que Alfredo y yo la encontramos sola durmiendo en la cabaí junto al mar.

Rosario le miró, sorprendida.

-Usted dijo que Alfredo me encontró...

-Yo estaba con él -no había expresión en el rostro de Don Duarte, era u máscara de bronce que impedía toda pregunta-"-Tengo una llave de la casa, y pedí que la abrieran para estar seguro de que se encontraba bien. Usted estal dormida y la alfombra caída en el suelo. La tapé, y me marché cerrando la puerta con llave. Comprenda que, mientras usted esté aquí, está bajo mi responsabilidad.

- Supongo que sí -se sonrojó ligeramente-. Parece que le estoy causand más problemas de los que un maestro portugués le hubiera causado... creo qu debo disculparme, pero en Inglaterra usted no estaría tan preocupado por la institutriz de su hija.

-Ése es uno de los efectos de la liberación femenina de su país, señorita Bell -hizo una reverencia burlona para dar énfasis a sus palabras-. Pero, com hombre, considero que una muchacha de veinte años no es mi igual en sabiduría... sus ojos se vuelven a enfurecer y me dicen que no siempre he sid sabio. Es cierto, y si yo puedo cometer errores, cuántos no podría cometer ur chiquilla. ¿Vamos a desayunar? Debe tener hambre.

-Sí, desde luego -admitió, y al caminar junto a él se dio cuenta de lo alt que era. Más alto que Dacio y que muchos otros hombres que había conocid esto aumentaba el aire de autoridad que lo rodeaba. Tal vez la sangre de una cautiva anglosajona se había mezclado con alguno de sus antepasados árabes

naciendo así los Montqueiro, y pasando de generación en generación esa apariencia de halcón orgulloso.

Llegaron a los jardines del palacio, pasaron por entre las camelias, los geranios y las azaleas. Cruzaron el patio de mosaicos con relieves que aprisionaban la luz solar y brillaban con belleza oriental. Arriba estaban los balcones, con sus herrajes moriscos.

Estaba tan sorprendida como su corazón... nunca había notado la influencia oriental en los mosaicos, ni en la herrería. Pequeñas aves del para volaban entre los árboles. Se vio tan fuera de lugar con su vestido arrugado y su pelo desaliñado, que sintió verdaderas ansias de bañarse y arreglarse. Con razón Don Duarte la había mirado con tanto desdén.

Debo cambiarme antes de desayunar -dijo, evitando su mirada- . Si me hubiera despedido no me hubiera causado asombro, señor, no esta vez. Fui muy impulsiva...

. ~ Mucho, y puede estar segura de que ha habido momentos en que siento que debí haberla despedido. ¡Míreme cuando le hablo!

Le miró con inquietud.

-Es usted un factor inquietante, señorita Bell, un catalizador joven, más que un gatito. Ahora entre y desayune.

Corrió, atravesando la puerta que la noche anterior había estado cerrad Subió la escalera, contenta de llegar a su aposento una vez más. Con gran alivio se quitó la ropa, y pronto estaba bajo la ducha. Ahora que el agua tibia corría por su cuerpo como una cascada, podía reflexionar en lo que Don Dua le había dicho, y lo que había revelado sin querer.

Durante la noche había dirigido su búsqueda, y la encontró dormida en la cabaña. La alfombra se había caído y la levantó para taparla.

Parpadeó para quitarse el agua de los ojos y salió de la ducha, cogiendo una de las enormes toallas. Contra su voluntad, también había descubierto ot pequeña faceta de su personalidad tan compleja, podía preocuparse por una institutriz y podía ser bondadoso... pero también demostraba que el acero de amo corría por todo su ser. Sintió un pequeño escalofrío cuando recordó cóm había destrozado la flor con su bastón.

Considerando las circunstancias, tenía mucha suerte de no haber sido despedida, porque sin grandes problemas descubrió la verdadera causa de su rebelión. Realmente, había tocado muy bien anoche, y todo lo que dijo fue «muchas gracias». Tan frío y correcto como si hubiera recitado, en vez de

haber tocado uno de los *Estudios* de Chopin que sólo un conocedor de la mús comprendía lo complicados que eran. Había visto a muchos jóvenes pianistas frustrarse ante las trampas hermosas y sutiles que el maestro Chopin había colocado en estas piezas musicales.

¿Se había molestado el señor porque terminó el concierto con una piez de su inspiración? Él lo sabía, ésa fue la razón por la que preguntó el nombre del compositor.

Cuando terminaba de vestirse oyó que la puerta de su habitación se abría. Era Gisela, pálida y seria.

- Hola, querida, me muero de hambre, y no tardaré ni un segundo - Rosario se sentía culpable y decidió no ponerse lápiz de labios, era mejor que pareciera contrita y penitente-. Es una hermosa mañana, ¿verdad, Gisela?

-¿Dónde estuviste anoche? -preguntó la muchacha apoyándose en la puerta-. Te necesité, y nadie pudo encontrarte.

-Fui a nadar y, como una tonta, cuando volví no pude entrar en el palacio -Rosario contestó en un tono despreocupado, no iba a ser «enjuiciada una segunda vez. Después de todo, sólo había cometido una pequeña falta, n podía reaccionar como una latina, y más valía que las personas que la rodeaban se dieran cuenta de que durante más de veinte años se había comportado como una muchacha inglesa, y que las restricciones y costumbre de esta isla eran muy extrañas para ella.

-Estabas con Dacio -acusó Gisela, era tan parecida a su padre, sus ojos estaban llenos de coraje, su mal humor menos controlado-. Supongo que le prefieres a mí porque es hombre.

-Nada de eso, Gisela -Rosario estaba furiosa-, parece que toda la vida v a ser acusada por vosotros de ser una coqueta. Empiezo a creer que lo mejor sería hacerme un moño y usar anteojos, y un costal en vez de vestido.

-Seguirías siendo muy bonita -murmuró Gisela, y sin más corrió hacia Rosario y la abrazó hasta dejarla sin aliento-. Tengo tanto miedo de perderte que por eso estoy de malhumor esta mañana. Yo sé que al crecer los muchachos son muy importantes en la vida de uno, y trataré de compartirte con Dacio si le quieres. Es tan guapo...

-Gisela, no estoy enamorada de Dacio Cortez -sonrió y le acarició el pel Sólo somos amigos. De verdad existe la amistad entre un hombre y una muje aunque por tus ideas sólo puedes atribuir razones románticas a la relación entre dos personas del sexo opuesto. Yo tenía muchos amigos entre los estudiantes, y me parecía muy divertido tener discusiones con ellos. Tambiér

me di cuenta de que, en ocasiones, era más inteligente que ellos y nunca me ocupé de halagarles a menos que admirara su talento musical. Y ahora, por favor, antes de que me desmaye de hambre, bajemos a desayunar.

Amigas una vez más, bajaron sonrientes, hasta que se encontraron con Don Duarte que salía de su estudio. Estaba vestido con un traje 8ns, señal segura de que iba de negocios.

-Pareces muy contenta esta mañana, pequeña -dijo a su hija-. "Henos días, señorita Bell -su sonrisa era cortés y no mostraba señales de la batalla q habían librado hacía poco-. Voy al pueblo si las dos desayunan rápidamente pueden venir conmigo y comer juntos, tan pronto haya atendido mis asuntos Después de todo es sábado, y la vida no debe ser toda estudios.

Gisela se quedó sorprendida.

-¿De verdad? -contenta y sonrojada, miraba sorprendida a su padre.

-¿Alguna vez he dicho algo que no sea cierto, Gisela? -su mirada era alegre-. Un pequeño paseo para olvidar la pesadilla de anoche.

-¿Quieres ir? -preguntó Gisela a Rosario.

- Bueno... -Rosario estaba un tanto dudosa, y sus ojos miraron interrogantes al señor, para encontrar en ellos la certeza de que deseaba que fuera-. Sería muy bonito, pero no quiero estorbar...

- Señorita Bell, dije que las llevaría al pueblo -dijo con suavidad-; escogeremos un restaurante al aire libre para que no tengan que vestirse de etiqueta. Las espero en el coche.

Se alejó cojeando en dirección al patio, y Gisela, como una niña conten tiró de su brazo.

« - Comamos rápido. No le gusta esperar, y no queremos que se vaya si nosotras, ¿verdad?

-Claro que no -contestó Rosario.

Al sentarse a comer los panecillos con mermelada y beber el café con crema, estaba segura de que Don Duarte, una vez que le había mostrado el lado severo de su personaldad, le iba a demostrar cómo podía ser de encantador. La perspectiva era intimidante, porque estaba segura de que pod ser tan amable como severo.

-¿Están bien esta blusa y esta falda para el pueblo? -preguntó a Gisela

después de haber comido.

-Estás muy bien, muy inglesa -comentó Gisela limpiándose la boca con una servilleta-. ¿Estás lista?

- Sí, enseguida termino el café, pero si vamos a ir a las tiendas más val que vaya por mi bolso.

- ¿Date prisa! Te esperaré en el coche con papá.

Gisela salió corriendo como si pensara que su padre podía cambiar de opinión. Rosario subió a su alcoba, se arregló el pelo en un moño y se pintó l boca. Quería estar calmada y lo más serena posible. Al aplicarse un poco de perfume rezó porque no hiciera ni dijera nada que provocara el disgusto del señor duque.

Al llegar al patio se encontró al chófer esperando junto a la *limusina* gr Gisela y su padre estaban sentados en el asiento trasero.

-Por favor, siéntese junto a nosotros, señorita Bell -sus ojos se posaron por un momento en su cabello y en la boca ligeramente coloreada, mientras quedaba junto al chófer, que sujetaba la puerta. Sintió que algo brillaba en s ojos.

Rosario sintió la gruesa moqueta bajo sus pies, y admiró el lujoso tapizado color vino de los asientos. Nunca se había subido a un coche como éste, parecía que volaba. La mañana estaba llena de sol y del trino de los pájaros; el automóvil rodeó la barda que cercaba el palacio a lo largo de más de un kilómetro, hasta que por fin cogieron la carretera principal.

-No creo que haya visto mucho de nuestro pueblo, señorita Bell -Don Duarte pronunció estas palabras con una so-risa tan encantadora y con tanta amabilidad, que Rosario perdió t. habla por unos instantes. ¿Podía ser éste el mismo hombre que la había empujado contra el árbol hacía apenas unas horas? En realidad, era injusto que pudiera cambiar tanto de un momento a otro.

Gisela llevaba un vestido color verde limón que contrastaba con su piel morena. Estaba muy bonita.

Rosario por fin se relajó. El señor pensaba que era una mujer voluntariosa que le sacaba de quicio, pero ella también le sorprendería, se portaría con recato y amabilidad y, para empezar, le dedicó su sonrisa más dulce.

-Disculpe señor, ¿cree usted que podría señalarme las casas históricas y

algunos de los edificios más importantes? Estoy segura de que algunos deben ser muy antiguos, adornados con mosaicos como los que ilustran los viajes de los exploradores portugueses, ¿no es así?

-Después de terminar con mis negocios, los tres visitaremos las casas m antiguas, que se han mantenido en perfecto estado a través de los años. ¿Le interesa la historia de nuestra isla, señorita?

~¿Cómo puedo evitarlo, señor? Estoy segura de que alguno de sus antepasados fue el responsable de descubrir Voces del Mar también de darle nombre.

-¿Ha estado leyendo los diarios y las cartas que hay en la biblioteca?

-No, señor, pero creo que las raíces de su familia están muy ligadas a la historia de esta isla, al igual que entrelazadas con su futuro.

-Nadie puede estar seguro del futuro, pero es un hecho que un Montqueiro descubrió la isla y se convirtió en su gobernador. Al escuchar la cadencia del mar desde su carabela, creyó que le oía murmurar, y en su diari de navegación escribió que la nueva adquisición de Portugal se llamaría Voc del Mar.

-Una historia muy romántica, señor.

- Sí, señorita -estuvo de acuerdo-. Somos personas en cuyas almas vive ilusión de la felicidad que se escucha como un murmullo en el agua y que no se puede tocar, ni retener.

-¿No eres feliz, papá? -Gisela le cogió una mano, la apretó contra su mejilla y, con una pequeña sonrisa, le besó la palma.

-Hablo de forma abstracta, pequeña. Los muy jóvenes como tú pueden disfrutar de una hora de alegría como si fuera algo tangible. Temo que los adultos tienen que preguntarse por qué en este momento están felices, y en e siguiente un poquito tristes.

-Creí no poder soportar la pena cuando tu accidente.

Gisela le contempló como si quisiera grabar su cara en la memoria. A l nueve años había descubierto que los seres queridos eran mortales, y sus manos se aferraban a la de su padre.

-Una de las monjas del convento decía que los ausentes llaman a los vivos para que se reúnan con ellos... tuve mucho miedo.

- ¡Ya pasó, Gisela, el accidente fue culpa mía y tenemos que agradecerl a la señorita Bell que me haya salvado de las llamas!

Repentinamente miró a Rosario y, aunque sus ojos no decían nada, sus labios sonreían.

-No se me ha olvidado que vino en mi ayuda.

-No sabe el alivio que me produjo saber que sus heridas no eran más graves, señor.

- A mí también, señorita -respondió secamente.

Capítulo 7

ENTRARON en el antiguo Palacio de Administración que ahora era un museo, por una puerta adornada en el típico estilo mudéjar. Hace muchos añ las paredes eran blancas, pero ahora estaban cubiertas de enredaderas.

Eran los únicos visitantes, y a Rosario le pareció que se encontraban en un lugar embrujado, perdido en el pasado. El patio permanecía oscuro, la fuente, como un minarete en miniatura, ya no tenía agua, y el mosaico brilla a través del musgo que casi lo cubría. Había un chafariz en la parte superior la pared utilizado en el pasado para llenar las ollas de la casa, una verdadera joya arquitectónica.

Entraron en el vestíbulo cruzando por una puerta cortada en la piedra un óvalo perfecto; en la parte superior había un cuervo, quizá pertenecía al cuidador del museo; gritó al verlos, pero no se movió, vigilando les estrechamente mientras examinaban las reliquias y los tesoros antiguos. Las armaduras de los sarracenos, los vestidos y las joyas de la nobleza portugues las hermosas muñecas hechas a mano, y los abanicos, que habían sido importantes aliados para el lenguaje de los ojos. Había armas enjoyadas, exquisitos perfumeros, y las dos muchachas estaban fascinadas, con la típica admiración femenina por todas las cosas bellas que habían pertenecido en otros tiempos a mujeres hermosas.

Sus pisadas hacían eco en los mosaicos del suelo, que tenían dibujos arabescos como los de una antigua alfombra persa. Del techo colgaban lámparas enjauladas en hermosos diseños de herrería, incrustadas con pedre multicolor, que debieron iluminar con sus luces los rostros de las mujeres y hombres que en otros tiempos se reunieron aquí, ataviados con brocados y terciopelos. . Las paredes estaban cubiertas de azulejos que ilustraban el colorido espectacular de los ritos, tanto paganos como cristianos. La diversió de pisar las uvas, los barcos, con todas sus velas desplegadas, en los que los exploradores portugueses habían partido para hacer sus descubrimientos.

Los mosaicos en oro y azul estaban tan detallados, tan llenos de leyend que Rosario podría haberse pasado todo el día absorbiendo su historia y el encanto del lugar.

El cuervo gritó, y Rosario se dio la vuelta con una sonrisa en los labios para mirar al pájaro.

-El cuervo de San Vicente -comentó.

Don Duarte le guiñó un ojo, sorprendido de que supiera un poco de historia portuguesa.

- «Y sus ojos tienen la expresión de un demonio que está soñando» -rec Rosario todavía contemplando al pájaro de plumaje oscuro, y a su vez observada por el hombre cuyo traje gris acentuaba lo moreno de su piel.

- Es un magnífico guardián para un lugar así, donde «el susurrar inciert y triste de cada cortina de seda vibra con terrores desconocidos» -el señor repetía cada palabra con una voz profunda, parecía saber el poema tan bien como ella, esas palabras que tal vez fueron escritas en una noche lóbrega, po un hombre enloquecido de amor.

Del vestíbulo pasaron por otro arco a un patio donde unos escalones gastados por el tiempo conducían a un jardín hundido, en el que se encontraban varias esculturas de mármol, rotas, esparcidos los pedazos en el suelo. Había una piscina cubierta de flores de loto, cuyas hojas por la noche darían albergue a cientos de ranas. Los pájaros trinaban en las ramas de los árboles, y el aire estaba impregnado del perfume de las flores.

Gisela entrelazó su brazo con el de Rosario: había una atmósfera sinies en el lugar. Rosario se dio cuenta de que Don Duarte permanecía alerta, con los ojos entornados, como si presintiera la existencia de un fantasma.

-Hace muchos años hubo un duelo aquí. La mujer corrió a proteger a s amado, y la espada atravesó su corazón. Aquí mismo junto al estanque, en lo brazos de su amante.

La mirada de Rosario se cruzó con la de él en el momento en que iba d la piscina a su rostro, y adivinó que un Montqueiro había sido el amante.

Observó un pequeño mirador situado en una de las pequeñas torres qu daban al jardín, el balcón de una dama adornado con herraje delicadamente elaborado, una hermosa jaula para una muchacha portuguesa que debió ser traída con el único propósito de casarla con un hombre que jamás había vist El esposo que no había amado... y aquí, tal vez, había encontrado una felicid poco duradera con el hombre por el que había muerto.

-¿Qué fue lo que pasó, señor? -tenía que saber cómo había terminado l historia, porque ahora podía sentir la presencia del fantasma. Vio que se movían los lotos acuáticos como si un dedo los hiciera girar, y una lagartija, que momentos antes parecía hecha de piedra, brincó repentinamente y se

escondió entre las camelias.

-Durante largo tiempo, los Montqueiro fueron desterrados de la isla, hasta que la economía empezó a resentirse.Somos gobernantes astutos, pero siempre muy sensatos en lo que se refiere a nuestras emociones, y ahora ya q hemos visto lo suficiente, vamos a comer.

-Me ha fascinado este sitio -comentó Rosario-. Es como si el palacio estuviera unido a la historia, pero no veo que se estimule el turismo.

-Hay bastante trabajo para los isleños, las granjas, las huertas y el mar nos proveen de nuestro alimento, y claro está que también están los viñedos, los árboles de corcho plantados en tiempos de mi padre y la artesanía. Nos gusta mantenernos de lo que produce la isla, y los turistas nos despojarían de esta forma de vida. Eso alentaría a los especuladores, y los hoteles vendrían a arruinar la costa de Portugal. No, señorita, mientras yo sea gobernador de Voces del Mar, no habrá visitantes groseros de otros países. Además, nuestra playa más grande es la Bahía de las Rocas, y sus aguas son peligrosas. Las roc están allí para proteger la arena que queda. Mi playa, como usted sabe, es privada.

Al decir esto dirigió a las muchachas a la entrada, donde esperaba el automóvil, y dio instrucciones al chofer. Parecía retraído, como si estuviera arrepentido de haber confiado a una extranjera el dramático secreto de la familia Montqueiro. Era extraña la forma en que el Pasado rondaba todavía e el presente de estas personas, y cómo por sus venas corrían fuertes pasiones.

Contempló la mano que empuñaba el bastón, una mano que al mismo tiempo denotaba mesura, fuerza, gracia y una agresividad que debía controla Le había enfadado, y se había jurado encantarle.

A qué temprana edad debe empezar el entrenamiento de una muchach en Voces del Mar para comprender lo complejo de la personalidad del homb En compañía de Lola siempre estaba relajado y divertido. Lola no le impacientaba con preguntas tontas, tenía el arte de halagar. Una mueca distorsionó los labios de Rosario, no podía imaginarse coqueteando con Don Duarte, ni tampoco sentir su mano acariciándola.

Se sorprendió de sus pensamientos, y se volvió a Gisela para entablar u conversación de todo lo que admiraba en el museo: las muñecas, las joyas...

- ¡Me encantó el collar de topacio! -dijo Gisela, oliendo la pequeña flor que cortó en los jardines del museo-. Era igualito al color de tus ojos. ¿No crees, papá, que Rosario tiene los ojos color topacio?

Rosario se sonrojó, y rogó a Dios que Don Duarte no contestara la pregunta, pues estaba segura de que su respuesta sería sarcástica. Su súplica fue concedida, pues el coche se detuvo frente a un café al aire libre, donde la mesas con sombrillas estaba colocadas con vista al mar. El lugar estaba muy concurrido, y todas las cabezas se volvieron al ver el automóvil gris, con la pequeña bandera del gobernador y el emblema del halcón en la puerta.

El camarero les condujo a una mesa, mientras el dueño del café sonreía Don Duarte desde lejos. Rosario sintió la mirada de las mujeres sobre ella observando su ropa, su cabello, tal vez sorprendidas de que estuviera tan ma vestida en presencia del gobernador. Cuando tomó asiento, se fijó en que el gobernador inclinó la cabeza en señal de saludo a muchas de ellas. Las sonris brotaron de todos los labios... las había saludado el duque, el hombre al mando, el más atractivo y elegible para aquellas que buscaban marido, o par las que tenían hijas casaderas.

Parecía darse cuenta de todo, pero no había cambios en su expresión. Estaba tan seguro de sí mismo, tan distante... como las montañas que se veía en la lejanía... el perfecto aristócrata con su hija única y su acompañante.

-¿Qué desea tomar, señorita Bell? -preguntó-. A Gisela le gusta tomar u bebida de frutas que es nuestra especialidad. ¿Le gustaría lo mismo?

- Sí señor, con hielo por favor.

Pidió sus bebidas, y algo más fuerte para él. Se distribuyeron los menú todo parecía delicioso.

-Me podría comer el menú entero -comentó Rosario, bromeando.

-¿Tienes hambre? -indagó Don Duarte- ¿Desean que pida el carrito de l entremeses? -y antes de que pudieran contestar, estaba llamando al camarero Escoja -dijo cortésmente, y sostuvo un plato para ella. Rosario cogió uno de cada uno.

-Todo parece tan delicioso -dijo mientras agregaba mayonesa a su plato Y el aire de su isla me abre mucho el apetito.

-La isla no me pertenece, sólo soy guardián de las llaves. Gisela, ¿vas a seguir el ejemplo de la señorita Bell?

-Sí, pero me gustaría mucho que la llamaras Rosario. Cuando le dices señorita Bell parece tan formal, como si fuera muy vieja. -Gisela le sonrió, y acercando su plato se sirvió ostiones y sardinas en aceite-. ¿Te fijaste cómo s nos quedó mirando todo el mundo cuando entramos? Voy a ser igual que Rosario cuando sea mayor, me vestiré con ropa de sport. La comida y el sol s

disfrutan más cuando

uno no es tan sobrio.

-Cuando crezcas, tal vez desees ser como todas las mujeres portuguesas

Un camarero había traído paté para el señor, con pequeñas rebanadas d pan tostado, y un tarro de mantequilla.

-Al igual que los pájaros son llevados por su instinto a viajes que no soportaría un ser humano, nosotros también somos guiados por patrones que son tan antiguos como el hombre mismo. Lo que es natural para la señorita Bell, no siempre es correcto para otros. Si la señorita de la mesa de al lado estuviera vestida como ella, con el cabello sin recoger, te parecería desarreglada y no natural. El latino tiene en su personalidad una formalidad natural, algo que tiene que ver con las facciones, el porte y la actitud mental

-Lo que quiere decir que al crecer debo adoptar el patrón marcado por comportamiento digno de una muchacha portuguesa. ¿Verdad que tengo un padre muy estricto, Rosario?

Rosario le observó mientras comía paté y tomaba vino tinto y, aunque era extraño, estaba de acuerdo con él.

Un inglés podía vestirse con ropa sport, como si fuera a hacer deporte, pero si un latino hacía lo mismo, era diferente. El color de su piel le daba un aire cálido que, combinado con el pelo negro y la cadena que por lo general traía colgando del cuello desde pequeño y que jamás se quitaba... podía ser una cruz... le daba una apariencia sensual a los ojos de las mujeres.

Había una gran diferencia entre el anglosajón y el latino, y el estar entr estas personas se había convertido en un verdadero descubrimiento para Rosario. Realmente se estaba divirtiendo mucho. Era una novedad ser tan distinta a la mayoría de las mujeres que se encontraban en el café. Al mirar a su alrededor se dio cuenta de que varias personas la observaban, curiosas po su relación con Don Duarte.

Se fijó en una mujer de cabello plateado que levantaba sus anteojos pa estudiarla. Rosario le sonrió, y la hermosa cabeza, en respuesta a su saludo, s inclinó. Rosario se sintió muy satisfecha de sí misma. La mujer sin duda era importante, y parecía dominar a los jóvenes que la acompañaban. ¿Serían su hijos?

- Es la Marquesa de Ronda y su familia -le explicó Don Duarte, cuyos o no habían dejado escapar nada de lo que pasaba-. Está visitando a sus hijos, son dueños de los viñedos más grandes, ya los conocerá cuando se lleve a ca

la fiesta anual del vino. Es una celebración muy divertida, este año Gisela ya está en edad de asistir y se le permitirá usar vestido largo. Habrá gente de Lisboa, y creo que lo pasará muy bien, señorita Bell.

Al salir la marquesa con su familia, se detuvo un instante en la mesa de gobernador para intercambiar unas palabras. Éste se levanto y le besó la mar La señora se dirigió entonces a Gisela:

-Cómo has crecido, niña, desde la última vez que te vi. -sus ojos se posaron en Rosario-. Su pelo es increíble. ¿Es natural, señorita-

- Sí, señora - respondió Rosario sin que la pregunta la ofendiera, sabía que los ancianos pensaban que era privilegio suyo hacer preguntas directas.

-Ten cuidado Duarte, recuerda que tu abuela paterna era rubia, austria ¿verdad?

-Del Ballet Vienes, marquesa -contestó, sin inmutarse por lo que el comentario implicaba-. Se ganó el corazón de mi abuelo bailando, y estoy seguro de que recordará que hubo un gran escándalo porque él se casó en contra de la voluntad de su familia.

-Vosotros los Montqueiro siempre habéis sido tan guapos y tan poco predecibles. Tienes que casarte otra vez, Duarte, y acallar las malas lenguas. Debes darte cuenta de que no puedes permanecer soltero y sin un hijo para continuar tu linaje. Todavía no se ha roto la tradición. Ahora te toca a ti continuarla, Duarte. Tal vez antes de la fiesta sepamos quién es la afortunada

-Marquesa -dijo él burlonamente-. Es usted casi la única mujer que conozco que dice lo que piensa.

-¿Y quién -respondió celosa- es la otra mujer? Recuerda que te vi cuanc te bautizaron y cuando jugabas en el baño.

Él soltó una carcajada que sonó como la risa de un muchacho... pensar él como un bebé en su baño era demasiado para Rosario, y rápidamente cogi su copa de vino para evitar sus ojos. Pero, ¿por qué estar sorprendida? No había nacido como un hombre maduro, ni con autoridad... ni con un encanto singular.

-Debe permitirme por lo menos un secreto -le dijo a la marquesa, y una vez más le besó la mano. Sonriendo, la marquesa siguió su camino seguida p sus hijos y sus esposas, bien ataviadas pero tímidas.

Rosario siguió al grupo con los ojos, y decidió que la marquesa podría intimidante si estuviera uno en contacto cercano a ella. Ése era uno de los

riesgos que corrían las muchachas latinas al casarse con hombres cuyas madr
eran cabeza de familia.

- Debe ser un gran alivio para Loreta y Mira cuando la marquesa vuelve
su quinta de Portugal -comentó Gisela-. Son tan alegres cuando ella no está aquí de visita.

-Era muy hermosa. Mujeres como ella no se rinden ni al tiempo ni a la juventud, y poseen una tremenda dosis de ingenio y de seguridad, que han obtenido a través de largos años de fascinar a los hombres. Loreta y Mira deben mirarla a los ojos, como hizo la señorita Bell. Me dio mucho gusto que no se dejara intimidar, pero me di cuenta de que usted estaba lista para el combate.

-Por qué no señor, en defensa propia, aunque ya sé que en comparación con sus mujeres de cabellera oscura soy toda una rareza.

- Pequeña, no son mis mujeres.

-Aunque les gustaría... -las palabras habían escapado de su boca, y se sonrojó por la forma en que él la miraba, con curiosidad.

-Las personas siempre están diciendo que debes casarte otra vez -dijo Gisela, celosa-. ¿Por qué no se preocupan de sus propios problemas? Deben saber que nunca encontrarás a alguien como mi madre, y que a tu corazón lo enterraron junto con ella.

El corazón de Rosario latió más de prisa con los comentarios de Gisela, pareció que él nunca iba a contestar. Sabía de la culpabilidad que sentía por que le pasó a Isabel, pero en realidad la amó tanto que volverse a casar parecería imposible. Al mismo tiempo, lo qué la marquesa le había dicho era cierto, tenía un nombre, tierras, un título nobiliario y un cerebro astuto que alguien debería heredar, además de una hija que debía tener una madre ante de que fuera demasiado posesiva con su padre.

-El corazón nos dicta y el deber nos dirige -respondió él, evasivo-. ¿Qui puede decir, Gisela, lo que sentiré un día sobre la cuestión de un heredero? Tienes edad para comprender mi dilema y mi deber. No puedo hacerte mi heredero, pero puedo quererte mucho.

La cabeza de Gisela se quedó inclinada, negándose a mirarle. El era to lo que tenía y Rosario sabía que le adoraba. Le partiría el corazón en dos si decidía casarse, y Rosario estaba segura de que el esperaría a que su hija tuviera más edad, a que comprendiera las exigencias y las necesidades de los adultos. En un año o dos todavía sería un hombre viril, y Gisela tendría diecisiete años, una mujer joven y, tal vez para entonces, ella también

estuviera enamorada.

-De una forma u otra, todos somos almas cautivas -dijo Rosario, y estrechó la mano de Gisela.

-¿Y qué es lo que tiene su alma en cautiverio? -preguntó él a Rosario.

-Este postre delicioso -contestó en broma, indicando unos pastelillos co mermelada de fresa-. Ahora sé por qué las mujeres de los harenes engordaba tanto.

- No creo que usted hubiera soportado un destino semejante. Fue criad para ser un espíritu libre... una criatura de la naturaleza.

Se le quedaron grabadas esas palabras mientras el automóvil seguía po la carretera que costeaba el mar. Sí, era cierto, siempre respondía su ser a las cosas de la naturaleza, su belleza y sus sonidos eran la música del alma. Pero esencial era el amor, el poder invisible que tomaba la forma de otro ser humano.

Contempló el mar mientras el coche se dirigía al palacete. Todo su ser vibraba, aunque su cuerpo no tocaba ni un milímetro del cuerpo de Don Duarte, era como si hubiera una corriente eléctrica entre los dos.

La sensación, el sentir, era inquietante... nunca se había sentido atraída por el cuerpo de un hombre, y era tan aguda su sensibilidad que, cuando él cambió de posición, se puso tensa y pasaron varios minutos antes de que pudiera relajarse. Al llegar al patio salió del automóvil antes que el chófer pudiera abrirle la puerta.

En el vestíbulo vio a la señora de Ardo saliendo de la sala con una amig Las dos la saludaron con frialdad, ella contestó, y apresuradamente subió a s alcoba. Tenía que estar a solas para ordenar sus pensamientos.

Sin aliento se apoyó contra la puerta, escuchando el latido de su corazo consciente de que jamás había sentido este torbellino de emociones.

No... esto no le podía estar sucediendo a ella, lo que había visto Pasarle otras muchachas. Amigas que guardaban silencio durante largas horas con un brillo especial en los ojos, o se volvían alegres de Pronto, como si el mundo n fuera lo suficientemente grande para contener toda su alegría.

Se sentía confusa... no tenía nada en común con este hombre y sabía qu en ocasiones la encontraba tan deseable como un dolor de estomago. Cómo i

a poder verle otra vez, cuando sólo pensar en él la aturdía... era como si la música no siguiera una armonía, cuando era todo lo que deseaba en el mund

Se cepilló distraídamente el cabello y caminó despacio hacia su tocado como si tuviera miedo de que su secreto se adivinara claramente en su expresión. El rostro que la contempló desde el espejo parecía sorprendido, pe por lo demás estaba igual que antes. Siempre pensó que sus ojos eran demasiado grandes, su nariz muy chica, y su boca muy ancha. Pensó en Lola Cortez, cuya cara era un óvalo perfecto de facciones finas, perfectas, y ojos soñadores.

Una mueca se dibujó en sus labios. Qué jugarreta le habían hecho sus sentimientos. Don Duarte sólo la toleraba a causa de Gisela, y le divertía su actitud independiente... gracias a Dios no se había dado cuenta de lo que le sucedió en el coche. Ese miedo, mezclado con el deseo de que la abrazara.

En los días que siguieron evitó a toda costa estar a solas con él. Tenía Don Duarte mucho trabajo atrasado, así que sólo le veía por las noches. Al fi de la cena él se disculpaba y regresaba a su estudio, o salía a visitar a alguien Era cortés, pero frío y distante, y a Rosario le resultaba insoportable ser trata así.

Estaba madurando, ahora sabía lo que era estar a merced de sus emociones. Le molestaba reaccionar como una tímida y solitaria institutriz d novela, enamorándose de su amo porque no había más en su vida.

Rosario recordó que existía Cibby, alguien a quien podía correr en busc de protección. También estaba Erick, a quien gustaba. Realmente, no tenía q ser tan infantil como para sentir que el pulso se le aceleraba cada vez que oía su voz profunda dando órdenes en el palacete; ni tampoco el deseo de huir como una liebre asustada cuando oía sus pasos por los corredores. Ya no usal bastón, pero aun cojeaba, como para recordarle su parte de culpa en el accidente.

Para evitar el sol de la tarde se iba a pasear por el bosque bajo la somb fresca de los árboles, algunos de los cuales habían sido plantados hacía much años por un Montqueiro, el que había descubierto Voces del Mar. Era un plac para ella caminar sin rumbo por los senderos del bosque, pues entonces podí pensar con más claridad.

Sabía que varias de estas sendas conducían a la villa en la que vivía Lo con su hermano, así es que no se sorprendió mucho cuando una tarde se la encontró, llevando unas tijeras y una canasta para cortar las pequeñas orquídeas que crecían salvajes en el bosque. Parecía una flor fresca y hermos

con el pelo recogido en un moño.

No se saludaron inmediatamente, parecía más bien que ambas estaban estudiándose una a la otra, su estado de ánimo, sus motivos, sus ropas... era como si una enemistad hubiera surgido para reemplazar la cordialidad de antes. Rosario se sintió incómoda por el silencio, y hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

-No me acostumbro a ver orquídeas creciendo por todos lados... es increíble que se pueda adornar una casa con ellas -dijo Rosario por fin, rompiendo el silencio.

-¿Te gustaría venir a la villa para tomar algo refrescante? -preguntó Lo con un brillo especial en los ojos-. Nunca has venido a la villa y, aunque es pequeña, es bonita. Duarte dice v\,c tengo la habilidad de la mujer latina de hacer de su casa el centro de su mundo.

Su uso casual, pero deliberado, del nombre de pila del gobernador fue como si a Rosario le clavaran una espina, le recordaba que Lola era una amig y ella una empleada; implicaba una amistad como la que Rosario jamás conocería... un mundo de ternura, de voces susurrantes, y la promesa de cosa por venir.

-Yo... -Rosario quería rehusar la invitación de Lola, pero se dio cuenta que no debía sentir envidia-. Me encantaría una bebida fría. Gracias por invitarme.

-Es por aquí.

Siguieron un sendero hasta llegar a una reja adornada. Lola la abrió y entraron en el bien cuidado jardín de la villa. Ni un pétalo, ni un gramo de tierra estaba fuera de lugar. Había en el pórtico varias sillas y una mesa de bambú, colocadas con buen gusto, y Rosario Pensó que parecía una fotografí de revista.

La villa es muy bonita, con sus mosaicos, sus ventanas y balcones de hierro forjado y sus plantas bien cuidadas.

~Siéntate - invitó Lola-. Ahora vuelvo, voy por zumo de frutas. Te gustarían unos pastelillos?

~No gracias, sólo un vaso grande de algo bien frío.

-¿Estás segura de que eso es todo lo que quieres? - Lola le dirigió una

mirada inquisitiva, sus palabras tenían un doble sentido. Rosario se alarmó, y se preguntó si Lola había descubierto algo de lo que ella sentía por el hombre que, sin duda, se sentaba con frecuencia en esta terraza... tal vez en esta mism silla.

-El calor me da sed -miró a su alrededor-. Tu jardín está muy bien cuidado. ¿Lo arregalas tú misma?

-Sí, es muy pequeño, así el tiempo pasa rápidamente... hasta que me ca entonces estaré demasiado ocupada en otros asuntos para preocuparme por u jardín - diciendo esto, se llevó una orquídea a los labios, como si se reprocha el haber dado a conocer un secreto, y sin más se fue en busca del zumo, dejando a Rosario sola para que meditara en sus palabras.

Rosario fijó la vista en el sol, que convertía en diamantes las gotas de agua del jardín. No estaba sorprendida, Lola sería una esposa ideal para Don Duarte. Deleitándose con su posición y título, gozaría cada minuto siendo la señora del pequeño palacio, que era enorme en comparación con la villa. Ser la envidia de todas las mujeres de la isla... pero Rosario no tenía envidia, sólo sentía un gran dolor en el corazón.

Capítulo 8

*C*UANDO Lola volvió con una bandeja, Rosario seguía sentada en la sil de bambú. -Qué villa tan tranquila.

-Dacio dice que demasiado -Lola sonrió y sirvió zumo de uvas-. Estoy segura de que regresará a Lisboa tan pronto ya no sea responsable de mí. ¿N quieres probar un pastelillo? Los hice yo.

- Probaré uno. Me temo que yo no sé cocinar más que huevos y tocino.

-Pero en vez de eso tocas el piano, y lo haces muy bien -Lola se sentó e una silla, sus piernas cruzadas revelaron unos tobillos bien torneados-. Será maravilloso para Gisela poder tocar, pero claro está que nunca tendrá tu don ¿Tienes planes para una carrera como maestra de música?

- Sería interesante... -Rosario hizo tintinear el hielo de su vaso-. Me encanta enseñar a otros todo lo que sé.

- Pero claro está, algún día te querrás casar -Lola se quedó mirando a l muchacha inglesa, mientras jugueteaba con sus pulseras de oro-. Dime una cosa, ¿encuentras atractivos a los hombres portugueses?

- Sería tonto de mi parte decir que no -Rosario sonrió, pues sabía que Lola se refería a un hombre en especial-. Creo que la mayoría de los latinos s gente muy atractiva; una combinación de ojos bellos y una maravillosa estructura ósea, sin dejar a un lado el color de su pelo. Como amante de la música, también soy amante de la belleza física.

-Nuestros hombres son encantadores... hay algunos que embrujan a las mujeres -los dedos de Lola acariciaban el vaso-. Duarte es fascinante, ¿no crees? Sus ojos tienen tal magnetismo que hacen 'imposible que una mujer se niegue a cumplir sus deseos... sé lo mucho que puede exigir de alguien por el bien de su hija Gisela. Sería una lástima si te pide que seas compañera de su hija hasta que crezca Escapa ahora, antes de que tu juventud y la frescura qu ahora tienes pasen. Duarte no se para a pensar cuando quiere algo.

-Creo que a la mayoría de los hombres les gusta que se cumplan sus deseos -murmuró Rosario-. Me gusta la isla, y quiero a Gisela Nadie me ha forzado a que me quede. Soy lo suficientemente independiente para no permitir que eso suceda.

-Sin embargo, hoy en el bosque parecías triste -la mirada de Lola estab llena de curiosidad-. Somos amigas, puedes confiarme lo que te preocupa si a lo deseas. ¿La señora de Ardo ha sido injusta contigo una vez más?

-No, creo que Don Duarte la ha convencido de que, siendo inglesa, no s puede esperar que me comporte como una muchacha de aquí. No estoy triste ¿Por qué habría de estarlo? -Rosario miró a Lola a los ojos, porque no le iba revelar a nadie la razón de su melancolía. Tarde o temprano todas las chicas enamoraban, y ella estaba segura de recuperarse pronto, probablemente lo haría una vez que se casara Lola y dejara la isla, pues no concebía compartir casa con» la esposa de Montqueiro.

-Cuando uno es joven... el corazón es vulnerable, y nuestras noches llen de estrellas. Me había preguntado si te has dejado besar... o no.

Qué maquiavélica es la mente humana. Rosario sonrió, y decidió ser astuta.

-¿Crees que me dejé llev ar al jardín por tu guapo hermano? Debo confesar que le encuentro atractivo, pero los dos somos empleados en el palacio, y tenemos que obedecer las reglas de la señora, sobre todo después que nos encontraron riendo.

- Ya veo -Lola descruzó la pierna-. Dacio es mi hermano y estoy tan acostumbrada a él que se me olvida que no es hermano de las demás. Fue mu atrevido que fuerais a nadar juntos.

- Se portó como un verdadero caballero. -Me alegro por ti.

- Y yo por mí -Rosario estiró los brazos al levantarse-. La hora de la sies terminará pronto, y debo regresar a mis deberes. Cuando cae la tarde Gisela yo practicamos escalas en el piano. Durante el día hace demasiado calor.

-¿Te pone de mal humor nuestro clima? -la piel de Lola estaba fresca contra el rosa pálido de su vestido, y tenía el cabello perfectamente peinado- Se dice que la gente muy blanca siempre resiente el calor.

Rosario, de pie bajo la fresca sombra del pórtico, con las manos metida en los bolsillos del pantalón color mandarina, estaba un poco divertida por s falta de sofisticación en contraste con Lola. Recordó lo que Don Duarte había dicho de la diferencia que existía entre la latina y la anglosajona... era como comparar la camelia con una margarita. Ésta crecía dondequiera, pero la camelia necesitaba ser cultivada y cuidada. Sonrió con ironía.

-Los perros rabiosos y las muchachas inglesas salen al sol, a pesar de todo. Somos gente inquieta y no tenemos el don de ser como ornamentos. Gracias por el refresco, Lola, y por la charla.Sé que el hijo de la marquesa va dar una fiesta el sábado por la noche, todos hemos sido invitados. ¿Te veré allí?

-Claro que sí. Por cierto, si no tienes vestido para la fiesta te presto uno mío, las dos somos muy delgadas...

-Es muy amable por tu parte, pero como sólo soy una institutriz nadie esperará verme elegante -se resistía a la idea de usar un vestido de Lola que, probablemente, el gobernador había visto antes. Era como si la futura dueña del palacio le ofreciera un viejo vestido a una empleada.

-Hasta la vista - se fue rápidamente, corriendo a través del jardín hasta reja. Se dijo que Lola sólo quería ser amable. Mañana iría al pueblo, a la avenida Rey, y se compraría el vestido más hermoso que pudiera encontrar. viernes se lavaría el pelo y en la fiesta estaría hermosa y feliz.

Salió del bosque, y contempló el sol, que empezaba a ponerse, amaba esta hora del día, era tan dramática, misteriosa y sutil. La noche anunciaba s llegada, preparándose a cubrirse con su manto negro cuajado de diamantes, perfumada con la esencia de miles de olores. El sábado sería la primera vez asistiría a una fiesta.

No pudo asistir a la boda con Dacio, pero ya no le importaba, no quería saber cómo era un matrimonio en la isla, le recordaría la ceremonia que se celebraría para Duarte y Lola.

Cruzó el patio y entró en el cuarto donde Gisela y ella estudiaban junta Llegó hasta el pequeño piano y empezó a tocar... el sol se había ocultado y la habitación se inundó de sombras. De repente advirtió el humo de un cigarril

-No deje de tocar -la voz profunda venía de las ventanas-. Termine la pieza.

-Casi está terminada... -respondió Rosario, y se quedó quieta en la penumbra, sintiendo cómo la música y la desolación la invadían. ¿Cuánto tiempo había estado allí, escuchando mientras revelaba su secreto a través de la música? ¿Sabría que la canción era de Liszt? ¿Interpretaría esto como una expresión de sus sentimientos? No se atrevía a mirarle, no quería conocer la respuesta a sus preguntas.

- Debe gustarle mucho esa canción. Pequeña, la tocó con el corazón... y era yo el que escuchaba en vez del nombre que ama. ¡Qué lástima!

- No estaba dedicada a nadie en especial. Sólo quería tocar algo de Ljsz ¡Espero que le haya gustado!

- «La eternidad en tus brazos». ¿Quiere hacerme creer que no estaba pensando en ningún hombre cuando la interpretó con tanto sentimiento?

-Estoy segura de que usted cree que las mujeres se pasan el tiempo pensando en hombres. Mi abuelo me enseñó a tocarla.

- Está siendo evasiva, señorita Bell.

- Y usted curioso, señor.

Se rió suavemente, y a cada instante las sombras se volvían mas y más densas, y el perfume del jardín entraba por las ventanas con la suave brisa. Rosario quería escapar al jardín, pero sabía que él se lo impediría.

- Ya es de noche... no me había dado cuenta de que era tan tarde. Debo a cambiarme y prepararme para la cena...

-Quédese como está -la detuvo-. Mi tía se ha llevado a Gisela a casa de una amiga, estamos solos y cenaremos dentro de un momento.

- Pero... no tenía idea de que Gisela no iba a estar esta noche.

-Fue una decisión repentina. Esta amiga de la señora tiene sobrinas de edad de Gisela, y será bueno que esté con ellas.

-Ya veo -respondió tensa-. ¿Cree que Gisela pasa demasiado tiempo conmigo? Hay remedio para eso, mi prueba termina la semana que viene.

-Por favor, deje de llegar a conclusiones erróneas -se rió y fue hasta la mesa, donde encendió la lámpara, Rosario quedó en la sombra. Don Duarte vestía una chaqueta de terciopelo, y al inclinarse para apagar su cigarrillo su perfil se veía perfectamente delineado en la pantalla de la lámpara. Se enderezó, y Rosario contempló la gracia de su aristocrática mano pasando por el cabello; le hubiera gustado hacer lo mismo, quería acariciar su cuello, sus hombros y reclinarse en su pecho y escuchar los latidos de su corazón, aunque perteneciera a otra muchacha de su propia raza.

Pensar en Lola hizo que Rosario se levantara. -Será muy aburrido para usted, señor, tener que cenar solo conmigo. Si quiere, pediré que lleven una bandeja a mi cuarto.

-No nos hace a los dos ningún favor, señorita Bell. ¿Cuándo hemos encontrado nuestra compañía aburrida? Yo, al menos, encuentro nuestros

duelos de palabras muy estimulantes. Nunca estoy seguro de cuándo me va a arañar y cuando lo hace no sé cómo voy a reaccionar.

-Yo tampoco estoy segura -contestó ella con una ligera sonrisa en los labios. Quería estar a solas con él y, al mismo tiempo resistirse a sus deseos. Podía encerrarse en su cuarto y negarse a cenar en su compañía... pero despu se arrepentiría de no haber disfrutado de su varonil presencia.

Lola le había advertido que era muy difícil resistirle, y se había quedad corta. Era imposible de resistir.

-No puedo cenar en pantalones. Debo ponerme un vestido. Don Duarte miró su reloj.

-Le doy exactamente media hora para que se cambie -inclinó la cabeza con un ligero ademán de burla.

Rosario salió corriendo por el pasillo y subió la escalera a toda Prisa. Sintió un escalofrío al pasar por la galería de pinturas, que estaba fría y vacía esta hora, y hacía más notoria la ausencia de la señora y de Gisela.

Rosario entró en su habitación pero no cerró la puerta con llave.. la bo del gobernador con Lola anularía cualquier posibilidad a otras mujeres.

Con sólo media hora para arreglarse se bañó rápidamente, se perfumó se puso su ropa interior. Para esa noche escogió un vestido de chifón de vari colores sin mangas, con un cinturón fino color nácar. Era un vestido juvenil, muy sencillo; se dejó el pelo suelto y aplicó un poco de lápiz labial.

Se contempló en el espejo... y por un segundo pensó que iba demasiado llamativa. La última vez que había usado este vestido fue en un baile de la escuela, y no quería que Don Duarte pensara que cenar con él era una ocasió especial para ella.

Oyó las campanas del reloj, se dio cuenta de que ya no tenía más tiemp que perder en arreglarse y salió de sus habitaciones. Cuando llegó a la escale él la estaba esperando abajo. Parecía no perder un solo detalle de su apariencia.

Tenía una botella en las manos.

-Parece el símbolo de la juventud. Tal vez debería ofrecerle zumo de frutas y no vino.

Indecisa, se quedó de pie, sabiendo que tenía que seguir adelante o retirarse a su alcoba. Sus pendientes brillaban, eran de ojo de tigre y habían

pertenecido a su madre.

Con un aire mundano bajó la escalera, sonriéndole.

-Estaré muy decepcionada si no me ofrece vino, señor. No soy una niña

-No, no es una niña, pero tampoco es mujer todavía. Está en esa etapa, cuando «tu alma dorada vacila entre la pasión y la poesía».

- ¡Osear Wilde! -exclamó, con ojos tan sorprendidos como los de una niña, y después los bajó con el refinamiento de una mujer--Sabe usted mucho de poesía, señor.

- A los portugueses nos encanta -observó-. ¿Vamos a la sala-He pedido que sirvan la cena allí esta noche. Dos personas en el gran comedor se perderían.

El corazón le latía suavemente a Rosario, al ir con él hacia la sala- Que preguntarle por qué le complacía cenar con la institutriz de su hija, pero sint miedo. Le habían contado muchas historias de hombres ricos que una vez satisfechos sus deseos y fantasías ignoraban fríamente su conciencia. Hombre que honraban a la mujer que sería su esposa, pero que seducían a otras como fuera un juego.

Oyó cómo cerraba las puertas y sus pisadas en la alfombra. Se pregunto si trataría de despertar las pasiones que aún estaban dormidas en ella.

Él entornó los ojos y la contempló. Después miró la mesa servida para dos, las lámparas que emitían una luz dorada, y los sofás. Una mirada maliciosa brilló en sus ojos, y le vio sonreír como nunca antes lo había hecho

- Su mente ágil está preguntándose por qué la invité a cenar, y el ángul de su barbilla me indica que me ha asignado el papel de hombre peligroso, preparado para seducirla. ¿Tengo razón?

- Se le ocurre a uno, especialmente cuando la muchacha sabe... -¿Sabe qué? -preguntó rápidamente Don Duarte.

-Que no tiene nada en común con el hombre, y que sólo es un entretenimiento para él.

-¿Entonces cree que me gustaría seducirla? -la estaba mirando a los ojo una sonrisa burlona apareció en sus labios-. La diversión, pequeña, estaría en tenerla alerta, manteniéndola en suspenso... ahora sus ojos se agrandan.

-Creo... creo que mejor ceno en mi cuarto -Rosario trató de pasar, pero

antes de que pudiera hacerlo, él la asió de un brazo.

-Me sorprende, jamás creí que fuera cobarde.

-No lo soy -replicó furiosa-, no le tengo miedo a usted...

-¿Tal vez tenga miedo de sí misma?

-¿Por qué tendría miedo? ¿Se considera irresistible, señor duque? Ha practicado antes sus derechos de amo del palacio con otras criaturas como yo ¡me va a romper la muñeca! -gritó al sentir los dedos de acero cerrarse sobre muñeca-. No tiene escrúpulos... ¡Lola me lo dijo!

~¿Así es que ha estado hablando de mí con Lola? -su cara se acercó peligrosamente a la suya, era tan guapo que se sintió estremecer-. Espero que haya sido una conversación muy amena y reveladora.

-Mucho, sé que el compromiso todavía no es oficial, pero las muchacha siempre compartimos secretos, y vi la pulsera que usted le regaló en su muñe -su cercanía hacía que se quedara sin aliento... ¡cómo se atrevía a comportar así! Estaba jugando con ella como un halcón con un pajarillo, tal vez porque estaba comprometido con quien todos esperaban... el casamiento que angustiaría a Gisela, y que molestaría al hermoso fantasma de Isabel. Tal vez quería desquitar su frustración y su ira... pero, ¿por qué con ella? Era tan injusto.. . y le amaba tanto.

Le amaba, pero también le odiaba por ser tan cruel y sarcástico. Oyó u ligero golpe en la puerta, y la soltó.

La puerta se abrió y entró el sirviente con un carrito de servicio: era su oportunidad para escapar, frente a él Don Duarte no se atrevería a detenerla.

- Vamos, señorita Bell, no podemos dejar que se enfríe la cena.

Le miró, pero ahora su rostro era, una vez más, la máscara impenetrab de siempre. Sirvió el vino, y el sirviente empezó a distribuir la comida en los platos. Y sin pensarlo, como en un sueño, Rosario se sentó en la silla que él sostenía para ella. Al sentarse estudió sus facciones para ver si se burlaba de capitulación, pero no podía leer nada en su expresión; probó el vino y comentó:

-Este vino fue embotellado por mi abuelo. Fue destilado de las viñas qu su esposa trajo de Austria. ¡Pruébelo!

Lo probó, y pensó que era como un beso.

-Está exquisito.

-¿Le sorprendió saber que mi abuela era una bailarina? -preguntó de pronto Don Duarte.

Rosario pensó en su estatura, que siempre la había impresionado, ya q era más alto que la mayoría de los portugueses.

-Siempre tuve la impresión de que por sus venas corría sangre sajona. Usted es el hombre más alto de la isla.

-Eso tiene sus ventajas. ¿Desea otra ala de faisán?

-No gracias, he comido lo suficiente.

Sus ojos la estudiaron.

-Generalmente tiene usted muy buen apetito. ¿Todavía tiene miedo de los motivos por los cuales estamos cenando juntos? Rosario se encogió de hombros y contestó:

- Señor, he quedado a merced suya al aceptar cenar con usted. -Vamos, se somete sin luchar, entonces le quita el encanto a todo. ¿Desea más vino?

-No... sí -agregó firmemente-. Puede que así se aturdan mis sentimient porque de antemano sé que luchar contra usted significa salir herida.

- ¡Herida! ¿En dónde?

Rosario extendió el brazo: alrededor de la muñeca se podían ver las señales de sus dedos.

-Sabe señor, me puede hacer daño, no estoy hecha de plástico. Y no es justo que piense que puedo ser utilizada, no soy miembro de una sociedad libertina sólo porque trabajo en el extranjero, lejos de mi casa y mi familia... que no es muy grande, sólo mi abuelo.

- ¡Por favor, cállese! -su risa parecía un lamento, y se levantó dirigiéndose hacia Rosario. Cogió la mano extendida y examinó el moretón.

- Soy un bruto. Un tirano sin escrúpulos, que se divierte a expensas su ¿Me odia, verdad?

- Sí -retiró la mano de un tirón, como si su contacto fuera lo más indeseable del mundo en vez de lo que más quería... ¡y vaya si le amaba! De alguna manera tenía que protegerse, tenía que usar un escudo contra todos l sentimientos devastadores que la consumían.

-Cuando llegué aquí me dijo que usted sería como un guardián para mí
pero que yo debía comportarme como una muchacha nativa. He tratado de observar todas sus reglas, pero esta noche parece que es usted el que las rompe.

-¿De verdad cree que las estoy violando? -por un largo rato la miró, y después inclinó la cabeza en señal de asentimiento-. Por favor, relájese señor Bell, esté serena. Esta noche el palacio está Heno de tristes recuerdos que he tratado de disipar portándome como el mismo diablo. Cada año sucede esto y tiene razón, he tratado de usar su juventud y su inocencia para apartar memorias desagradables que me persiguen como fantasmas.

Volvió a su asiento, la expresión de su rostro era sombría, desconsolada y llenó su vaso de vino. Rosario le observó y supo por qué había mandado a Gisela a cenar con personas de su edad; era como si estuviera poseído.

Sintió compasión por él, y todas sus defensas desaparecieron.

-El dolor no es una emoción razonable -murmuró Rosario.

Don Duarte la miró con ojos interrogantes.

-No lo llame dolor, señorita Bell. Usted tuvo razón cuando lo llamó conciencia. Hoy hace exactamente seis años que mi esposa murió y todo el d he recordado su trágico fin. Ella, que amaba el lujo y las cosas bellas, las cos que brillaban, como las joyas, la piel de su caballo... se casó conmigo para poseer todo eso, y yo me casé con ella por su belleza, era yo tan joven... ¿Ha visto su retrato en la galería?

-Sí señor, era muy hermosa.

-El artista, al igual que todos los hombres, se enamoró de ella... yo no, había vivido con ella siete años, pero ellos no se daban cuenta de que no ten sentimientos. El amor es la entrega del corazón, pero ella mantenía el suyo muy bien guardado, igual que las joyas que le regalaba. El amor que sentía p ella al principio fue muriendo lentamente, incluso el deseo se apagó. Me gustaría que usted escuchara la razón por la que peleamos ese día... hoy hac seis años, exactamente.

- Si usted lo desea, señor.

-Creo que sí lo deseo -se levantó-. Venga conmigo.

Se dirigió hacia la ventana, donde quedó enmarcado por las largas

cortinas de brocado. Rosario se sentó en el sofá, y pensó que, aunque estuvie lejos, todo su ser quería abrazarle.

Don Duarte la contempló unos instantes y luego comenzó a hablar.

-Esa mañana, durante el desayuno, me pidió que saliera a montar con ella. Me dijo que quería discutir algo conmigo. Por qué negar que todavía ter esperanzas de que las cosas cambiaran entre nosotros, pero no fue así. Gisela tenía nueve años, ya no era pequeñita. Isabel tenía horror a envejecer, no quería parecer cada día más vieja, pero con una hija que crece se descubre q con cada mes, con cada año que pasa, la madre envejece un poquito más. A Isabel no le gustaba ese constante recordatorio de que los años pasan, y decid inscribir a Gisela en un internado de Portugal. Me negué. Le dije que Gisela permanecería en casa hasta los once años. Esto suscitó una discusión acalorada... como jamás habíamos tenido. Le dije: «Más vale que sepas que quiero tener un hijo, igual que una hija, de ti». Inmediatamente fustigó su caballo, azotándolo como le hubiera gustado hacer conmigo. Furiosa, hizo qu el animal se encabritara y la tiró, y mientras el animal daba coces de dolor, l pisoteó y ella murió, todavía hermosa, todavía bastante joven, y odiándome.

Después de decir esto, Don Duarte se quedó tan quieto que cuando por fin se movió, Rosario se sobresaltó. Vino lentamente a donde ella estaba sentada, le tendió la mano, y después de un instante de timidez y sin palabra Rosario le dio la suya.

-Discúlpeme por haberle hecho daño, pero ahora tal vez comprenda un poco el demonio que hay en mí.

-Sí señor, lo comprendo.

-No la he impresionado mucho.

-No señor, sólo estoy triste.

-¿Por Isabel? -las luces doradas brillaban en sus ojos, eran las cenizas d amor que Isabel había matado con su frialdad. Al mirarle, Rosario deseaba acariciarle, besarle hasta que desapareciera esa mirada triste.

-Triste por los tres -y, sin poder evitarlo, su mano estrechó aún más la d él que, sin más, le besó la muñeca herida.

- Sí, una niña debe tener una madre. ¿Sería mucho pedirle que tocara una vez más para disipar las sombras?

-Si así lo desea, señor.

Rosario se levantó del sofá, y juntos fueron hasta el salón. Él abrió el piano, encendió las velas y apagó el candelabro.

-*Las Sílfides.* ¿Conoce la música?

-Claro que sí -su sonrisa fue breve, estaba contenta, y a la vez triste, de que retrocediera a las sombras para escuchar la música que Probablemente le traía recuerdos de su abuela, la bailarina, un fantasma dulce que no le atormentaba.

Rosario tocó y tocó, hasta que el teléfono la interrumpió.

Don Duarte se disculpó y fue a contestar. Cuando volvió la expresión de su rostro era un enigma.

- La tía Azinha y Gisela han decidido quedarse en la casa de su amiga. tía tiene pavor a conducir de noche, y por esa razón he dado mi consentimiento.

-El cambio le hará bien a Gisela.

-Tiene razón. Para usted el cambio no ha sido tan agradable, cenando c un hombre cuyo humor cambia constantemente. Dígame, ¿está emocionada por la fiesta del sábado?

-Muchísimo, será la primera vez que escuche un fado y que veré sus bailes folklóricos.

-El baile y la música son placeres de dioses -Rosario vio la blancura de sus dientes que una sonrisa dejaba al descubierto, mientras acariciaba una pequeña figura de porcelana-. El amor es el tercero, si lo encuentra uno algún día. ¿Extraña al joven de Inglaterra?

La pregunta la dejó desconcertada, pero recordó a tiempo la mentira.

-Sí, claro.

-Qué tímidos son los británicos para hablar de su amor. La canción de Liszt fue mucho más expresiva. ¿Le gustaría que hiciera algún arreglo para q él viniera este fin de semana y así poder disfrutar de la fiesta juntos?

- ¡No! -se levantó de un salto-. Él no podría dejar la orquesta, señor. Po favor, no se meta en mis asuntos personales. ¡Yo no me meto en los suyos!

-¿Los míos, señorita Bell? -la miró a los ojos.

-Sí... los suyos en relación con la señorita Cortez -sus emociones la hac desafiante-. Espero que haya reemplazado satisfactoriamente a la señorita Cortez esta noche. Es una bendición que no haya sido custodiada toda mi vi como una muchacha de aquí porque, de ser así, quizá me hubiera impresionado saber que el amor puede herir. ¡Estoy segura de que no quiere desilusionar a la mujer que va a ser su esposa!

Las palabras flotaron en el silencio de la noche, e inmediatamente Rosario salió del salón. Corrió, pensando que la alcanzaría en cualquier momento, pero al llegar al corredor se percató de que él no se había movido su lugar. Al subir la escalera, sus pies se arrastraban como una adolescente q regresa de un baile, cansada, y sin saber si realmente lo disfruto. Estaba emocionada, al borde de las lagrimas, y cuando llego al pie de la escalinata s detuvo frente a la entrada de la galería sin saber por qué, deseó ver el rostro que había hechizado a Don Duarte: Isabel.

Capítulo 9

ROSARIO apartó con delicadeza la cortina de terciopelo que cubría la entrada, y encendió las luces que estaban colocadas para iluminar las pintura Por la ventana abierta entraba el perfume de las flores.

Los ojos de los Montqueiro parecían seguirla, y el ruido de sus pisadas tenía la resonancia de una intrusión en el silencio que reinaba en esa noche s luna.

El brillo del vestido rojo y la blancura de los brazos atrajeron su atención: era el mismo retrato que había visto antes en la mesa de trabajo de Dacio, ahora estaba colgado en la pared. Su vestido y sus joyas brillaban; sus ojos negros parecían observar a Rosario con una ligera sonrisa burlona, como si se mofara del pintor que tanto la había admirado.

Los minutos pasaron mientras Rosario admiraba su cara perfecta, el cuello esbelto rodeado de joyas, las manos ensortijadas. Sintió un escalofrío y se volvió. Era una belleza perfecta en su alma llena de imperfecciones.

Volvió sobre sus pasos, apagó las luces y salió silenciosamente de la galería de pinturas... y sin darse cuenta fue hacia unos brazos que la estrecharon y la hicieron prisionera.

-Tenía que ir a verla -sus ojos llenos de furia dejaron a Rosario sin habl Tenía usted que ver cuan bella era. ¿Por qué fui tan tonto al amarla?

La abrazaba fuertemente contra sí. Rosario levantó la cabeza para decirle, para hacerle saber que no le condenaba por desear tener una mujer cálida y generosa, pero su boca la silenció.

Sus labios eran ardientes y desdeñosos al besarla... la mano izquierda sostenía su cabellera, y su brazo derecho era cruel al apretarla por la cintura La besó salvajemente, hasta que Rosario, tratando de escapar, le dio un puntapié en el tobillo.

-Es usted un pequeño gato salvaje -le dijo sin soltarla, y contempló la cara desesperada de una muchacha que por primera vez siente la pasión furiosa de un hombre. El silencio se prolongó, y finalmente se rompió al dejarla ir-. Mañana tal vez esté caminando de nuevo con un bastón.

- ¡Su tobillo! -liberada se echó para atrás, pero sus ojos parecían pedir perdón -. ¡ No me di cuenta!

-Ni yo... bajo las circunstancias, parece justo recibir puntapiés a cambi de besos. *Bom noite,* señorita Bell, déjeme agregar que no será necesario que encierre con llave. Le aseguro que un hombro dislocado y un tobillo torcido más de lo que puede tolerar el mismo Casanova.

Con una ligera inclinación de cabeza y una mirada divertida por la for en que Rosario había luchado con él, se retiró. Le siguió con la mirada mientras se alejaba, y habiendo probado su furia, Rosario se preguntó cómo sería su ternura.

Era una locura... se arregló el cabello y sintió la emoción recorrer su cuerpo. Era una locura amarle y odiarle al mismo tiempo.

Inclinada sobre el barandal de su balcón, respiraba la esencia de las flores... sus sentidos estaban aturdidos, y aún quedaba un ligero dolor del be de Duarte.

«Cibby, ¿qué haré?» Deseaba ser una niña otra vez, protegida y guiada por la sabiduría de su abuelo. Debería irse a casa ahora... la semana que vie antes de que fuera insoportable ver a Duarte y saber que cada día que pasab se acercaba más su matrimonio con Lola. Al mencionarle la pulsera de compromiso, él no había negado nada. El beso había sido de coraje, no de deseo.

¿Cuándo anunciaría que había decidido contraer matrimonio una vez más...? Probablemente durante las fiestas, como la Marquesa de Ronda habí sugerido.

Rosario había estado esperando la fiesta con mucha ilusión, pero ahor se había desvanecido. Trataría de ser una buena actriz para que nadie se die cuenta de lo que sentía cuando se anunciara el compromiso formal de Lola y gobernador; era tan bella, tan educada, era perfecta como esposa. Cansada, regresó a su habitación, se desvistió se quitó los pendientes y las zapatillas. Parecía muy joven, pero nunca se había sentido tan adulta.

¿Qué hubiera hecho si de verdad hubiera sido una mujer de mundo? ¿Habría luchado con Don Duarte o habría respondido a sus besos? Al invadi de nuevo todas las sensaciones alarmantes que sus labios habían despertado, hundió el rostro entre las manos, rezando para tener la fuerza de resistir al hombre que la había besado para castigarla, y que sin duda ya se habría olvidado de todo.

Para ella había sido el descubrimiento de nuevas sensaciones y, cuand

le dio una patada, fue porque quería acabar con su creciente deseo de nunca liberarse de sus besos y de sus abrazos. Apagó las luces de su alcoba, pero no podía olvidar su rostro... o el deseo que surgía en todo su cuerpo; el deseo de ser amada por él. Tardó mucho en conciliar el sueño.

A la mañana siguiente se sentía más calmada, pero sintió alivio al saber que él ya estaba trabajando en su estudio. Estaba tomando una segunda taza de café cuando apareció Dacio.

-¿Sólita y triste? -preguntó.

-Puedes tomar una taza de café conmigo y ya no estaré sola-replicó Rosario alegremente.

Dacio se sentó en una banqueta, y Manuel le trajo una taza de café.

- Si el clima continúa así para la fiesta será fantástico. Me han dicho que va a venir gente de Portugal para la celebración. Será una gran oportunidad para ver a los isleños con sus trajes típicos, yo nunca los he visto -dijo Rosario.

- Será una gran ocasión para Lola -la mirada de Dacio se clavó en los ojos de Rosario, que estaba muy pálida, con ligeras sombras bajo los ojos. Hizo un esfuerzo supremo para no bajar la vista y no revelar su secreto a Dacio.

-Vi a tu hermana ayer, y me dijo que pronto iba a dejarte solo. Su pulsera de compromiso es hermosa.

-Lola siempre se quiso casar con un hombre que le diera las cosas más buenas de la vida -cortó una flor, depositó un beso en ella y se la dio a Rosario con galantería. Rosario la puso sobre la mesa... tenia deseos de deshojarla. Duarte le podía dar todo eso, pero cómo era posible que por segunda vez se comprometiera con una mujer que sólo quería riquezas. Rosario recordó a Lola y el énfasis que había puesto al decir que pronto tendría una casa más grande que atender.

-¿No quieres la flor? -preguntó Dacio-. ¿Eres acaso el tipo de muchacha que prefiere una pulsera de oro?

-No, es que mis dedos están pegajosos de miel, Dacio. Pero estoy segura de que Lola debe estar muy enamorada de él.

-Para ti, el amor es más importante que los rubíes.

-Eso espero, si uno ha de encontrar verdadera felicidad en la vida.

-¿Podrías tú llegar a amarme, Rosario?

-No bromees sobre una cosa así. Sólo porque Lola se va a casar no tiene que ponerte histérico para conseguir otra ama de llaves.

-Eres un pequeño diablo, Rosario -se levantó, fue a donde ella estaba, y sin más la tomó en sus brazos y besó su sorprendida boca.

- Buenos días - la voz era como el hielo -. Iba al pueblo y venía a preguntarle, señorita Bell, si le gustaría acompañarme para hacer algunas compras. Gisela me llamó esta mañana para decirme que se iba a pasar el día al campo.

No podía describir sus sentimientos al apartarse de Dacio... su beso no significaba nada, pero el hecho de que Duarte les hubiera visto la mortificaba. ¿Qué pensaría de ella? Ella, que le había dado un puntapié la noche anterior para escapar de sus besos, y ahora estaba en brazos de Dacio.

Todo lo que podía hacer era aceptar su invitación de ir al pueblo.

-Voy por mi bolso, señor.

-No corra, señorita Bell, no me voy a ir enseguida.

Los ojos de Rosario contemplaron su rostro, una máscara de cortesía y desprecio en los labios que anoche habían tocado los suyos. Vestía un traje blanco, con una camisa marrón. Parecía... no quería pensar en lo que parecía. Todo lo que sabía es que él pertenecía a otra y ella, Rosario, estaba locamente enamorada de él. ¡Sí! ¡Locamente! Hasta tal punto, que le hubiera amado aunque hubiera sido un pobre pescador y no el gobernador de la isla.

La conversación fue impersonal y cortés durante el viaje al pueblo. Cuando llegaron a la avenida Rey no se ofreció a llevarla a comer, pero dijo que la esperaría a las tres de la tarde frente al edificio de la Administración.

-Estoy seguro de que podrá entretenerse hasta esa hora.

-Claro que sí, señor. Deseo comprar un vestido para la fiesta, y después iré a ver el antiguo palacio una vez más.

-Debe comer algo, señorita Bell. Estaré ocupado hasta la tarde, pero usted no necesita de la ayuda de un hombre ¿verdad?

-No, señor -por primera vez esa mañana le miró a los ojos y advirtió en ellos una expresión indiferente-. Encontraré un pequeño café, comeré langosta fresca y fresas con crema.

El frunció el ceño y sus ojos la recorrieron. Observó su sedoso cabello

largo, su vestido muy corto, sin mangas y la espalda desnuda hasta la cintura

-Preferiría que no escogiera un lugar frecuentado por pescadores -le sugirió con tono áspero.

-¿Tiene miedo de que coquetee con alguno? -habló con amargura, porq estaba criticando su vestido y toda su persona.

-Le he advertido muchas veces -el tono de su voz era frío y tajante-, qu los hombres latinos tienen un fuego que es*muy difícil de apagar cuando est fuera de control y que usted alimentaría, con su manera tan descuidada de comportarse.

La cogió del brazo y la llevó a una tienda situada en la avenida. Llamó una vendedora que vino corriendo.

-Deseo comprarle un abrigo a la señorita, algo muy ligero, como de se

La mujer trajo varios abrigos. Uno de ellos era gris plateado con cuello mandarín y mangas amplias.

- ¡Pruébeselo! -Rosario obedeció, esperando que no le quedara bien, pe era perfecto, y estaba muy elegante.

-Nos llevamos éste. Por favor, cargúelo a mi cuenta, también...

- ¡No! -Rosario le miró enfadada. No dejaría que le comprara el vestido que usaría en la fiesta del sábado.

-Muy bien. Prométame que usará el abrigo al salir de la tienda y cuand vaya a comer.

-Si usted insiste -forzó una pequeña sonrisa-. ¡Es increíble lo convencionales que son ustedes los portugueses en público!

Don Duarte adivinó lo que quería decirle, y ella le retó con la mirada a perder el control en público. Sabía mejor que nadie que tendría que usar tod su fuerza de voluntad para retirarse con una pequeña cortesía.

Se produjo un silencio en la tienda. Después, las personas empezaron a murmurar. Rosario estaba segura de que hablaban de ella, sentía sus miradas Le dio pánico y quiso correr tras Duarte. Él era demasiado arrogante para importarle que las personas murmuraran a su espalda, pero a ella sí le molestaba.

- El señor fue muy amable al comprarme el abrigo por mi cumpleaños - era una pequeña mentira, después de todo, su onomástica sería la semana siguiente-. Es muy generoso con las personas que trabajan para él.

- Así es, señorita. Firme, pero nunca un tirano.

- No, nunca un tirano -Rosario sonrió ligeramente-. Me gustaría ver vestidos de noche, y esta vez soy yo la que paga.

-¿Prefiere algún color en especial?

Al dirigirse al ascensor advirtió las miradas curiosas que la seguían. Se sonrojó, era una nueva experiencia que la tomaran por una mujer fatal.

La mañana transcurrió sin más incidentes, y el vestido que escogió era una mezcla de seda verde y blanca, de diseño muy sencillo, pero la falda la hacía parecer alta y esbelta.

Dacio había insinuado que la fiesta iba a ser una ocasión muy especial para Lola. Lo que significaba que el compromiso se haría oficial. Cuando llegara el momento, Rosario iba a necesitar de todo su valor. Una sonrisa alegre sería su escudo, y el vestido de seda su armadura.

De allí se dirigió al mercado; aquí las calles eran estrechas y empinada serpenteando hasta llegar al embarcadero donde se encontraban anclados los barcos.

Rosario bajó hasta el muelle, y vio cómo descargaban cangrejos y langostas. Vendedores de queso y frutas llevaban sus canastos sobre la cabez El ruido que hacían sus sandalias de madera se confundía con el sonido de la risas de la gente que compraba y vendía.

Quería ser parte de todo eso, poseer un pedazo de tierra de la isla, tene un futuro seguro entre estas personas tan agradables y sonrientes. Pero era u deseo que no se podía volver realidad. Nada en el mundo haría que ella se quedara en el palacete después de que Lola se convirtiera en su ama. No es q la joven no le agradara, es que amaba al gobernador.

El amor es un sentimiento doloroso, pensó con una sonrisa triste, y mirando su reloj se dio cuenta de que era hora de comer y que tenía que encontrar un café solitario donde no se sintiera incómoda por comer sola.

El café donde había comido con Duarte y su hija estaba fuera de su presupuesto, y además muchos amigos de él iban a comer allí. En un impulso se acercó a una vendedora de pescados. -*Bom día* amiga -saludó Rosario, y le preguntó si sabía de un pequeño restaurante donde pudiera comer.

La vendedora la miró con curiosidad, estudiando a esa chica que era ta distinta a ella. Le indicó un lugar cerca del embarcadero. Si la señorita estaba sola, entonces le gustaría comer en La Quinta. Sería fácil dar con el lugar, era una casa blanca rodeada de árboles frutales.

-Es usted muy amable -y siguió el camino que le había indicado la vendedora. Pronto llegó a la casa blanca, rodeada de gruesas paredes y una reja muy elaborada que llevaba a un jardín con mesas rodeado de árboles frutales.

El lugar le fascinó. Cómo le hubiera gustado comer aquí con Don Duart a la sombra de esos árboles cargados de manzanas. Se quitó el abrigo y lo de en una silla cercana.

Vino una joven camarera y le dio la carta. Rosario pidió un consomé, ensalada de langosta y vino blanco. Mientras le traían la comida aspiró el perfume de las flores... qué tranquilo era este lugar, en especial después del ruido del embarcadero, y no había pescadores atrevidos. Las otras mesas estaban ocupadas por parejas jóvenes que charlaban animadamente, las acompañantes de las chicas parecían estar sentadas juntas.

La camarera le sirvió el consomé y parecía mirar a Rosario con lástima Rosario le ofreció una pequeña sonrisa, como para decirle que no le dolía ni molestaba que no hubiera ningún hombre acompañándola.

Le sirvieron la langosta sobre un fondo de lechuga acompañada de tomates, pepinos, una salsa deliciosa y pan. El vino la hacía sentirse feliz, y l fresas con crema le recordaron su niñez en las montañas de Devon con Cibby cuyo afecto había sido todo lo que necesitó hasta llegar a Voces del Mar, dor había descubierto que existía otra clase de amor.

Después de la comida paseó por los jardines de La Quinta en vez de ir a museo; descubrió una pequeña pérgola cubierta de vid y flores azules, iba a entrar a explorarla cuando escuchó el suave murmullo de dos voces. Retrocedió rápidamente, y se dijo con tristeza que La Quinta era un lugar pa enamorados y que ella era una intrusa. De cualquier manera, ya eran casi las tres de la tarde, y debía regresar a recoger su vestido.

Miró su reloj y vio que eran exactamente las dos y media, tiempo suficiente para regresar a la tienda y esperar el coche frente a la entrada del edificio de la Administración.

Era la hora de la siesta y el puerto estaba desierto, parecía increíble qu apenas unas cuantas horas antes todo fuera bullicio y movimiento. En la play

unos pescadores dormían junto a sus lanchas. Las palmeras de la avenida Rey estaban tan quietas como todo lo demás. Llegó a la tienda y, para su alivio, encontró a una muchacha subiéndole el dobladillo a un vestido de satén blanco.

Rosario le explicó que venía por el vestido que había comprado esa mañana. Le dijo que ya estaba listo. Mientras esperaba a la chica contempló vestido en el maniquí. Tenía mangas largas con pedrería en los puños, el cue alto decorado igual que las mangas, una falda amplia y una cola larga muy hermosa, era, obviamente un vestido de novia.

Cuando regresó la muchacha con su vestido, Rosario preguntó quién er la dichosa novia. La muchacha le respondió con una sonrisa.

-La tela nos llegó de Lisboa, el vestido se hizo especialmente para la señorita Cortez. Será una novia hermosa.

- Sí que lo será -Rosario sintió un dolor insoportable en el pecho. Cami a lo largo de la avenida sin notar ni el sol ni la quietud, y cuando llegó al edificio de la Administración forzó una sonrisa para dar la impresión de que había disfrutado el día haciendo sus compras y comiendo en un jardín para enamorados.

A lo lejos divisó el automóvil color bronce de Don Duarte, aparcado frente a la entrada del hermoso edificio con su fachada de azulejos, y estatua de leones custodiando la entrada. El único ruido que se oía era el que hacía l fuente del patio. El corazón de Rosario palpitó locamente cuando vio venir a Don Duarte, sin prisa, a su encuentro.

-Espero que no le haya hecho esperar mucho. Tuve que volver a por m vestido a la tienda.

-Ah, sí, el misterioso vestido de la fiesta -sus ojos sonreían al colocar la caja en la parte trasera del coche-. Espero que haya comido bien.

- ¡Riquísimo! ¿Por qué no me había hablado de La Quinta, señor? Sirve una comida exquisita en el jardín. Una vendedora me dio las señas, es un lug encantador.

-Se debe haber sentido muy sola -murmuró con malicia-. Es un lugar pa enamorados. ¿No se dio cuenta?

-Claro que sí, me di cuenta -se rió-. Supongo que algunas veces va uste allí, señor.

-¿ Y por qué habría yo de ir ? - gruñó.

Para evitar una respuesta hizo como que no había escuchado, y se meti en, el coche.

- Señor, tengo calor, ¿podría poner el abrigo en el asiento de atrás?

-Parece sonrojada. ¿Ha estado caminando bajo este sol? -colocó la man sobre la frente de Rosario, que sintió como si una corriente eléctrica recorrie todo su cuerpo, y se apartó de él.

-Me siento muy bien, señor -el pánico la hizo contestar bruscamente-. N tiene que tratarme como si fuera una niña. Si estoy roja es por su culpa, uste me compró el abrigo e insistió en que lo usara, como si el que trajera los brazos desnudos ofendiera su sentido de la modestia. Si ofendo tanto su códi moral, creo que sería mejor que me marchara la semana que viene. Me dio se semanas de prueba y, está claro, desaprueba todo lo que hago. Yo no me pue quedar bajo esas condiciones, quiero regresar a casa -terminó con la voz trémula, dejó de hablar porque no quería empezar a llorar, y la amargura invadió su ser. No podía olvidar el vestido blanco con el que Lola se casaría.

-¿Sabe usted? -le lanzó una mirada desafiante-.Nunca debió haber deja a ese joven. A él quiere volver lo más pronto posible, ¡ no trate de negarlo! S comida en La Quinta viendo a todas las parejas jóvenes enamoradas se lo recordó, y ahora quiere volver con el hombre que ama. Está bien, ¡así sea! -d la vuelta, entró en el coche y se sentó al volante. Arrancó y tomó el camino que conducía al palacio.

Las lágrimas de Rosario pugnaban por salir. Quería decirle que no era cierto lo del joven en Inglaterra, pero si le decía la verdad tal vez adivinara l que sentía por él, y ella no quería su compasión, eso sería intolerable.

-¿Se quedará para la fiesta? -preguntó, después de diez minutos de silencio-. Será algo que recordará cuando esté de vuelta en casa. Una desped digna de mi «esclava de plata».

-¿Su qué? -preguntó volviéndose para mirarle, sus ojos muy abiertos. L lágrimas habían desaparecido.

-Gisela la llamó así una vez. La noche que tuvo la pesadilla y que yo estaba molesto porque usted no estaba por ninguna parte. La niña dijo que n era usted «mi esclava de plata», ni esclava de nadie. ¡Parece que ha infundid mi hija sus ideas liberales!

-Entonces es mejor que me vaya, señor. No sería bueno para usted tene una rebelde en sus manos cuando llegue el momento de escoger marido a Gisela. Toda esa selección de esposos puede ser muy buena para la sangre, p no siempre para el corazón.

- Ya veo, ahora decide criticar nuestros hábitos y costumbres, usted qu sólo ha estado entre nosotros tan poco tiempo.

-Escoger con la cabeza y no con el corazón, ¿funciona siempre, señor?

- Estar gobernado por el corazón puede ser un error -habló con voz áspera, pisando con fuerza el acelerador. Iban tan rápido que no se distinguí el mar. Rosario se aferró a la puerta, estaba segura de que se iban a matar.

-Como me gustaría regresar con mi abuelo de una sola pieza, deberían prohibir a gente como usted conducir.

Frente a ellos estaban las rejas de entrada del palacio y, para su alivio, disminuyó la velocidad.

- Señorita Bell, le suplico que los últimos días que esté usted en Voces Mar se aparte de mi camino. La próxima vez que estemos solos no responder de mis actos.

Se paró frente a la puerta de entrada.

- ¡Márchese! Yo no voy a entrar, señorita Bell. Rosario abrió la puerta bajó del automóvil.

-Gracias por traerme -subió corriendo, no se molestó en recoger ni su abrigo, ni la caja con el vestido. El se lo haría llegar más tarde, en ese momento sólo quería obedecer la orden de alejarse de su camino. Oyó cómo arrancaba el coche, primero en marcha atrás y después en dirección a la Vill de los Cortez. Rosario trató de no sentirse herida ni amargada, y sólo quería llegar a la tranquilidad de su cuarto. Con sus últimas palabras la había expulsado de su vida.

«Apártate de mi camino... o no seré responsable de mis actos.» Estaba t enfadado con ella que ya le era insoportable, y para borrarla de su mente ha ido a la casa de Lola... ahora estaría abrazándola, tranquilizado por el suave terciopelo de su voz. Como todos los hombres, prefería ser adulado a que le dijeran la verdad, sobre todo cuando ésta venía de una simple empleada. Rosario no podía olvidar sus manos en el volante, ni el rostro distorsionado cuando le dijo que le dejara.

Estaba muy cansada, se quitó los zapatos y se acostó mirando al techo con ojos que le dolían de tanto sol y de contener tantas lágrimas. El reloj, jun a su cama, marcaba cada segundo con su tictac, indicándole que pronto deja el palacio y la isla y estaría de regreso a Surrey. Le iba a parecer tan extraño con sus verdes colinas después del sol tan intenso de Voces del Mar. Qué horrible iba a ser su despertar, sabiendo que no iba a ver al hombre moreno, impecablemente vestido, cuya sonrisa había llegado a amar tanto.

Se quedó mirando fijamente el ventilador, y no tardó en quedarse dormida para despertar varias horas más tarde en una oscuridad completa. Entonces entró Gisela corriendo y encendiendo las luces, hablando de sus amigas, el día de campo, y queriendo ver el vestido nuevo.

-No puedo esperar a que llegue la fiesta -Gisela jugaba con la cinta de l caja-. Yo voy a llevar el traje tradicional que perteneció a mi madre cuando tenía mi edad. Todo es tan emocionante, habrá tantas personas. ¡Te va a fascinar, Rosario!

-Estoy segura -respondió con una ironía que Gisela no alcanzó a percib y después se quedó callada recordando que Gisela no sabía nada del compromiso que iba a ser anunciado oficialmente el día de la fiesta. Sería un sorpresa para ella, pero seguramente Don Duarte consideraba que ésta era la mejor manera de resolver el problema de hacerle saber a su hija que tomaba una segunda esposa. La emoción y la alegría harían el golpe menos duro, ser como parte de las fiestas, un feliz acontecimiento que enriquecería la vida de los dos.

-¿Puedo? -Gisela abrió la caja. Sacó el vestido de entre el papel de chin y se quedó admirada-. Vas a estar tan hermosa, Rosario. Serás más bella que cualquier otra chica en la fiesta, con tu pelo rubio y tu piel tan blanca. Todos los hombres se enamorarán.

Rosario tuvo que reírse.

-Me encanta que te agrade mi vestido, pero no seré más bella que Lola. Ella es impresionante, con esos ojos expresivos y su pelo tan negro y sedoso.

-No es diferente a las demás mujeres... excepto de mi madre, que era m hermosa. Las amigas de tía Azinha dicen que Lola trae una pulsera de compromiso grabada en oro, lo que quiere decir que ha encontrado un homb rico. Todos saben que quiere un esposo importante... siempre tuve miedo de que anduviera tras de mi padre, coqueteaba con él constantemente.

-Gisela... -Rosario se mordió el labio- Te gusta Lola, ¿verdad?.

-Realmente no, prefiero a Dacio. Él es más honesto, es como tú. Dice lo

que piensa, pero Lola sonríe, y parece un gato que se comió un ratón.

La descripción era perfecta, pero Rosario no tenía ganas de reírse. Don Duarte no podía sorprender a Gisela de esta manera... pero, ¿qué podía hacer ella? Sólo pensar en hablarle de una cosa tan íntima la hacía acobardarse. «Apártese de mi camino», le había ordenado, y tenía que hacerlo y esperar que Gisela aceptara a Lola.

-Llega pronto, fiesta, llega pronto -Gisela bailaba por toda la habitación y, con una carcajada de felicidad, salió de la alcoba.

Capítulo 10

LOS TERRENOS de los viñedos, propiedad de la familia Ronda, estaban llenos de gente, era como una feria para dar la bienvenida al vino en otoño.

La luna se reflejaba en los ojos de los invitados, el olor a vino se mezclaba con el humo de las .hogueras donde se asaba carne, corderos, lechones. Los músicos, vestidos con trajes típicos, se paseaban entre los invitados. Luces de colores adornaban los árboles y muchas mujeres llevaban también el traje regional con falda amplia de muchos colores, encajes en las mangas de las blusas, y los pendientes con imágenes de santos. Rosario sentí como si los años hubieran retrocedido, y se encontrara en tiempos remotos.

Las muchachas llegaron adornadas con camelias en el pelo, los jóvenes'con sus mejores camisas y pantalones de terciopelo negro, y las parej de enamorados parecían hacer de esta ocasión una fiesta de amor.

El día anterior, Dacio le había pedido que fuera su pareja, y ella había aceptado con cierta reserva. Sus ojos brillaban mientras caminaba entre la multitud; observaron a los bailarines de fandango, bebieron vino juntos y comieron quesos y frutas de las mesas que estaban distribuidas por la campiñ Le había dado a probar el fruto de la pasionaria, que parecía un tomate verd pero sabía a mandarina y a frambuesa.

- El fruto de la pasionaria es como una mujer -dijo Dacio sonriendo. Estaba muy guapo con su traje de terciopelo negro, como el de un torero-. Es una fruta engañosa que esconde su dulzura.

Rosario llevaba un vestido verde, y entendió el significado de las palabras de Dacio. Sabía que ella era un misterio para él, y su instinto femenino le indicó que era el momento adecuado para decirle que se iba de Voces del Mar el lunes; partiría en el pequeño vapor que llegaba con el corre y con los encargos de Portugal.

Dacio guardó silencio después de que ella habló, y la llevó entre los árboles, lejos de todo mundo; a lo lejos veía a un hombre alto, vestido con un traje oscuro, caminando al lado de la marquesa. Lola y varios invitados importantes que habían venido para esta ocasión desde Portugal, les acompañaban. Gisela estaba en la fiesta con sus dos amigas y Rosario sintió cómo la mano de Dacio le apretaba la muñeca. Pronto todos sabrían lo det

compromiso, la boda de Don Duarte de Montqueiro Ardo... Gisela también lo sabría, y Rosario tenía que buscarla y estar con ella en ese momento.

- Déjame ir, Dacio -trató de liberarse, pero él no tenía ninguna intenció de soltarla.

-No te dejaré ir ni de la isla, ni de este lugar. Necesitas un marido, ama mía.

-Por favor, no me arruines la fiesta Dacio, nunca volveré a ver otra.

- Verás mil más si tú...

- ¡No! -aunque le dolió, zafó la mano y corrió entre los árboles, su estol de chifón quedó a los pies de ese hombre encantador, pero que no era para ella.

Para Rosario no era el amor de un latino... ella que amaba el hombre q durante dos días había evitado. No había intercambiado una sola palabra con él y, mientras buscaba a Gisela, se hizo un silencio general cuando un joven saltó sobre un inmenso barril de vino y empezó a cantar un fado, la canción tradicional portuguesa, llena de pasión y de melancolía.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Rosario. Era una canción de despedida, un lamento que nunca podría expresar, pero que era como un eco de su corazón... todo el mundo aplaudió. El joven sonreía, sus manos sobre la caderas, y de un salto se reunió con su novia que, con gracia, se quitó la camelia del pelo y se la colocó en el ojal.

Rosario continuó su búsqueda de Gisela, de pronto la vio cerca de una fogata comiendo carne de cerdo y sonriendo. Estaba muy bonita con su vesti típico, el corpiño de terciopelo, falda de olanes y botas carmesí. Parecía cosa del destino que estuviera usando el traje de su madre ahora que iba a tener u madrastra.

-Gisela, te he estado buscando, ya veo que te estás divirtiendo mucho.

- Sí, mi padre está guapísimo. Si la marquesa fuera más joven, estoy segura de que trataría de conquistarle. Mira, suben a la terraza, hay un micrófono para que la marquesa haga su discurso tradicional de bienvenida a la fiesta y desee que el vino de esta cosecha sea dulce y con cuerpo.

Los ojos de Rosario se llenaron de ternura al contemplar el rostro feliz Gisela. Tal vez se hubiera quedado por ella, pero él había aceptado sin repar su decisión de marcharse. Además, le había dado a entender que su presencia le era molesta, y sólo esperaba que desde donde él estaba no pudiera verla. S

la veía, sus facciones delatarían lo que sentía por ella: se convertirían en una máscara de bronce, sin ningún sentimiento.

La marquesa parecía frágil y hermosa con su vestido color ciruela, con una estola de mink claro sobre los hombros, y muy bien maquillada. Habló durante varios minutos sobre la fiesta y lo feliz que estaba al ver a tantas amistades. La felicidad y el arduo trabajo hacían buen vino, y el buen vino le da chispa a la vida.

Después del aplauso caluroso que recibió su discurso, se volvió hacia D Duarte, y Rosario sintió cómo todo su cuerpo se ponía tenso, cuando la marquesa añadió que Don Duarte quería anunciar algo que haría que los ojos de cierta señorita conocida por todos brillaran más esta noche.

Rosario tomó la mano de Gisela, que le sonrió de forma interrogante, pero inmediatamente concentró su atención en lo que su padre iba a decir. É estaba ya frente al micrófono, escondido por una buganvilla color púrpura. Sonriendo, y seguro de sí, dijo:

-El vino y el romance parecen ir juntos -Rosario sintió que su corazón i a estallar cuando, deliberadamente volvió sus ojos hacia Lola Cortez, que no podía estar más hermosa con su vestido de brocado color oro y una mantilla adornando su negra cabellera. Se miraron por lo que pareció una eternidad, después él sonrió y miró a todos con lo que para Rosario parecía un to que d arrogancia. Rosario se mordió el labio y su mano apretó la de Gisela.

-Todos conocen a Lola Cortez. Esta hermosa joven ha vivido entre nosotros varios años, ha agraciado nuestra isla con su presencia. Esta noche, mientras gozamos de las fiestas, como su amigo, y como gobernador de la isl me ha correspondido, el honor de decirles que, dentro de pocos días, la señorita Lola se convertirá en la esposa de -hizo una pausa, y sus ojos se iluminaron al señalar a un hombre distinguido y bien parecido, con canas en las sienes, que estaba junto a la marquesa-, el señor Mateo de Randolfo, presidente del Banco Nacional de Lisboa.

Una vez más se escucharon aplausos, y se invitó a todos a brindar por l felicidad y la salud de los futuros esposos.

- ¡Así que es él! -exclamó Gisela-. Tengo que admitir que parece rico, pero nada joven, ¿verdad?

Rosario estaba aturdida, pero hizo acopio de fuerzas cuando Gisela le preguntó si se sentía bien.

- Estás muy pálida. ¿Te vas a desmayar?

- No, estoy un poco confundida con todo el ruido. Querida, voy a pasea un poco entre los árboles, donde no hay tanto ruido. ¿Estarás bien con tus amigas?

- Sí, pero tal vez sería conveniente que fuera contigo -Gisela se llevó la mano helada de Rosario a la mejilla-. Estás tan fría como una estatua. Deberí tomar un poco de vino, ¿te traigo un vaso?

-Está bien, si así lo deseas.

Rosario esperó a que Gisela desapareciera entre la multitud para salir corriendo a refugiarse entre los árboles y recuperarse de la tormenta de emociones que la embargara cuando vio a Duarte colocar la mano de Lola en del visitante de Portugal. El alivio había sido tan difícil de aceptar, como iba ser alejarse de la vida de él. Por intuición, sabía que a Lola le hubiera encantado ser su esposa... probablemente había aceptado a otro hombre al se rechazada por Duarte. Alguien que le daría riqueza, aunque no llegara a ser l esposa del gobernador.

Sin aliento, Rosario descansó su cuerpo esbelto contra un árbol. Si no hubiera sido por los rayos de la luna, que se filtraban a través de las ramas, hubiera estado en completa oscuridad. Se había estado preparando durante tantos días para el compromiso de Lola... y ahora estaba totalmente desarma al saber que se casaba con otro. Esto no alteraba el hecho de su partida. No podía quedarse para verle convertido en el esposo de otra, ni podía quedarse para no ser amada por él, nunca.

Cortó una pequeña flor silvestre, olió su perfume y escuchó el sonido distante de la música, al compás de la cual la gente bailaba.

Excepto por esa música, todo estaba quieto y calmado. Cuando escuchó el trino de un pájaro, Rosario saltó del susto. Tenía que regresar, Gisela la estaría buscando, pero no deseaba moverse. Sola no tenía que fingir felicidad ni mostrar una sonrisa falsa en los labios. No tenía que hacer creer que sería muy fácil abordar el vapor que la llevaría a Portugal el lunes, y ver Voces de Mar desaparecer en la distancia, donde la vida seguiría como si ella jamás hubiera estado allí. Suspiró, y después se quedó muy quieta al escuchar un sonido raro entre los árboles. Unos segundos después, apareció la silueta alta de un hombre que era inconfundible, a la luz de la luna.

-Así que aquí es donde se esconde -la voz era profunda, preocupada, rompiendo el último vestigio de compostura que le quedaba-. Gisela estaba muy preocupada por usted, por eso vine a buscarla.

- Estoy bien -dijo desafiante-. ¿Tengo que dar cuenta de mis actos? ¿No me dijo que me apartara de su camino?

-Sí, lo dije por su propio bien -se acercó y miró su cara pálida, llena de dolor-. ¿No se está divirtiendo? Antes la vi con el hermano de Lola, sonriend cenando con él. ¿Ha encontrado otra compañera acaso?

- Supongo que sí -nunca había tomado en serio las palabras de amor y matrimonio de Dacio-. Los hombres y las mujeres latinas deben estar juntos, soy extranjera, y pronto se librará de mí para siempre, señor.

- Sí, es mejor así.

-Gisela es joven y pronto se olvidará de mí, aunque será bonito recorda que me tomó cierto cariño.

Con estas palabras Rosario intentó alejarse. En el cabello se le enredaro varias de las flores que colgaban de los árboles, se paró para quitarlas al mis tiempo que Duarte se acercaba a ayudarla. Cómo se encontró en sus brazos, nunca lo supo, pero esta vez la abrazaba con ternura.

-Gisela me dijo que estaba a punto de desmayarse después que anunci compromiso de Lola y Mateo. Dígame una cosa -Duarte, con una mano, la forzó a mirarle-. ¿Pensaba que yo iba a ser el novio? Quiero que sea tan fran como siempre lo ha sido.

-Se me ocurrió.

Su corazón latía tan rápido que las palabras salían temblorosas de sus labios.

-Como venía con tanta frecuencia al palacio, me pareció razonable que así fuera.

-Nunca fue razonable. Usted sabía el infierno que sufrí con Isabel. De verdad pensó que... no. Lola nunca fue más que la bonita hermana de un empleado mío. Una muchacha cultivada y preparada en el arte de seducir a u hombre, como fue Isabel. Pero entonces yo era joven, y no sabía mucho del arte de conocer a las mujeres. Qué lástima que usted y yo no nos conociéram antes, pero si nos hubiéramos conocido hace dieciséis años usted hubiera sid una nena con pelo plateado.

- ¿Por qué? -Rosario tragó saliva para aliviar la sequedad de su gargant ¿Por qué hubiera deseado conocerme, señor?

- Porque entonces no hubiera desperdiciado mi juventud en un matrimonio miserable. Ahora los años han pasado, usted pertenece a la juventud, y yo la mando de regreso a un joven que la está esperando.

-No hay ningún hombre -declaró Rosario en voz baja-, nunca lo hubo...

- Pero usted me dijo... -Duarte la miró, no atreviéndose a creerlo- ¿Por qué? Siempre fue tan sincera que la creí.

-No tenía otra forma de protegerme...

-¿De mí ? - preguntó Duarte.

-De mis sentimientos hacia usted.

-¿Qué clase de sentimientos? -ahora la sostenía con más fuerza. La máscara empezaba a desaparecer, y Rosario podía vislumbrar al hombre que vivía dentro del gobernador de Voces del Mar.

Su valentía regresó, su espíritu de aventura también, y sus labios pronunciaron una sola palabra:

-Amor.

-¿Amor? -repitió-. ¿Por mí?

-Sí -estaba muy quieta en sus brazos, esperando que la rechazara. -No dejé de amarle simplemente porque me dijo que me apartara de su camino. M dolió, pero...

- ¡Basta! -lo dijo con disgusto, pero a la vez con ternura, mientras sus labios besaban los de ella. Los brazos de Rosario le rodearon el cuello y con dulzura, sus dedos acariciaron la suavidad del pelo negro.

Inevitablemente tenía que respirar, el beso terminó y, con un pequeño suspiro mitad de alegría y mitad de miedo, Rosario escondió su rostro en su hombro. No quería dejar su ternura, ni sus brazos, pero si tenía que hacerlo n lo haría con lágrimas...

-Tuve que decirte que te alejaras de mí, amada mía, ya no podía estar cerca de ti sin desearte. No podía mirarte y no amarte. Ya no podía pensar en como institutriz de mi hija... tú estás más cerca de su edad que de la mía. Mi «esclava de plata», me hacías sentir como un sátiro cada vez que estaba a sol contigo.

-Me hacías sentir tu esclava cada vez que me mirabas.

-¿Y no te gustaba? -preguntó secamente.

-Es la emoción más grande que he sentido en mi vida.

-Eres tan joven -acarició su pelo-. No sería justo... pero tampoco sería humano que alejara a mi «esclava de plata».

-Sería el infierno - respondió Rosario.

-¿ Preferirías quedarte, pequeña ? - murmuró.

-Eso sería la gloria, Duarte.

-Entonces, deja que la gloria sea nuestra, mi Rosario. La música se escuchó entre los árboles, y el corazón de la muchacha inglesa cantó de amo de felicidad en los brazos de su amante.